





AÑO II

NÚM. XXI

LA

# ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

---

DIRECTOR PROPIETARIO : J. LÁZARO.

---

SEPTIEMBRE—1890

---

MADRID

IMPRESA DE EVARISTO SÁNCHEZ MARTÍNEZ

*114, Atocha, 114.*

—  
1890

*Para la reproducción de los artículos  
comprendidos en el presente tomo, es indis-  
pensable el permiso del Director de LA  
ESPAÑA MODERNA.*

## Sección Extranjera.

### EL JUDÍO

NOVELA RUSA.

**V**AMOS, cuéntenos usted alguna cosa, coronel,—dije á Nicolai Ilich.

El coronel sonrió, lanzó un hilillo de humo al través del bigote, se pasó la mano por el blanco pelo y se puso á reflexionar.

Nosotros queríamos y respetábamos mucho á Nicolai Ilich por su bondad, por su raro buen sentido, y por la indulgencia con que nos trataba á los jóvenes. Era un hombre fornido, de elevada estatura y recios hombros; tenía «una de esas hermosas caras rusas», como dice Lermontof, la tez morena, la mirada franca é inteligente, sonrisa llena de afabilidad, voz varonil y sonora; en resumen: todo atraía y agradaba en su persona.

—¡Vamos! Les daré gusto — dijo; — escúchenme. Era en 1813, delante de Dantzic. Yo estaba entonces en los coraceros de G..., y, si no me engaño, acababa de ascender á alférez. Nada más agradable que estar de marcha é ir á foguearse; pero un sitio es la cosa más enojosa del mundo. Obligados á permanecer semanas enteras en algún alojamiento, bajo la tienda, en medio

del lodo ó sobre paja, nos pasábamos jugando á las cartas desde la mañana hasta la noche. De cuando en cuando, para salir de nuestro aburrimiento, íbamos á ver cruzar las bombas ó las balas rojas. Al principio del sitio, los franceses nos proporcionaban á veces el entretenimiento de una salida; pero no duró mucho. El servicio de forrajeros acabó por parecernos insípido; en una palabra: estábamos hastalospelos. Yo tenía entonces veinte años, y la salud y el vigor de mi edad; creía que los franceses..., y lo demás, ya me entendéis... me ayudarían á matar el tiempo. ¡Sí, sí! No venía nada. La ociosidad me lanzó al juego. Una noche en que había perdido una cantidad de consideración cambió la suerte de pronto, y á la mañana me encontré con que había ganado mucho. Agotado de fatiga, salí á respirar el aire libre, y me tendí en la hierba. Era una mañana tranquila; la larga línea que formaban nuestras trincheras se perdía en la bruma. Al cabo de un breve rato de mirar todo eso, me quedé dormido; alguien que tosía quedo á mi lado, me despertó; abrí los ojos, y vi un judío como de cuarenta años, con largo redingote, zapatos y un casquete negro á la cabeza. Ese hombre, que se llamaba Hirschel, andaba metido siempre en nuestro campamento, y nos llevaba vino, víveres y una multitud de frioleras. Era pequeño, delgado y pecoso de viruelas; tenía torcidas las narices, guiñaba sin cesar los ojos y tosiqueaba continuamente.

Empezó á dar vueltas alrededor de mí, saludándome con humildad.

—¿Qué quieres?—le pregunté.

—Pues había venido nada más que á saber si Su Señoría tenía algo que...

—No necesito de ti, déjame descansar.

—Como V. S. quiera... como Su Señoría desee... yo creía que podría acaso...

—Me molestas; vete.

—Está bien; voy á obedecer. Pero Vuestra Señoría ha tenido suerte esta noche; permítame felicitarlo.

—¿Cómo sabes tú que he ganado?

—Siempre sé yo esas cosas...; ha ganado Su Señoría mucho. ¡Oh! sí... mucho.

—¡Bastante hago yo!—respondí con despecho.—¿De qué diablos puede servir aquí el dinero?

—¡Oh! ¡no diga eso Vuestra Señoría! ¡no lo diga! El dinero es una buena cosa. Siempre hace falta; y ¿qué no puede hacerse con dinero, señor? ¡todo! No tiene más que decir al factor (1) lo que quiere, y se lo procurará ¡Sí, señor, todo, todo!

—¡Ea, cállate, imbécil!

—¡Ah, ah!—contestó Hirschel, sacudiendo sus largos y rizosos cabellos (2).—Su Señoría no me cree.

El judío cerró los ojos y meneó la cabeza.

—Y bien sé yo lo que debe desear el señor oficial... Bien lo sé... ¡Oh, sí! ¡lo sé perfectamente!

El judío sonrió con malicia.

—¿Sí, eh?—le respondí.

Miró receloso en torno suyo, se bajó y me dijo:

—¡Una muchacha tan linda, señor! ¡Una beldad!

Hirschel volvió á cerrar los ojos y embudó los labios.

—Mande Su Señoría... y verá. Todo lo que pudiera decirle no sería nada... no me creería... mándeme, si no, que le presente... ¡Hágalo! créame.

Yo lo miraba sin decir nada.

(1) Así se designa á los comisionistas judíos.—*N del A.*

(2) Los judíos polacos llevaban entonces largo el pelo, y cayéndoles sobre las sienes.—*N. del A.*

—¡Vamos! ¡trato hecho! es cosa convenida; se la presentaré.

Hirschel se echó á reir, y me dió un golpecito en el hombro; pero retiró la mano en seguida, como si se hubiese quemado.

—Por supuesto, hará falta un pequeño anticipo...

—¿Me engañarás ó me traerás alguna bruja?

—¡Cómo puede Su Señoría creerlo!—replicó el judío con viveza y levantando las manos.—Si le engaño, mándeme dar quinientos... cuatrocientos cincuenta palos—añadió con volubilidad.—No tiene más que mandarme...

En aquel momento, uno de mis compañeros alzó el portier de la tienda, y me llamó. Me levanté precipitadamente, y tiré un ducado al judío.

—Esta noche, esta noche...—me dijo á media voz, y se alejó.

Señores, confieso á ustedes que esperaba la noche con cierta impaciencia.

Aquel mismo día hicieron una salida los franceses; marchó nuestro regimiento. Vino la noche; nos colocamos alrededor de las fogatas, y los soldados se pusieron á preparar su rancho. Los oficiales hablaban. Yo estaba echado sobre mi capote bebiendo té y escuchando á los demás. Me propusieron que jugara, pero me negué. Me sentía agitado. Los oficiales fueron entrando poco á poco en sus tiendas; los soldados se dispersaron también, ó se durmieron por el suelo; se calmó el ruido. Yo seguía delante de la hoguera á algunos pasos de mi *bruzador* que «meditaba á la suiza» ó «pescaba con caña» (1).

---

(1) Expresiones que aluden á las cabezadas del que lucha contra el sueño.—N. del A.



Lo despedí. Todo el campamento se quedó silencioso y sombrío. Pasó una ronda; luego relevaron á los centinelas. Yo continué tendido, esperando algo. En el cielo brillaban las estrellas. Todavía me estuve mucho tiempo mirando la llama moribunda, hasta que al fin se apagó el fuego del todo. «Ese maldito judío se ha burlado de mí,» —me dije con despecho, é hice un movimiento para levantarme.

—¡Señor!—murmuró alguien á mi lado con voz temblorosa.

Me volví. Era Hirschel. Estaba muy pálido.

—Tenga á bien ir á su tienda—me dijo balbuciendo.

Me levanté y lo seguí. El judío andaba encogido y cautelosamente por la hierba menuda y húmeda. A poca distancia de nosotros divisé una figura inmóvil envuelta en un capote. El judío le hizo señas con la mano, y se acercó. Se hablaron en voz baja; luego el judío se volvió hacia mí, me invitó á seguir con un movimiento de cabeza, y entramos en la tienda los tres. Me da vergüenza decirlo; me latía el corazón.

—Ahí tiene, señor,—me dijo el judío con esfuerzo.— Ahí tiene. Ahora está un poco asustada; pero ya le he dicho que el señor oficial es una excelente persona, un buen caballero... y tú, no tengas miedo,—continuó;—no tengas miedo...

La desconocida no se movió. Yo, por mi parte, estaba muy afectado; no sabía qué decir. Hirschel seguía clavado en el mismo sitio, meneando los brazos de una manera extraña.

—Vamos —le dije,—hazme el favor de largarte.

Hirschel obedeció, pero á regañadientes.

Me acerqué á la desconocida, y eché atrás suavemente la capucha de su capote. Había un incendio en la

ciudad, y al resplandor vacilante de ese fuego lejano distinguí las facciones pálidas de una joven judía. Me quedé asombrado de su hermosura. En pie, delante de ella, la admiré algún tiempo en silencio. La joven no alzaba los ojos. Oí detrás de mí un ligero roce. Me volví; era Hirschel que había levantado un lienzo de la tienda y adelantaba la cabeza. Hice un movimiento de impaciencia, y se retiró.

—¿Cómo te llamas?—dije al fin en voz baja á la joven.

—Sarah—respondió; y en el mismo instante vi brillar en la obscuridad lo blanco de sus grandes ojos y sus dientecitos bien engarzados. Cogí dos almohadones de cuero, los eché al suelo, y la invité á sentarse. La joven se quitó el capote y tomó asiento. Llevaba una chaquetilla abierta con botones de plata cincelada y mangas anchas. Tenía la espesa cabellera negra recogida en trenzas, que daban dos veces la vuelta á la cabeza fina y bien plantada; me puse á su lado, y cogí su manita morena. No la retiró; pero parecía temer mirarme, y de vez en cuando suspiraba. Contemplé con deleite su perfil oriental, y estreché ligeramente sus dedos fríos y contraídos.

—¿Sabes ruso?—le pregunté.

—Sí, un poco.

—¿Y quieres á los rusos?

—Sí.

—¡Entonces deberás quererme á mí!

—Intenté atraerla á mis brazos, pero retrocedió vivamente.

—No, no, por favor, caballero, por favor...

—Mírame siquiera.

Fijó en mí sus negros y penetrantes ojos, se sonrojó, y se volvió sonriendo.

Le besé la mano con ardor. Me miró de soslayo, y se echó á reír.

—¿Por qué te ríes?

Se tapó la cara con la manga, y redobló la risa.

Hirschel apareció á la entrada de la tienda, y le amenazó con el dedo. La joven calló.

Hirschel no se movía.

Saqué de la maleta un puñado de ducados, se los puse en la mano, y lo empujé hacia afuera.

—Deme á mí también, señor,—dijo la joven.

Le eché algunos ducados en las rodillas, y los cogió con la viveza de una gata.

—Ahora he de besarte.

—No, por favor, por favor,—murmuró con voz suplicante.

—¿Qué temes?

—Tengo miedo.

—Ea, déjate de niñerías.

—No, por favor...

Me miró con timidez, ladeó un poco la cabeza, y juntó las manos. La dejé quieta.

—Si quieres, toma,—me dijo después de un momento de silencio; y acercó la mano á mis labios.

La besé sin gran entusiasmo. Sarah volvió á soltar la risa.

Yo estaba completamente desconcertado. Me desesperaba contra mí mismo, y no sabía qué hacer. ¡Preciso es que yo sea de lo más imbécil!—me decía.

Me volví de nuevo hacia Sarah.

—Escucha—le dije.—Estoy enamorado de ti.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabes? ¿y no te disgusta? ¿Me amas tú también?

Sarah meneó la cabeza.

—Vamos, respóndeme francamente.

—Déjeme verle un poco—me respondió.

Me bajé hacia ella. Sarah me puso las manos sobre los hombros, y examinó mis facciones, ora sonriendo, ora frunciendo el ceño... No pude contenerme, y en un abrir y cerrar de ojos le di un beso en la mejilla... Se irguió, y de un salto se plantó á la entrada de la tienda.

—¡Qué salvajín!

No me respondió. Se quedó inmóvil.

—Pero acércate...

—No, señor; adiós, hasta otro día.

Hirschel apareció de nuevo, asomando su cabeza roja, y le dijo algunas palabras. Sarah se deslizó fuera de la tienda como una culebra.

Quise correr detrás, pero no pude encontrarla. Hirschel había desaparecido también.

No logré pegar los ojos en toda la noche.

Al día siguiente estaba yo jugando, aunque sin gusto ninguno, en la tienda del jefe de mi escuadrón, cuando entró mi asistente.

—Preguntan por Su Señoría—me dijo.

—¿Quién?

—Un judío que quiere hablarle.

—¿Será Hirschel?—me dije.

Cuando acabó el juego me levanté y salí. En efecto, era Hirschel.

—Vamos á ver—me dijo con su sonrisa familiar;—¿está contento Su Señoría?

—¡Ah! P... (el coronel se volvió), aquí no hay señoras, me parece. ¡Poco importa de todos modos! ¡Ah, pillo, creo que te burlas de mí!

—¿Cómo?

—¿Y me lo preguntas? ¡Es atrevimiento!

—¡Ah, señor oficial, qué manera de conducirse!—contestó Hirschel en tono de reconvención, pero siempre sonriendo.—La muchacha es joven, tímida... la ha espantado usted, sí, la ha espantado.

—¡Bonita timidez! No le ha impedido llevarse mi dinero.

—¿Cómo? Cuando dan dinero, hay que tomarlo.

—Escucha, Hirschel, dile que vuelva sola; no lo perderás tú... Pero me has de hacer el favor de no asomar tu cara de perro por la tienda. ¿Me entiendes?

Los ojos de Hirschel centellearon.

—¿Le gusta á Su Señoría?

—Sí tal.

—¡Es una beldad! No tiene semejante. ¿Y me dará el dinero en seguida?

—Una palabra dada vale más que dinero. Serás pagado. Tráela, y vete con mil demonios. Yo mismo la acompañaré á su casa.

—¡Imposible! ¡Absolutamente imposible!—me respondió el judío con viveza.—¡Ay! Es absolutamente imposible... pero yo me avengo á andar rondando por la tienda; yo me avengo á quedarme... fuera. Estaré siempre pronto á servir á Vuestra Señoría. Yo me avengo á estar fuera para complacerle. ¿Por qué no? Me alejaré... un poco.

—Pues no lo olvides... Conque tráela, ¿oyes?

—¡Confiese que es hermosa! ¿No es verdad, señor oficial? ¿Qué dice Su Señoría, eh?

Hirschel se mantenía un poco encorvado hacia adelante, mirándome fijamente.

—Sí, lo es sin duda.

—Entonces deme un ducado...

Le arrojé un ducado, y nos separamos.

Pasó el día; llegó la noche. Permanecí mucho tiempo

solo en mi tienda. El cielo estaba cubierto. Dieron las dos en la ciudad. Empezaba ya á echar pestes contra el judío... cuando entró bruscamente Sarah; estaba sola. Corrí, la rodeé con mis brazos y rocé su mejilla con los labios... Tenía la mejilla fría como un pedazo de hielo. Apenas podía distinguir sus facciones... Le hice sentarse, y poniéndome de rodillas delante, le estreché las manos, abracé su cintura... Ella permanecía inmóvil, sin decir una palabra; de pronto empezó á sollozar convulsivamente. Procuré calmarla... La acariciaba y enjugaba sus lágrimas; ella no resistía como la víspera, pero no respondía á mis preguntas, ni cesaba de llorar. Aquello acabó por oprimirme el corazón; me levanté y salí de la tienda. De repente se presentó delante de mí el judío como si hubiese salido de la tierra.

—Hirschel—le dije,—aquí tienes el dinero que te he prometido. Llévate á Sarah.

El judío corrió hacia la joven. Esta cesó inmediatamente de llorar, y se asió á él.

—Adiós, Sarah,—le dije;—puedes marcharte. Que Dios te acompañe; otro día nos volveremos á ver.

Hirschel me saludó sin decir una palabra. Sarah se inclinó, me tomó la mano y la oprimió contra los labios; yo me desvié...

Durante cinco ó seis días, señores, no pude quitarme la judía de la cabeza. Hirschel no parecía ya, y nadie le había visto por el campamento. Yo tenía el sueño agitado; constantemente veía aquellos brillantes ojos negros, aquellas largas pestañas; mis labios no podían olvidar la mejilla que habían rozado, esa mejilla tersa y fresca como el hollejo de una ciruela. Me enviaron con un destacamento de forrajeadores á una aldehuela lejana. Mientras mis soldados registraban las casas, yo me que-

dé en la calle sin bajar del caballo. De pronto alguien me cogió de la pierna.

—¡Cómo, Sarah!

Estaba pálida y agitada.

—Señor oficial, socórranos, sálvenos; los soldados nos maltratan. Señor oficial...

Me reconoció, y se sonrojó.

—¿Es que vives aquí?

—Sí.

—¿Dónde?

Sarah me señaló una casita de malas trazas. Metí espuelas al caballo, y salí á galope. Al entrar en el patio vi una judía vieja, disforme y desgredada, que forcejeaba para arrancar á mi sargento brigada Siliavka un cochinito de leche y tres gallinas. Él alzaba riendo el botín por encima de su cabeza; las gallinas y el cochinito escandalizaban á quien más. Otros dos coraceros cargaban sus caballos de heno, de paja y de sacos de harina. En la casa se oían gritos y ternos rusos... Llamé á mis hombres y les prohibí tomar nada de los judíos. Obedecieron; el sargento brigada montó en su yegua baya Proserpina, que él llamaba Proserpila, y me siguió á la calle.

—Ea, ¿estás contenta de mí?—dije á Sarah.

Me miró sonriendo.

—¿Qué ha sido de ti?

Bajó los ojos.

—Iré á verlo mañana.

—¿Por la noche?

—No, señor, por la mañana.

—No lo olvides, y no me engañes.

—No... no, no le engañaré.

La miré atentamente. En plena luz me pareció más hermosa todavía. Lo que me asombró sobre todo, me

acuerdo bien, fué su tez de un amarillo de ámbar, y el reflejo azulado de sus cabellos negros...; me incliné, y le apreté con fuerza la manecita.

—Adiós, Sarah; no dejes de ir.

—Iré.

Entró en la casa; di orden al sargento brigada de que me siguiera con el destacamento, y partí al galope.

Al siguiente día por la mañana me levanté muy temprano y salí de la tienda. La mañana era magnífica; acababa de aparecer el sol; en cada brizna de hierba brillaba una gota purpurina de rocío. Subí al parapeto, y me senté junto á una tronera. Debajo de mí había una pieza grande de campaña que avanzaba hacia el llano su negra boca. Paseaba los ojos por todas partes al azar, cuando divisé de repente á un centenar de pasos una forma humana envuelta en una parda túnica. Conocí al punto que era Hirschel. Permaneció inmóvil mucho rato; luego se alejó rápidamente, se detuvo, se volvió con aire inquieto, profirió un grito ahogado, se acurrucó, alargó el pescuezo como para escuchar, y miró de nuevo atentamente á todas partes. Yo percibía muy bien sus menores movimientos. Metió la mano en el pecho, sacó un rollo de papel y se puso á escribir con un lápiz. A cada instante paraba, se estremecía y olfateaba el viento como una liebre; á veces guardaba precipitadamente el papel, alzaba la cara, guiñaba los ojos y proseguía su tarea. Por último se sentó en la hierba, se quitó uno de los zapatos y metió dentro el papel; pero no había tenido tiempo de levantarse, cuando de pronto, á unos diez pasos de él, surgió en lo alto de la explanada la cabeza del sargento brigada Siliavka, y á poco el cuerpo larguirucho y tieso del viejo militar. El judío le volvía la espalda. Siliavka se aproximó con presteza y le



puso su pesada mano sobre el hombro. Hirschel se dobló bajo ese peso hasta el suelo y lanzó un grito tembloroso, un grito de mandria. Siliavka, apostrofándolo con energía, le agarró del cuello. Yo no podía oír su conversación; pero los ademanes desesperados del judío y su ademán suplicante me permitieron comprender de qué se trataba. El judío se echó dos ó tres veces á los pies del sargento, metió la mano en el bolsillo, sacó un pañuelo viejo de color, desató una de las puntas y cogió un ducado... Siliavka aceptó el regalo con grave continente, pero sin dejar de arrastrar al judío. Hirschel se arrancó de sus manos y se lanzó al través de los campos; Siliavka salió en su persecución. El judío corría mucho; sus pies, calzados de medias azules, tenían una agilidad sorprendente; pero, después de dos ó tres revueltas, Siliavka consiguió atraparlo, lo alzó en vilo, le cogió en brazos y se dirigió al campamento. Yo me levanté y fuí á su encuentro.

—¡Ah, señor!—me gritó,—le traigo un espía; sí, ¡un espía!...—La frente del robusto ruso chorreaba sudor.—¿Acabarás de revolverte, diablo de judío? ¡Vamos á ver! ¡ojo, no sea que te aplaste!

El desgraciado Hirschel apoyaba débilmente los dos codos contra el pecho de Siliavka, agitaba las piernas... se le extraviaba la mirada.

—¿Qué ha hecho?—pregunté.

—Mire V. S.; dígnese sacarle el zapato derecho, porque yo me encuentro atado.

Le quité el zapato y cayó un papel doblado cuidadosamente. Era un croquis de nuestro campamento, con la indicación de algunas obras nuevas de tierra que se acababan de añadir. La hoja iba acompañada de una letra menuda en hebreo.

Cuando cogí el papel, Siliavka puso al judío en el suelo. Éste abrió los ojos, y al verme se echó á mis plantas.

Yo le enseñé el papel.

—¿Qué quiere decir esto?...

—Pues... nada, señor oficial, eso es que...

Y le faltó la voz.

—Tú nos espiabas.

No me comprendió, y siguió balbuciendo palabras ininteligibles y apretándome las piernas.

—¿Tú eres un espía?

—¡Ah!—exclamó en seguida con voz débil y moviendo la cabeza.—¿Cómo puede creerlo? ¡Yo, jamás! ¡Oh, no! Es absolutamente imposible. Estoy pronto, ahora mismo. Daré dinero... pagaré.

Cerró los ojos. El casquete se le había corrido hacia la nuca, y el pelo, empapado en sudor, la caía sobre la frente.

No tardamos en vernos rodeados de soldados. Yo al pronto no quería más que meter miedo á Hirschel, y después hubiese recomendado silencio á Siliavka; pero ya no estábamos solos, y no podía dispensarme de dar cuenta á nuestros jefes.

—Llévalo á presencia del general—dije á Siliavka.

—¡Señor oficial!—prosiguió el judío con acento de desesperacion.—¡Soy inocente!... Mande que me suelten, mande...

—Su excelencia desenredará el asunto—dijo Siliavka.

—¡Señor!—me gritó el judío al alejarme.—Mande que me suelten, tenga compasión...

Me hacían daño sus súplicas. Apreté el paso.

Nuestro general, alemán de nacimiento, era una honrada y excelente persona, pero rigoroso guardador de la

disciplina militar. Entré en la caseta de madera que habitaba, y le expuse en pocas palabras el motivo de mi visita. Conociendo la severidad de las leyes militares, no pronuncié la palabra espía y me esforcé en presentar la cosa como una pequeñez. Mas, por desgracia de Hirschel, cuando hablaba el reglamento, el general imponía silencio á la compasión.

—Joven—me dijo,—usted no tiene experiencia. Sí; aun tiene usted poca experiencia en la ciencia militar. El asunto que acaba usted de exponerme es grave, muy grave... Pero, ¿dónde está el hombre que han cogido? ¿Dónde?

Salí de la caseta, y di orden de llevar al judío.

Lo llevaron.

—¿Dónde está el plano que se ha encontrado á este sujeto?—me preguntó el general.

Le entregué el papel. El general lo desdobló, se alejó un poco y arqueó las cejas.

—¡Es verdaderamente extraordinario!—dijo.—¿Quién ha detenido á este hombre?

—Yo, excelentísimo señor,—exclamó Siliavka vivamente.

—¡Ah! ¡muy bien! ¡muy bien!... Ahora, buen hombre, ¿qué justificación puede presentar?

—Ex... excelentísimo... señor,—balbuceó Hirschel,—yo... tenga compasión de mí... excelentísimo señor... soy inocente... pregunte... al señor oficial. Yo soy factor, excelentísimo señor, un honrado factor.

—Hay que proceder al interrogatorio—continuó el general bajando la voz y con una inclinacion de cabeza llena de gravedad. Veamos, amigo mío, ¿cómo has podido hacer esto?

—No soy culpable, excelentísimo señor.

—Pues un poco difícil de creer me parece. Te han cogido en el acto, como decimos los rusos.

—Dispense V. E., soy inocente.

—Tú dibujabas un plano; eres un espía pagado por el enemigo.

—¡No soy yo!—exclamó súbitamente Hirschel.—¡No soy yo!

El general miró á Siliavka.

—Miente, excelentísimo señor. El señor oficial le ha sacado el papel del zapato.

El general me miró. Me vi obligado á hacer un movimiento de cabeza afirmativo.

—Tú eres positivamente un espía del enemigo, amigo mío; no cabe duda.

—Yo no soy... yo no—dijo el judío con voz apagada.

—¿Tú has suministrado ya al enemigo muchos informes semejantes?

—¡Oh, no, no!

—No me engañarás, amiguito. Tú eres positivamente un espía.

El judío cerró los ojos, sacudió la cabeza y levantó las puntas de su túnica (1).

—Que lo cuelguen—dijo el general muy distintamente después de un rato de silencio.—Cúmplase la ley. ¿Dónde está el Sr. Schlikelmann?

Corrieron á buscar á Schlikelmann, ayudante de campo del general. La cara de Hirschel se puso verdosa; abrió la boca, dilató los ojos... Apareció el ayudante de campo. El general le dió órdenes. El escribiente asomó su cara flacucha y pintada de viruelas. Dos ó tres oficiales dirigieron al cuarto una mirada por curiosidad.

---

(1) Ademán familiar de los judíos.—*N. del A.*

—Apiádese, excelentísimo señor,—dije al general en un alemán bastante malo;—mande ponerlo en libertad.

—Joven,—me respondió en ruso, lengua que hablaba muy mal;—le repito que no tiene experiencia militar, y por lo mismo le ruego que se calle y no me importune.

Hirschel lanzó un grito y se echó á los pies del general.

—¡Excelentísimo señor, tenga piedad de mí! ¡No volverá á sucederme esto nunca, excelentísimo señor! ¡Tengo una mujer, excelentísimo señor, una hija!... Tenga piedad de mí.

—¿Qué quieres que yo le haga?

—¡Confieso la falta, excelentísimo señor; soy culpable; pero es por la primera vez, excelentísimo señor; ¡se lo juro!

—¿No has suministrado otros papeles?

—Es la primera vez, excelentísimo señor... ¡Una mujer, hijos!

—Pero, ¿eres un espía del enemigo?

—¡Una mujer, excelentísimo señor, hijos!

El general pareció un poco ablandado, pero no duró mucho.

—Que cuelguen á ese judío conforme á las ordenanzas militares—dijo con lentitud;—que lo cuelguen. Fedor Karlich, haga el favor de extender un oficio, que tendrá usted á bien...

Se operó de pronto en Hirschel un cambio singular. Esa expresion de recelosa timidez, tan común en el temperamento judío y que se leía en su semblante, dió puesto de repente á la ansiedad que precede á la muerte. Se agitó como un animalejo salvaje acabado de coger, exhaló un ronco gemido y dió un brinco de sobresalto, meneando temblorosamente los codos. No llevaba más que un

zapato; se habían olvidado de devolverle el otro; se abrió la túnica, y cayó el casquete.

Ese espectáculo nos hizo una impresión penosa, de que participó el general.

—¡Excelentísimo señor!—le dije de nuevo—¡perdone V. E. á ese desgraciado!

—Imposible. La ley es terminante—respondió el general pausadamente, y no sin emoción.—¡Que sirva de escarmiento á otros!

—Yo le suplico...

—Señor alférez, tenga á bien volver á su puesto—me dijo el general, señalándome la puerta con ademán imperativo.

Lo saludé y salí; pero, como no tenía ningún puesto fijo, me detuve á poca distancia de la caseta.

Al cabo de algunos minutos vi aparecer á Hirschel conducido por Siliavka y tres soldados. El pobre judío apenas podía echar un pie tras otro; Siliavka se adelantó y pasó por enfrente de mí para dirigirse al campamento, de donde volvió en seguida con una cuerda. Sus facciones duras, aunque nada crueles, expresaban una compasión brutal. A la vista de la cuerda el judío empezó á gesticular y se sentó en el suelo sollozando. Los soldados lo rodearon en silencio; tenían un aspecto sombrío y bajaban los ojos. Yo me acerqué á Hirschel y le dirigí la palabra. Sollozaba como un niño; no me miró siquiera. Entré en mi tienda, me tendí en una alfombra, y hundí la cabeza en un almohadón.

Un instante después entró corriendo en la tienda una persona. Levanté la cabeza, y vi á Sarah. Tenía las facciones descompuestas; se lanzó hacia mí y me cogió de la mano.

—¡Vamos, vamos!—repetía con voz anhelante.

—¿Dónde? ¿Por qué? Quedémonos aquí.

—¡Al lado de mi padre, de mi padre; pronto, sálvele, sálvele usted!

—¿Al lado de tu padre?

—Sí; ¡quieren ahorcarlo!

—¿Cómo? ¿Pero Hirschel es...?

—¡Mi padre! Te lo contaré todo después—añadió, retorciéndose los brazos de desesperación.—¡Pero ven, ven pronto!

Los dos salimos corriendo de la tienda. Un grupo de soldados avanzaba al través de la llanura por un camino que conducía á un abedul solitario. Sarah me lo señaló con la mano...

—Detente—le dije de pronto.—¿A dónde vamos? Los soldados no me obedecerán...

Sarah seguía arrastrándome en pos de sí... Confieso á ustedes que yo había perdido un poco la cabeza.

—Escúchame, Sarah,—le dije.—¿A qué viene correr tras ellos? Más vale que vaya otra vez á hablar al general. Vamos juntos; quizá se ablande.

Sarah se detuvo de pronto, y me miró. Parecía haber perdido la razón.

—¡Compréndeme, Sarah, en nombre del cielo! Yo no puedo perdonar á tu padre; el general es el único que tiene ese poder. Vamos á buscarlo.

—Pero lo habrán ahorcado antes de nuestra vuelta—me dijo gimiendo.

Dirigí los ojos á mi alrededor. Allí cerca estaba el escribiente.

—Ivanof,—le grité,—hazme el favor de alcanzarlos y de decirles que esperen á que yo vuelva, que voy á pedir el perdón al general.

El escribiente echó á correr.

No se nos dejó pasar á ver al general. De nada sirvieron mis instancias, mis súplicas, ni aun mis amenazas.

En vano fué que la pobre Sarah se arrancase el pelo y se abalanzase á los centinelas. No nos dejaron entrar.

Sarah paseó en torno suyo una mirada salvaje, se cogió la cabeza con las dos manos y se precipitó hacia la llanura. Yo la seguí.

Llegamos cerca de los soldados. Formaban círculo, y figúrense ustedes, señores, que se burlaban del pobre Hirschel. Monté en cólera y los puse como nuevos. El judío, al reconocernos, saltó al cuello de su hija... Esta lo estrechó en sus brazos. El pobre diablo creía que lo habían perdonado... Empezaba ya á dar las gracias... Yo me volví.

—¡Cómo, señor!—me gritó juntando las manos.—¿Es que no tengo el perdón?

Yo callaba.

—¿No?

—No—le respondí.

—Señor,—balbuceó;—mire, señor, mírela... Esa joven es mi hija. ¿No sabe usted que es mi hija?

—Lo sé—le respondí, volviéndome de nuevo.

—Señor,—me gritó,—¡yo no abandonaba su tienda! Por nada del mundo...

Se detuvo, y cerró los ojos.

—Yo quería su dinero, es verdad,—prosiguió;—pero por nada del mundo...

Yo callaba. Hirschel me inspiraba en aquel instante un sentimiento de disgusto, y también Sarah, su cómplice.

—Pero ahora, si me salva,—dijo bajando la voz,—yo ordenaré... yo... ya me entiende. Consentiré en todo...

Temblaba como la hoja, y miraba á los soldados con aire extraviado. Sarah seguía abrazándolo con fuerza.



En aquel momento llegó el ayudante de campo del general.

—Señor alférez,—me dijo,—Su Excelencia ha dado orden de arrestarlo. Y vosotros—añadió, dirigiéndose á los soldados,—¡obedeced!

Siliavka se aproximó al judío.

—Fedor Karlich—dije al ayudante de campo (había llevado consigo una sección de cinco ó seis hombres)—mande al menos llevarse á esa pobre muchacha...

—Seguramente—me respondió.

Apenas respiraba la infeliz. Hirschel le murmuraba al oído no sé qué en hebreo.

Costó mucho á los soldados desprenderla de los brazos de su padre, y llevarla con cuidado á unos veinte pasos de allí. Pero de repente se les escapó y corrió de nuevo al lado de su padre... Siliavka la detuvo. Sarah le pegó; brillaron sus ojos y extendió los brazos hacia adelante.

—¡Pues malditos seais!—exclamó en alemán.—¡Malditos, tres veces malditos, vosotros y vuestra raza odiosa! ¡Que la pobreza, la esterilidad y una muerte violenta y vergonzosa sean vuestro lote! ¡Que la tierra se abra bajo vuestros pies, malvados! ¡hombres sin piedad! ¡perros sedientos de sangre!...

Echó atrás la cabeza, y cayó inanimada. Se la llevaron.

Los soldados cogieron á Hirschel por los brazos y lo sostuvieron. Comprendí en aquel momento la causa de sus locas risas, cuando yo volvía del campamento con Sarah. El infortunado judío tenía una estampa verdaderamente ridícula á pesar de lo horroroso de la situación; su afrentosa certidumbre de abandonar la vida, su hija y su familia, se manifestaba en ademanes tan raros, en gritos y en sobresaltos tan absurdos, que no podíamos me-

nos de sonreír, por triste que aquella escena fuese. El pobre diablo se moría realmente de miedo.

—¡Ay, ay de mí!—gritaba.—Deteneos. ¡Tengo muchas cosas que contar! Señor teniente general, usted me conoce. Yo soy factor, un honrado factor. No me toquéis; ¡esperad otro minuto, un minutito, un minutín! Dejadme irme; soy un pobre judío. Sarah... ¿dónde está Sarah? ¡Oh! ya lo sé; en la tienda del teniente contramaestre (sabe Dios por qué me honraba con ese título imaginario). ¡Yo no me alejaba de la tienda! (Los soldados lo habían cogido... pero él se resistió, lanzando un gemido penetrante.) ¡Señor, tenga lástima de un padre de familia! ¡Yo daré seis ducados, quince ducados, señor!... (Lo arrastraron al abedul.) ¡Piedad, señor contramaestre! ¡Señor general en jefe y jefe superior!

Le echaron la cuerda al cuello... Yo me alejé corriendo.

Permanecí en arresto riguroso durante quince días. Me dijeron que la viuda del pobre Hirschel había ido á reclamar las ropas del difunto. El general mandó que le diesen 100 rublos. En cuanto á Sarah, no volví á verla. Habiendo sido herido poco tiempo después, entré en el hospital, y cuando estuve restablecido, Dantzig había capitulado. Me uní á mi regimiento á orillas del Rhin.

I. TURGUENEFF.

## EL VESTIDO DE SEDA



**A**DMITIDO días pasados en la morada del anciano poeta Crouzilles, á quien quería pedir un consejo (¡se aprende á todas las edades!), lo encontré tranquilo y sonriente, como siempre, en su gabinetito cubierto de tapices, sentado junto á un fuego llameante, en su venerable sillón de brazos anchos, acariciándose la blanca, suave y luenga barba de dios de los ríos, y leyendo una gran edición antigua de Rabelais.

—¡Ah!—me dijo.—Los mismos dioses lo envían á usted; me va á hacer un favor. Mi hermana, como usted sabe, no ha salido nunca de Marsella; está de boda la semana que viene, y me ruega que le mande inmediatamente un vestido muy majó. Usted, que es todavía hombre de este tiempo, me hará un gran servicio si tiene la bondad de encargarse de esa compra por mí.

Al decir esto, mi ilustre amigo me alargaba un fajito de billetes de banco medianamente abultado, porque, como hombre que todo lo sabe, no ignora que un vestido cuesta hoy lo que costaba antes una buena casa y un hermoso trocito de tierra.

—Querido maestro, —le respondí, —estoy enteramente á sus órdenes; pero usted, que es un gran colorista, y que

ha inventado la India y el Oriente, ¿no escogería mejor que yo?

—¡Ah!—replicó.—Sea usted generoso, sacrifíquese usted, no me obligue á entrar en una de esas Babels de cartón, donde las cortinas se llaman Veronese, donde os hacen andar tres leguas para adquirir una docena de pañuelos de bolsillo, donde se venden relojes, paraguas y escudos de cobre repujado, donde los mancebos parecen diplomáticos, y donde os ofrecen alfombras de Turquía cuando pedís sábanas. Y luego,—continuó con su buen humor campechano,—prefiero decirle la verdad: he jurado hace cuarenta y seis años (sí, era en 1834) no volver á comprar vestidos nunca.

—Pero, dispense, mi querido maestro,—dije á Crouzilles;—en 1834 apenas tenía usted dieciocho años, no poseía ninguna fortuna, había venido á Paris sin otros medios de subsistencia que la poesía lírica..., usted mismo me lo ha dicho mil veces; ¿cómo, pues, podía usted ya comprar vestidos?

—Yo—contestó el viejo poeta—había seguido á mi paisano Méry en la sátira política. De igual suerte que él escribía *Corbiéridas* y *Villéliadas*, yo componía *Persilladas* y *Thiersidas*, que daba á los libreros por unos cuantos sueldos ó que imprimía á crédito, y cuya venta apenas cubría los gastos. En esa época á que me refiero acababa de escribir rabioso contra el Ministerio uno de esos poemas fulminantes; como hasta entonces había pagado siempre religiosamente, encontré crédito en la imprenta y en el almacén de papel para una obra bastante larga; y haciendo yo mismo de corredor, coloqué los ejemplares en las librerías del Palais-Royal. Pero el público no parecía de humor de picar.

Yo vivía pegado con las tejas, en la famosa boardi-

lla, que sin duda me habría agradado dos años más tarde, puesto que allí se pasa bien á los veinte, pero donde por el momento me ahogaba. En ese sitio, á la manera de Balzac, con quien acababa de trabar relaciones, me alimentaba todos los días con una taza de leche y un panecillo de á sueldo, pensando con viril resignación, aunque más de lo que hubiera querido, en las sopas de pescado de mi tierra. Pero no era en esa jaula donde escribía mis versos, porque, según la moda, tenía yo una Lisette de dedos ennegrecidos por la aguja, en cuya casa me hallaba más á menudo que en la mía; y, como usted presume, las raras piezas de cien sueldos que me concedía la Musa avara se evaporaban en ramos y chucherías para ese dueño adorado.

Se llamaba Ágata, y con sus trenzas aplastadas, con sus enormes ojos pardos, su naricilla remangada, su boca encarnada como una flor, su largo y flexible cuello, tenía una de las más arrebatadoras cabezas *mil ochocientos treinta* que cabe imaginar. Delgada y esbelta, estaba encantadora con vestido entallado, cuello liso, calzado coturno, y Deveria hubiese firmado sus manitas de gata enamorada. Por lo demás, un leño. ¡Era la griseta, la verdadera griseta, que tanto se echa de menos! Como dicen ustedes ahora, era *romancista*, y cantaba las canciones de Béranger, dándose trazas para reducirlas todas á una tonadilla única. Hablaba como los personajes de Paul de Kock, designando las relaciones amorosas con estas palabras: *¡Estar con uno!*

Cifraba su orgullo de muchacha honrada en no tener cada vez más que un amante; pero me hablaba sin ningún escrúpulo de los que me habían precedido; haciendo pasar en sus frases, como cuentas de rosario, Pablos, Eugenios, Alfonsos, Edmundos y Ernestos, á todos los cua-

les declaraba monstruos, pero chicos guapos. Desde la mañana hasta la noche tiraba de la aguja con una regularidad que me exasperaba; y cuando la interrumpía con mis besos, se quejaba amargamente del tiempo que la había hecho perder para su tarea de treinta sueldos. Considere usted lo que yo pensaría de ese lloriqueo por uno ó dos sueldos sacrificados en un rapto amoroso, yo, que tenía la pretensión de ganar dentro de nada bastante oro para poner á Ágata en un palacio!

Eso sí; si á mí me aburría su charla, á ella mi pluma corriendo sobre el papel tenía el don de horripilarla mucho más todavía. Una vez me preguntó con mal aire qué era lo que escribía, y yo le respondí naturalmente: «Versos.»—«¡Ah!—me dijo.—Entonces cántalos.»—«Pero si son versos que no se cantan,»—objeté—¡Frase imprudente! Me miró con fría indignación, como si yo hubiese sostenido que los tigres nadaban debajo del agua ó que los cocodrilos volaban por los árboles. La idea de versos que no se cantan no significaba absolutamente nada para ella, y colocándonos en el punto de vista de Orfeo (que es el verdadero), hay que confesar que tenía razón.—«En resumidas cuentas,—me preguntó en son de zumba,—¿para qué sirve eso que tú haces?»—«¡Pero, alma mia,—dije,—pues para comprarte un vestido de seda!»

A estas inauditas palabras Agata abrió desmesuradamente los ojos, y tuvo una expresión de sorpresa, de duda, de codicia, de deseo desenfrenado. Pero no fué más que un relámpago. No podía dar crédito á semejante enormidad, porque el vestido de seda, juntamente con el armario de luna y las flores artificiales bajo fanales, era uno de sus tres grandes sueños.—«¿Un vestido de seda?—me preguntó con sorna.—¿Y para cuándo me lo fías?»—«Pues para de aquí á quince días»,—dije yo alegremente. No

sabía con qué constancia había de contar los minutos y las horas esa seria y ordenada griseta.

Quince días después era el 10 de Agosto. Aquella mañana, exhausto de fondos, no bebí mi taza de leche ni comí mi panecillo; por manera que me fuí completamente en ayunas á la calle de Mail, á casa de mi princesa. Al atravesar el Palais-Royal no dejé de echar una tímida ojeada por las librerías; pero ¡ay! harto me informaba de la falta de venta de mi poema el desdén con que me miraban los libreros. Aterrado á la vez por la humillación y por el desfallecimiento de mi estómago, pensaba en los bellos ojos de Agata, en sus tersos cabellos, en sus labios de granate, y esperaba que, al verla sonreir, me sentiría consolado de repente. Pero la encontré fría, cruel, en una actitud de lo más extraño. Me pidió su vestido de seda con el tono con que reclama un agente el valor de un pagaré; y cuando respondí con tristeza que no lo tenía, se puso horriblemente pálida, y pude leer en sus pupilas un odio feroz.—«¡Ah! ¿No lo tienes?—dijo abriendo la puerta.—Corriente. Puedes irte y no volver hasta que lo tengas.»

Yo tenía un hambre descomunal. Con todo me sentí correr por las mejillas dos lágrimas abrasadoras, porque adoraba á aquella chiquilla casquivana, que cantaba las canciones de Béranger con una voz de falsete capaz de hacer temblar las piedras. Pero pronto me sacó de mi abstracción un movimiento extraordinario que había en las calles. Los transeuntes formaban grupos, hablaban con animación y se precipitaban no sé dónde. Retazos de frases cogidos al azar fueron informándome de lo que pasaba; acababa de llegar á París la noticia de los acontecimientos de Lyon. La Guillotière y la Cruz Roja tomadas por asalto; por parte de la tropa, 115 muertos y 370 heridos; por parte de los obreros, 400 heridos y 200 muertos.

Varios jóvenes que pasaban junto á mí con el sombrero apuntado, la gran corbata y la perilla de los *bousingots*, hablando en voz alta, me advertían que también en París bullía la insurrección. Se detenía á la mayor parte de los miembros del Comité de los Derechos del Hombre. Sólo habían podido escapar á las persecuciones Cavaignac y Kersausie.

Todo eso, los cadáveres de Lyon, la fermentación de París, los republicanos fugitivos, andaba revuelto, en mi cabeza trastornada, con mi poema, con Ágata y con el vestido de seda. Al entrar en el Palais-Royal, comprendí en un abrir y cerrar de ojos que me esperaban, que me acechaban los libreros; evidentemente mis ejemplares eran arrebatados; pero esa idea no la tuve más que como en sueños. Uno de los libreros se apoderó de mi persona con verdadero frenesí; y comprendiendo que no tenía tiempo que perder, me empujó por el codo derecho.—«Señor Crouzilles,—me dijo,—¿quiere usted cederme la propiedad de *La Guizótida* por 30.000 francos?» En tres minutos me vi arrastrado á la tienda, firmé la escritura, que estaba ya completamente preparada, y me encontré en el jardín con mis 30 billetes de banco.

¡Treinta mil francos! ¡Y contaba dieciocho años, y tenía hambre! Aguardando el mañana misterioso, la lucha embriagadora, la nube de polvo y la barricada, podía fumar entretanto rubios y secos habanos, comprar muebles y cuadros, tener en mis brazos esas mujeres elegantes que había visto á distancia de mí como en las regiones etéreas. Sobre todo podía comer, ir al Rocher de Cancale, á casa de Borel, cuya cocina asombraba á Europa, ó lo que era más sencillo, podía quedarme donde estaba para ir allí á dos pasos, á casa de Véfour. Pues bien: ¿qué cree usted que hice? ¿Se figurará usted que pensé en comer?



—No,—dije á Crouzilles.—Supongo que compró usted el vestido. ¡Siempre se compra el vestido en esos casos!

—Sí,—continuó el poeta,—compré un vestido, compré hasta diez vestidos, uno rosa, otro verde, otro azul, otro gris, otro naranja, uno escarlata, uno negro, uno blanco y un último amarillo azufre; dejé vacío el almacén de *Pobre Diablo*, y llegué á la puerta de Agata seguido de dos soberbios mancebos, que se doblaban bajo el peso que llevaban.

La portera estaba en el umbral, y me paró con una sonrisa de demonio. «La señorita Agata no vive ya aquí,—me dijo.—El caballero con quien está ahora se la ha llevado en su tílbury.» Yo di colocación á mis diez vestidos; pero, amigo mío, desde aquella fecha no compro más, y por eso le ruego á usted que me haga el encargo.

—Mi querido maestro,—respondí á Crouzilles,—se puede creer fácilmente que una griseta casera y sentimental cambie de amante en cinco minutos, y me parece natural también que, á favor de las tempestades políticas, cuyo furor lo hace posible todo, y á la edad de dieciocho años, en que se realizan tantos milagros, haya podido ganar con sus versos 30.000 francos un poeta francés. ¡Pero lo que no concibo de ningún modo es que una mujer, cualquiera que sea, á quien se llevan diez vestidos á la par, no fuese advertida del hecho por un presentimiento imperioso, y no los oyese acercarse, sobre todo el escarlata y el rosa!

TEODORO DE BANVILLE.

## ALFONSO DAUDET

### I.

**H**AY entre los cuentistas y novelistas contemporáneos un autor que ha recibido al nacer todos los dones del espíritu. Quiero hablar de Alfonso Daudet. He de aplicarle, á pesar de lo gastada, la antigua imagen de los cuentos maravillosos. Me figuro que todas las hadas se han reunido en torno de su cuna para comunicarle cada cual una rara prenda con la virtud de su varita: una le ha dado la gracia; otra, el encanto; ésta, la sonrisa que hace amar; aquélla, la tierna emoción que depara el éxito. Y lo asombroso es que la mala hada, la que suele llegar á lo último para destruir todos esos preciosos dones, se retrasó tanto aquel día que ni siquiera pudo entrar. Sí, la mala hada se quedó á la puerta, y no cayeron más que bendiciones sobre la cabeza del futuro autor de los *Cuentos del Lunes* y de *Fromont Menor* y *Risler Mayor*. Voy á estudiar, pues, en Alfonso Daudet una naturaleza privilegiada, uno de los casos más encantadores é interesantes de nuestra literatura contemporánea.

Alfonso Daudet nació en Provenza, creo que en Nimes. Vino á buscar fortuna á París muy joven, con la

cabeza al aire. Ignoro si llevaba zuecos, como todos los hombres que deben hacer fortuna más tarde; pero lo que traía á buen seguro era un pifanillo de poeta, una música de lo más adorable que se puede imaginar, música que conservaba aún la rudeza de los tamboriles y pitos provenzales. Hay que conocer nuestra Provenza para comprender el sabor original de los poetas que nos envía. Brotan allí entre el tomillo y el espliego, medio gascones, medio italianos, llenos de ensueños indolentes y de mentiras deliciosas. Tienen sol en la sangre y cantos de pájaros en la cabeza. Llegan á París para conquistarlo con una audacia candorosa, que es ya la mitad del éxito; y cuando poseen verdadero talento, saltan á las primeras filas, y con sus atractivos pasan á ser hijos mimados del público. Más tarde, en este terrible medio de París que gasta los caracteres como una piedra de molino, permanecen inalterables, guardando un olor de terruño, una manera viva de sentir y pintar, que siempre los distingue. Son poetas de nacimiento, que tienen lleno el corazón de las canciones del país.

Me acuerdo de mi primer encuentro con Alfonso Daudet. Ha mucho de eso. Colaboraba él entonces en un periódico muy leído; llevaba un artículo, cobraba el dinero, y desaparecía con la indiferencia de un dioscecillo refugiado en la poesía, lejos de las menudencias de este mundo. Creo que vivía en el suburbio, en un rincón apartado, con otros poetas, toda una banda de alegres bohemios. Era hermoso, de una belleza delicada y nerviosa de caballo árabe, de abundante melena, de sedosa barba partida, ojos grandes, nariz delgada, boca amorosa, y sobre todo eso, no se qué golpe de luz, qué aliento de tierna voluptuosidad, que bañaba todo su semblante de una sonrisa espiritual y sensual á la vez. Tenía algo del pi-

lluelo francés y de la mujer oriental. Desde su llegada á París le sopló la suerte: se granjeó un protector y amigo en M. de Morny, que lo colocó en su secretaría. Ya empezaba á obrar su seducción. Y esta palabra de seducción es la palabra propia; más tarde ha seducido á sus amigos, ha seducido al público, ha seducido á cuantos se le han acercado. No se piense que su posición cerca de M. de Morny le hizo afectar ni por un minuto aires de rigidez y empaque. Conservaba toda la libertad y desenvoltura de sus movimientos, azotaba las calles de París con el vértigo de un colegial escapado, y lanzaba versos y besos á los cuatro rumbos de la ciudad. Luego cae enfermo una mañana; los médicos hablaban de una afección al pecho, y hubo de marchar á Argelia. Otra suerte para él; los males tórnanse bienes en sus manos afortunadas. La estancia en Argelia completó su nacimiento en Provenza; se le abrieron horizontes de luz, cuyo brillo deslumbrante ha conservado, y los cantos árabes que lo arrullaban comunicaron una punta de rudeza á la dulzura de su poesía provenzal. Hoy pueden reconocerse en sus obras las impresiones de esa época de su vida: las largas travesías, los puertos donde duermen navíos, los perfumes de los países exóticos, los colores vivos y la vida al aire libre de las comarcas del sol. En fin, esperaba á Alfonso Daudet una última, una suprema fortuna: se casó á su regreso de Argelia, y desde entonces se hizo un buen burgués, un trabajador muy metido en sus tareas. El poeta, que hasta allí había soltado sus cantos locamente, entró en una época de madurez y de producción metódica. El matrimonio, según yo, es la escuela de los grandes productores de nuestro tiempo.

Hoy Alfonso Daudet es uno de los cuatro ó cinco novelistas cuyas obras nuevas son acontecimientos litera-

rios. Lo han condecorado en 1870, á la edad de treinta años. Reside en París durante los inviernos, y pasa los estíos en el campo, en uno de esos rinconcitos de verdor adorables, que á algunas leguas existen en las márgenes del Sena. Tiene ancho mundo ante sí, puede intentar todos los éxitos y probar todas las suertes, seguro de subir tan alto como quiera. Las hadas de su cuna lo llevan siempre de la mano. Yo no conozco en nuestra literatura contemporánea una figura más simpática, un escritor de más seguro porvenir y que marche por camino más bello á más hermosa posición.

Para hacer comprender todo el encanto de esta figura literaria hay que analizarla con suma delicadeza. Es un talento complejo, muy vivo, difícil de definir en una expresión, amén de que, manejándolo con demasiada rudeza, habría que temer privarlo de su brillo. La primera operación crítica consiste en figurarse á Alfonso Daudet frente á los seres y á las cosas, y preguntarse cómo procede en su presencia. Ante todo es un poeta; tiene la sensación prolongada y vibrante; ve las multitudes y los campos que atraviesa con la semialucinación de las imaginaciones vivas. Todo se agranda, se colora, se anima, adquiere intensidad. No es la sequedad de Stendhal, ni la pesadez épica de Balzac; sería más bien la sobreexcitación nerviosa de Dickens, un galope continuo por medio de lo real con bruscas escapadas á los campos de la fantasía. Pero hay dos maneras por lo menos de ser poeta: la manera ruda y la tierna. Alfonso Daudet es un poeta tierno. No ha nacido con el espíritu de rebelión, con la amargura y las protestas febriles de las almas sublevadas. Cuando sale, es con la alegría de encontrar el cielo azul, hermosas las mujeres, buenos los hombres. Anda por medio de la sociedad como un amigo. No es que

sea ciego, ni mucho menos; ve el mal, y lo señala con el dedo; pero, si elige por personaje un pícaro, pintará, más bien que sus vicios, sus ridiculeces, preferirá conseguir que nos riamos á que nos espantemos de él. Jamás ha descendido el autor al lodazal humano; lo deja adivinar á veces; de ahí no pasa. Nos encontramos aquí con la inclinación natural de un temperamento, cosa que me importa consignar de un modo terminante, para que no se dé á mi pensamiento un alcance crítico que no tiene. Alfonso Daudet obra con lealtad respecto de la naturaleza; no miente, no se embadurna de rosa; se limita á extraer los elementos buenos y los coloca en primer término, mientras que relega á la sombra los elementos malos. Es, después de todo, la misma operación que hacen los espíritus sublevados cuando ponen por delante lo odioso y dejan detrás la parte consoladora. En uno y otro caso se trata de una simple cuestión de perspectiva, de querer ó no querer de cierta manera á la humanidad; en el fondo es idéntica la probidad literaria. Alfonso Daudet, como otros grandes artistas, piensa que el bien es la luz viva con que hay que iluminar el cuadro humano, y que el mal es la sombra, que conviene distribuir hábilmente para no obscurecer demasiado el conjunto.

Quedan, pues, sentados los dos primeros puntos: Alfonso Daudet es un poeta, y un poeta tierno. O de otro modo: tiene el don de evocación, y lo emplea en hacer vivir ante nosotros creaciones en las cuales pone á la vista preferentemente las buenas cualidades humanas. Pero esos dos puntos determinan inmediatamente un tercero. Si no tiene ese furor revolucionario que rompe lo que toca, posee ironía, una ironía fina y acerada como una espada. Es el arma natural de su temperamento contra la necedad y la maldad. Nunca se enfada; eso desentonaría.

Se ríe, ó no hace más que sonreirse; pero nada tan agudo y mortífero como esa sonrisa. Algunos de sus personajes son blandos acericos donde clava una á una todas las puntas de su espíritu. Tiene una crueldad feroz á alfilerazos. Sus sátiras son sátiras animadas, muy joviales, sin acerbidad visible, que ocultan la violencia de los ataques bajo un continuo buen humor. El hecho es, en suma, que Alfonso Daudet tiene un sentimiento muy vivo de lo cómico, pero no desbordándose á la manera de Rabelais, ni del modo violento y envenenado de Swift; es un sentimiento cómico nuevo, moderno, nervioso, iluminado por una llama de poesía, que se penetra de lo ridículo y lo remeda, le da alas y se divierte á sus expensas en las regiones etéreas de la fantasía. Más adelante pondré ejemplos de esa risa de poeta que hace sonar la burla dentro de un cascabel de oro, prefiriendo entregar los bribones á la risa de todos mejor que ensuciarse las manos revolviendo sus desnudeces.

Hay que añadir que Alfonso Daudet es un escritor de raza. Como todos nuestros grandes prosistas actuales, ha aprendido el mecanismo de la lengua empezando por hacer versos. Se le cuenta entre los cuatro ó cinco novelistas que se preocupan de la viveza del estilo, de la precisión del dibujo, de la brillantez del color. Pertenece al grupo de los naturalistas; tiene la pasión de los vastos horizontes reales; cree en la necesidad de los medios exactos y de los personajes estudiados según el natural; saca la materia de sus obras de la vida moderna, y aun profesa por los cuadros populares y burgueses un particular cariño, mezclado con cierta curiosidad por los pequeños mundos aparte, por los mundos de clasificación incierta que brotan como hongos en el gran estercolero de París. Camina así en sus obras algo á la ventura, á

merced de las extrañas sociedades que ha recorrido y escudriñado con sus ojos de miope hasta un pormenor que hubiese escapado á ojos excelentes, contándolo, pintándolo, evocándolo todo con estro provenzal tierno y burlón. Se descubre que él mismo representa sus personajes. A lo mejor se le va el santo al cielo, y les habla, los riñe ó los alaba. De esa suerte se le ve hacer salidas repentinas á cada minuto en medio de su relato por no tener calma para quedarse entre bastidores. Aventura prosopopeyas, da la palabra á las cosas inanimadas, y deja intervenir figuras de cuentos maravillosos en medio de los dramas más reales. Su facultad soberana es la imaginación, y por ella pasa cuanto ha observado antes de llegar á los lectores; de ahí los saltos bruscos, las hermosas expansiones, las lágrimas que se le oye derramar á él mismo entre líneas, las carcajadas involuntarias que suelta de repente al fin de una frase. Eso perjudica, sin duda, al buen orden de la obra; desearíamos menos apóstrofes, menos exclamaciones, menos enternecimientos personales. Pero ¿quién piensa hacerle cargos por esas exuberancias, por esa manera viva de escribir, tan viva que sus amigos creen verlo y oirlo al leerlo? Después de todo, ésa es su originalidad, ése es el secreto de su seducción. Él se entrega por entero, y por eso mismo se apodera de los demás. En medio del severo orden de ciertas novelas contemporáneas, de su método impersonal y mármreo, tienen á veces las de Alfonso Daudet un abandono encantador, una frescura juvenil, una como gresca de nido de pájaros, de mirlos silbadores y alondras canoras. No son los frisos del Parthenón con sus desfiles majestuosos. Son oleadas de estilo y oleadas de primavera, páginas grandes y páginas exquisitas, todo lo bueno y libre que la vida encierra.



Una cualidad sola parecía que debía faltar á Alfonso Daudet: la fuerza. Pues bien: por un milagro de ductilidad, por un beneficio extraordinario de la suerte, ha crecido y se ha hecho fuerte de pronto. Del cuentista adorable ha salido un gran novelista. Es una de las transformaciones literarias más maravillosas que yo conozco. Al estudiar ahora sus obras, lo presentaré creciendo así, pondré erguida su figura de poeta, de cuentista, de novelista y de autor dramático, figura delicada, irónica y resuelta á la vez.

## II.

Alfonso Daudet ha empezado por hacer versos. ¿Cuántos ha hecho? ¿Cuántos centenares de esos versos felices de la juventud, agrios como frutas silvestres, que no se publican nunca, y que se leen y releen de continuo, cuántos así duermen todavía en sus cajones? Eso es lo que yo no sé, porque los poetas tienen grandes pudores para sus primeros balbuceos. Alfonso Daudet se ha contentado con reunir de mil á mil doscientos de sus versos en un volumen titulado: *Les Amoureuses*, y á eso se reduce todo su contingente poético. El volumen lleva las fechas de 1857-1861. El autor ha escrito, pues, los fragmentos que contiene desde los diecisiete á los veintiún años; es un puñado de flores cogidas en la primera juventud. Pero esas flores de la infancia tienen ya un perfume muy suave y hasta un asomo de originalidad que delata el talento impresionable y humorístico del escritor. Uno de esos fragmentos se ha hecho célebre: *Las Ciruelas*, una serie de octavillas en que el poeta cuenta sus amores con su pri-

ma Mariette, bajo un ciruelo; ha alcanzado gran boga, y aún se recita en los salones como un trozo clásico. Citaré igualmente *Los Botines*, *El Miserere del Amor*, y un adorable capricho dialogado, *Las Aventuras de una Mariposa y de una Mariquita*, donde se ve á la Mariposa pervirtiendo á la Mariquita, emborrachándola en las Azucenas, y arrastrándola al vicio en el seno de las Rosas. Pero hay que confesarlo: los versos de Alfonso Daudet no son más que reliquias abandonadas por la corriente de la juventud.

Más adelante adoptó por molde la estrecha fórmula del cuento. Y se comprende que el cuento, con sus ingeniosidades, su tierna discreción y sus cinceladuras de joya, agradase á ese espíritu delicado que soñaba en prosa las perfecciones de la poesía. Pero hay que creer también que la necesidad de ganar algún dinero, dirigiéndose al periodismo, lo decidió entonces á adoptar un género de artículos cortos y completos de fácil colocación. El éxito fué inmediato y grandísimo. Era en 1866; tenía á la sazón veintiséis años. Dió primero al *Évenement* una serie de artículos bajo el título general de *Cartas de mi molino*; eran en su mayoría leyendas provenzales, fantasías, cuadros del París moderno, verdaderos poemitas tratados con exquisito arte. Durante seis ó siete años no abandonó esa forma, en que desplegó infinitos recursos. A las *Cartas de mi molino* sucedieron las *Cartas á un ausente*; luego vinieron los *Cuentos del lunes*. Todos esos artículos se han reunido en volúmenes, y seguirán constituyendo uno de sus títulos de gloria.

Hay que explicarse, por otro lado, sobre la palabra cuento. En los primeros tiempos Alfonso Daudet se encerró en las leyendas; pero después, las hadas, el mundo fantástico y las imaginaciones simbólicas no volvieron á

intervenir más que de tarde en tarde para variar los asuntos. Poco á poco en el narrador de las veladas de Provenza fué despertándose el artista prendado de la vida moderna. Desde entonces el cuento se convirtió las más de las veces en una página de costumbres contemporáneas, en una historia de actualidad palpitante, en un paisaje exótico dorado por claro sol, en todo lo que se encuentra y todo lo que se ve en la calle.

Así, en la serie de esas colecciones se puede encontrar las grandes emociones públicas que han agitado á Francia durante los siete ú ocho últimos años. Las supremas convulsiones del Imperio, nuestros desastres de 1870, el sitio de París, la guerra civil, han dejado allí sucesivamente lágrimas de piedad ó de cólera. Comprendido de esa suerte, el cuento no es ya lo que entendían nuestros padres: un relato maravilloso con una moraleja al fin; es un drama ó una comedia en algunas páginas, un cuadro vivamente esbozado, un fragmento de autobiografía, y aun á veces simples notas tomadas del natural y dadas con la frescura original de la sensación. En esa producción se columbran las tiranías del periodismo, pidiendo á plazo fijo una cantidad medida de páginas.

Con todo, mal haría Alfonso Daudet en guardar el menor rencor al periodismo. Si los artículos que escribió lo apartaron de la novela durante varios años, le permitieron madurar su talento y dar á conocer las raras prendas de su espíritu. Sobre que además él ha conservado en esas tareas una gran dignidad de escritor; jamás se ha violentado, jamás ha caído en la fabricación precipitada. Cada uno de sus cuentos es, por lo acabado, una maravilla, en la cual se trasluce la conciencia del artista, las largas horas empleadas en buscar y acariciar la idea, en pulir y perfeccionar la forma. Ocho días tardaba en es-

cribir una de esas obritas maestras. Cuando se estudian de cerca, se admira su hábil estructura, su esmerado lenguaje, sus intenciones numerosas y siempre logradas; son como otras tantas composiciones en verso, cuyas sílabas todas han debido contarse. Algunas constituyen una novela entera, con una exposición, una peripecia y un desenlace. Otras afectan formas más libres; pero en su aparente abandono ocultan un arte extremo. Y el autor está ya en plena posesión de sí mismo; se presenta tal y como habrá de ofrecérsenos en sus grandes obras: lleno de una ternura compasiva, y dejando oír á veces su hermosa risa, nerviosa y burlona.

Necesito apuntar dos de esos cuentos para hacer comprender mejor su ingenioso corte y su feliz perfección. Escojo al azar en los volúmenes cuyos títulos he dado antes.

*La última lección.*—Estamos en Alsacia, después de la conquista. Un niño alsaciano que siente comezón de irse á galochar por el bosque, se decide al fin á entrar en la escuela. Allí encuentra un silencio religioso. El maestro, M. Hamel, lleva su majo redingote verde, su chorrera encañonada y su calzón de seda. Los alumnos están muy graves en los bancos; en el fondo de la clase se hallan sentados algunos ancianos de la aldea: el antiguo alcalde, el antiguo cartero, el viejo Hauser con su tricornio. Y M. Hamel empieza la lección diciendo: «Hijos, es la última vez que os doy clase. Ha venido de Berlín la orden de no enseñar ya más que alemán en las escuelas de Alsacia.» En este punto el alsacianillo se queda trastornado. ¡De modo que él, que ha hecho novillos tantas veces, y que apenas sabe trazar las letras, se quedará para siempre sin saber francés! Así que, cuando el maestro le pregunta y no puede responder porque no ha estudiado

la lección, baja la cabeza con aire avergonzado. Entre tanto prosigue la lección; el abuelo Hauser, que tiene una cartilla vieja en las rodillas, deletrea con los ojos llenos de lágrimas. Dan las doce del día; ha acabado la última clase. Entonces M. Hamel se volvió hacia el encerado, cogió un trozo de tiza, y apretando con todas sus fuerzas, escribió con las letras más grandes que pudo: «¡Viva Francia!» Luego se quedó parado, apoyando la cabeza en la pared, y sin hablar nos dijo con la mano: «Todo acabó... Podéis iros...»

*La partida de billar.*—El ejército francés está en plena retirada. Se combate desde hace dos días. Los soldados se hallan extenuados, y ha ya tres horas mortales que se les deja entumecerse, descansando el fusil, en medio de los charcos de las carreteras. El mariscal, no obstante, establece su cuartel general á orillas del bosque, en un hermoso castillo Luis XIII. Mientras mueren los soldados esperando órdenes, él empieza una partida de billar con un capitancito de Estado Mayor muy ajustado, muy rizado y muy puesto de guante claro. El capitán es muy fuerte en el billar, pero sabe hacer pifias porque comprende que juega su ascenso. En el ínterin se acerca el rumor de la batalla. Una bomba va á estallar en el jardín. Los prusianos atacan. «¡Y qué! ¡que ataquen!» dice el mariscal, dando tiza al taco. Llegan despachos tras despachos; sucédense los ayudantes de campo; todo el mundo espera órdenes. Pero el mariscal permanece inabordable y continúa la partida. Partida terrible, que se anima en medio de los gritos de muerte, más anhelantes cada vez á medida que avanzan los prusianos. Ha concluído la última jugada. Ahora, un gran silencio. Nada más que la lluvia que cae sobre los álamos, un rodar confuso al pie de la pendiente, y algo como el

tropel de pisadas de un rebaño por los caminos anegados.

Podría citar diez cuentos semejantes, igualmente conmovedores y de idéntica ironía: la historia de aquel coronel de coraceros paralítico, á quien su hija, usando de una piadosa mentira, cuenta nuestras pretendidas victorias sobre los prusianos, y que se regocija por la toma de Berlín el día mismo en que entran en París los alemanes y van á pasar por debajo de sus ventanas; la entrevista de dos obreros, padre é hijo, que no se han visto hace veinte años, después de casarse el padre, y que se abandonan para una nueva separación de otros veinte años quizá, luego de haber bebido un litro y estrecharse la mano; las impresiones de un autor dramático en la noche de una primera representación, su fiebre, el zumbido de sus oídos, su huída y su largo paseo en medio de la lluvia, mientras se aplaude ó silba su obra. Igualmente habría que hacer citas muy interesantes de un volumen que no he nombrado, de las *Mujeres de artistas*, estudios cortos, nuevos cuentos en que Alfonso Daudet ha analizado esa clase de mujeres tan singular, las mujeres casadas con escritores, pintores, escultores, músicos; casi todas son mujeres fuera de su esfera, amantes transformadas en mujeres legítimas: unas resueltas como hombres, otras llorando por no comprender ni ser comprendidas. El autor ha encontrado ahí una nota que él sabe traducir perfectamente; pero bueno es advertir que los más de sus artistas son bohemios, porque entre los verdaderos trabajadores la mujer es casi siempre una mujer excelente y digna, acreedora á toda clase de respetos.

## III.

He hablado del sentimiento nervioso y moderno que tiene de lo cómico Alfonso Daudet. Un libro ha escrito—las *Aventuras prodigiosas de Tartarín de Tarascón*—que no es más que una burla prolongada. Entre sus ya numerosas obras posee ésta un interés particular, porque pone de relieve uno de los lados de su talento. Es característica. Me detendré, pues, en ella especialmente.

No hay que olvidar que el autor ha nacido en Nimes. Eso hace más sabrosa su epopeya burlesca de un héroe provenzal. Se chancea con la ciudad vecina como hombre que ha crecido á la vista de sus ridiculeces. Parad mientes en eso: un provenzal burlándose de los provenzales con todo el donaire y todo el acento del terruño. Para satirizarlos se sirve de su propia exageración, de la viveza de sus ademanes y de sus palabras. Es un renegado que se ríe mucho de sus paisanos y un poco de sí mismo con una encantadora delicadeza, que excluye toda crueldad, con un gracejo y un buen humor sin rivales.

Su héroe, Tartarín, es el rey de Tarascón. Habita en esa ciudad la tercera casa á mano izquierda del camino de Aviñón; una casa con jardín, llana y sencilla por fuera, pero que él ha convertido por dentro en digna morada de un héroe aventurero. El jardín sobre todo es extraordinario; allí no se ven más que árboles exóticos, —gomerros, calabaceros, algodonerros, cocoterros, plátanos, palmeras;—hay especialmente un baobab, célebre en toda la comarca, un baobab tamaño como una lechuga, porque irremisiblemente los árboles exóticos se nie-

gan á crecer. Tartarín tiene asimismo un despacho de que se habla mucho, una gran sala tapizada de armas de alto á bajo: carabinas, rifles, trabucos, cuchillos de todas clases, kris malayos, flechas caribes, flechas de peder-  
nal, rompe cabezas, mazas hotentotes, lazos mejicanos. En un velador colocado en medio hay un frasco de ron. Allí es donde el héroe se pasa los días leyendo relatos de caza. Y no sueña más que con la caza del oso, la caza del elefante, la caza del tigre, con todas las cazas más peligrosas y lejanas imaginables.

En puridad de verdad, Tartarín no ha cazado nunca más que las gorrillas. Aquí hay una burla muy fina que sólo pueden comprender los provenzales. En las pequeñas poblaciones de Provenza todos los habitantes son cazadores. Pero la contra es que falta la caza en absoluto, y hay que andar leguas y leguas para matar media docena de pajarillos. En las inmediaciones de Tarascón parece que hasta los pajarillos han tomado el portante; de forma que ya no queda en el país más que una liebre, bien conocida de los cazadores, que la han llamado «la veloz», y hasta han acabado por dejar en paz á esa liebre testaruda. Pero eso no impide que los cazadores salgan á campaña todos los domingos en grupos de cinco ó seis; van á almorzar á algunos kilómetros de la población, y en seguida principia la caza: echan al aire las gorrillas, y las tiran al vuelo. El que da más veces en su gorrilla es proclamado rey de la caza. Tartarín era rey todos los domingos, y he aquí por qué Tarascón lo había erigido en héroe suyo.

¡Y qué adorable cuadro el de esa ciudad de Tarascón, donde cada familia tiene su novela! Hay que leer las veladas de casa del boticario Bésuquet, donde Tartarín va á cantar el gran dúo de *Roberto el Diablo*, y las largas



sesiones de casa del armero Costecalde, en cuya tienda se reúnen los cazadores de gorrillas. Con todo, Tartarín no es feliz. Por más que el valiente comandante Bravida, capitán de ejército retirado, diga hablando de él: «Es un pájaro de cuenta», se consume por no haber dado aún toda la medida de su valor. Vive aguardando un peligro que no acaba de presentarse, blandiendo al aire los puños. Por la noche, cuando va al círculo, se arma de pistolas y cuchillos, como si marchase á alguna expedición arriesgada; pero jamás ha tenido la suerte de topar con un mal encuentro. Por fin, un día sobreviene un acontecimiento en su existencia. Se ha instalado en Tarascón una exposición de animales, y entre el enjambre de cocodrilos, gatos monteses y focas, figura un león del Atlas. ¡Un león! ¡Qué caza para Tartarín! He aquí un enemigo digno de él. Pasa los días en la exposición de fieras, y las cosas llegan á punto de esparcirse poco á poco rumores de que va á marchar á la caza del león. Él no ha dicho una palabra sobre esa partida, pero se siente halagado por el rumor que corre, y no tarda en acosarlo toda la ciudad que tiene fijos en él los ojos. Fuerza es que marche, si quiere seguir siendo héroe. La partida de Tartarín es todo un poema. El hombre se lleva un mundo de utensilios y provisiones; se viste de turco por respeto al color local, y se arma de pies á cabeza. Por último, lo acompaña á la estación Tarascón entero, y el tren se lo lleva.

En Marsella produce gran sensación con su arsenal. Luego, tras una terrible travesía en que el héroe echa los bofes, desembarca finalmente en Argel. Al día siguiente sin más tardar, y sin decir nada á nadie, sale de Argel con sus armas, y va á ponerse en acecho de los leones por la noche á las puertas mismas de la ciudad. ¡Considerad qué noche de emoción! Al apuntar el día

cree ver un león y mata un asno, por el cual le hace pagar doscientos francos su dueño, un tabernero. Ese tabernero le jura además que él no ha visto nunca un león en el país. Al Sur de Argelia los hubo en otro tiempo. Pero Tartarín, de vuelta de Argel, cae poltronamente en una vida de pereza y de amor. Olvida los leones. Ha encontrado un príncipe de Montenegro, un aventurero, que se confabula con una bribonzuela llamada Baia, para sacarle todo el dinero posible. Baia, una moza de vida airada de Argel, se hace pasar por mujer de harén, que no sabe una palabra de francés. A pesar de todo, Tartarín despierta bruscamente al leer en un periódico noticias de Tarascón, donde se encuentran sumamente intranquilos por su persona. Piensa en lo que esperan de él sus paisanos desde el día en que juró matar leones, y vuelve á equiparse y á salir á campaña con su arsenal.

Lo malo es que no hay un solo león en Argelia. Julio Gérard acaba de matar el último. Pero el príncipe de Montenegro no está dispuesto á soltar así su víctima. Se une á Tartarín en Milianah, y entonces empieza, en la llanura del Cheliff, la batida más graciosa que puede imaginarse. El héroe ha comprado un mísero camello viejo. Registran los matorrales, van de aduar en aduar por espacio de cerca de un mes. En fin, una noche Tartarín vuelve á ponerse en acecho en un bosque de adelfas; pero lo sobrecoge tal pánico al creer oír rugidos, que echa á correr en busca del príncipe que ha quedado atrás; ahí estaba el príncipe. Tartarín ha cometido la imprudencia de confiarle su cartera, y él, que aguardaba esa ocasión hacía mucho tiempo, ha huído con el depósito. Lo peor es que en ese instante aparece un verdadero león, un león ciego, un animal sagrado que forma parte de un gran convento de leonés fundado por Mahommed-

ben-Auda. Tartarín, fuera de sí, mata al león, y de poco recibe una paliza de mano de los negros que llevaban al animal. Sale del paso con un proceso interminable, cuyas costas suben á dos mil quinientos francos. Naturalmente, envía la piel del león á Tarascón.

Un último desencanto espera al héroe en Argel. Encuentra á Baia hablando en provenzal con el capitán del paquebote que lo llevó á Africa. Éste ofrece repatriarlo, y él acepta en seguida. Aquí entra el detalle más chusco del libro. El camello de Tartarín ha cogido cariño á su amo. Lo ha seguido desde el fondo de Argelia, obstinándose en ir tras sus pasos como un perrillo fiel. Tartarín, desesperado de llevar en su compañía ese animal melancólico, ha querido desorientarlo mil veces. Pero el camello, muy ladino, y cariñoso á prueba de desdenes, lo ha vuelto á encontrar siempre. Cuando ve á su amo embarcarse, se tira al mar, y el capitán lo recoge, aunque Tartarín reniega de ese leal amigo. La verdad es que Tartarín va lleno de inquietudes al acercarse á su pueblo natal; teme las chanzas á propósito de su deplorable expedición. ¡Y cuál no es su asombro al ver que se le hace una recepción triunfal! La imaginación de los habitantes se ha acalorado; la piel del león ciego ha promovido una emoción extraordinaria; la ciudad quiere ver en su hijo un héroe ilustre. Es lo que Alfonso Daudet llama cultamente un efecto de espejismo para no usar el término enérgico de fanfarronada ó baladronada. Pero lo grande es que el camello tiene un éxito loco. Tartarín exclama con voz conmovida: «Es un noble animal. Me ha visto matar todos los leones.»

Tal es esa obra, que yo no puedo ofrecer desgraciadamente más que en esqueleto. Se halla animada por una risa continua, ora delicadísima, ora estrepitosa, hasta lle-

gar á los extremos de la bufonada. Jamás los ingenuos trapaceros de Provenza fueron pintados con más vivos y alegres colores. Y la ironía es la ironía de un poeta, alada y voladora como un final de estrofa. Hasta en los pasajes en que el autor pierde toda medida y parece á punto de caer en la caricatura, aun entonces lo salva la sensación justa de su ojo de artista. No nos presenta nunca más que la verdad, vista por el lado cómico y transportada al lirismo. He notado igualmente la buena ley de las bromas; nada de amargo en el fondo, nada de rudeza excesiva en lo satírico. Alfonso Daudet, ya lo he dicho, no es un rebelde y ama á los hombres. Su Tartarín, por grotesco que parezca, es en realidad un buen sujeto, de lo más digno que puede encontrarse. Todos perfectamente ridículos, pero todos excelentes personas. Son rasgos originales del autor que en todas sus obras aparecen.

#### IV.

Llego, por fin, á las novelas de Alfonso Daudet. Respecto de *Poquita cosa*, que es entre cuento y novela, me limitaré á citarla. La primera novela del autor es *Fromont Menor y Risler Mayor*.

La tentativa de Alfonso Daudet no dejaba de preocupar á sus amigos. En Francia la crítica os recluye á poca costa dentro de un género. Si habéis hecho cuentos durante diez años, es de temer que se os condene á escribir cuentos toda la vida, so pena de no concederos ningún talento. Notad que la situación de Alfonso Daudet era tanto más delicada cuanto que había demostrado un espíritu

adorable, ingenioso en los pormenores, hábil en cincelar pequeñas obras maestras. Tenía que ensanchar el cuadro sin perder ninguna de sus cualidades; necesitaba sobre todo conservar su público amable y conquistar el gran público. Como ya he dicho, le faltaba un solo don: la fuerza, y á la conquista de la fuerza marchaba.

Pues bien: ha encontrado la fuerza en la misma flexibilidad de su talento. Ha conseguido dar músculos á su arte gracias á la intensidad de su emoción y de su ironía. Se ha podido asistir á la transformación de un cuentista en novelista por una simple ampliación de sus facultades. Hoy es uno de los raros escritores, capaz de escribir una novela por donde pase el gran soplo de la vida moderna. Como poeta, como creador que es, evoca poderosamente los personajes y los medios. En cada nueva obra llega á una factura más magistral.

*Fromont Menor y Risler Mayor* tiene el gran mérito de una acción clara y típica. Desde el primer capítulo se presentan los personajes y se indica el drama. Estamos en casa de Véfour, en la comida de boda del buen Risler, un mecánico asociado de Fromont, que posee una de las fábricas principales de papeles pintados del Marais. Se casa con la joven Sidonia Chèbe, á quien había creído enamorada en otro tiempo de su hermano Frantz, un ingeniero empleado actualmente en Egipto en las obras del istmo de Suez. Y el buen hombre está radiante, porque nunca había soñado en la dicha de ser amado por esa muñeca de Chèbe, tan sonrosada y tan tierna. Pero desde el baile que sigue á la comida empezamos á comprender: Sidonia pasa valsando con Fromont, y lo reconviene por haberse casado, por no haber cumplido la fe jurada. Es el primer estremecimiento del adulterio en medio de toda aquella alegría. Allí están todos los personajes secundarios pin-

tándose á sí mismos con una palabra, con una actitud: la esposa de Fromont, dulce y tranquila, una figura serena y elevada de la honradez; madame Chèbe, majestuosa, y M. Chèbe, un tipo complejo, inventor, negociante sin negocios, rentero sin rentas; el ilustre Delobelle, cómico de provincias empantanado en París, donde vive hace años esperando una contrata, la figura más original y más feliz del libro; el abuelo Gardinois, un campesino millonario, astuto, malo y egoísta; el cajero Planus, un suizo candoroso y buena persona, que no tiene más que un flaco: su miedo y su odio á las mujeres; todo un mundo variado de criaturas inteligentemente observadas y retratadas de cuerpo entero.

Pero hay que conocer la infancia de Sidonia para comprender las profundidades humanas y las intimidades parisienses del drama que va á seguir. La familia Chèbe habita en una casa vieja del Marais y tiene por vecinos de piso á los Delobelle y á los Risler. El rellano de la escalera es espacioso y posee una ancha ventana que da á los patios vecinos y á un hueco de casas en cuyo fondo se ve la hermosa fábrica de los Fromont, los talleres y el jardín. Ese rellano es como un terreno neutral donde los inquilinos cambian sonrisas y traban conocimiento. Es un rinconcito parisiense muy atentamente observado. Y claro: el rellano pertenece á la pequeña Chèbe. Cuando su madre se cansa de verla detrás de sus faldas, le dice: «Anda, vete á jugar á la escalera»; y la niña desaparece durante horas, entra en los cuartos de los vecinos y sirve de lazo de unión entre todos. Así hace la conquista de los dos Risler: el mayor, hombre hecho ya, y el menor, Frantz, un estudiante cuyas lecciones perturba; así anda rodando por la habitación de las Delobelle: la madre, digna mujer, y la hija, Desideria, una pobre cojita, ma-

tándose las dos á trabajar para conservar la salud del ilustre Delobelle, la mayor gloria del arte. Pero el gran placer de la chicuela es estarse horas á la ventana del descanso recreándose en contemplar á lo lejos la hermosa fábrica de los Fromont. Sueña con ella; todas las alegrías de la vida las ve allí. Por eso se siente henchida de vanidad cuando el buen Risler, que trabaja en la fábrica, la lleva á casa de los Fromont, á quienes agrada por su gentileza. Se hace amiga de Clara y de Jorge, y hasta tiene su principio de noviazgo con el último. Pero las exigencias de la pobreza de sus padres la hacen volver á su obscuro medio, y se ve obligada á entrar de aprendiz para aprender á montar perlas falsas. Entonces germina una envidia feroz en el corazón de Sidonia; tiene los apetitos de esas obreritas que andan por las calles de París parándose, pálidas de anhelo, delante de las vitrinas de las joyerías; padece la fiebre de las riquezas codeadas, de los coches que la salpican, de los placeres y de los amores que husmea. Todo se vicia en su seno; bajo la gracia un poco enfermiza de su cara de muñeca no hay ya más que un furor frío de gozar, y gozar haciendo el mayor daño posible. Es un hongo venenoso nacido en el arroyo de París. Y sigue siempre con su mismo ideal: la casa de los Fromont, su sala, su jardín, su coche, el palacio de Savigny, que pertenece al abuelo Gardinois. Así es que está á punto de morir al saber que Jorge se casa con su prima Clara por cumplir la última voluntad de su tío. Rechaza á Frantz so pretexto de que lo ama Desideria Delobelle, lo cual es cierto, y de que ella no quiere desesperar á una amiga. Luego, de pronto, pretende amar á Risler; á él es á quien ella necesita, porque es el único que puede introducirla en la fábrica de los Fromont, de la cual ha pasado á ser asociado. Allí entra, por último, como

conquistadora, como mujer que lleva la ruina y la vergüenza en los pliegues de su falda.

El matrimonio Risler habita el segundo piso del hotel, cuyo principal ocupa el matrimonio Fromont. Sidonia empieza por querer rivalizar en lujo y en buen tono con Clara, á quien aborrece por su educación y su distinción natural. Pero esto no es todavía más que un juego inocente. En seguida empieza el drama. Sidonia reanuda en el palacio de Savigny su amorío de niña con Jorge, trocado ahora en adulterio. Es una pasión desenfrenada, escandalosa, sin recato ninguno. Jorge, cautivado, enajenado por completo, gasta sumas locas, lleva á Sidonia á los figones de moda y á los teatrillos. Entonces el cajero Planus empieza á temblar por su caja; adivina que anda de por medio una mujer, descubre qué mujer es esa, y llega á concebir sospechas de una infame complicidad por parte de Risler: tan ciego parece, y tan embebido se encuentra en el estudio de un invento, de una máquina rotativa de imprenta, gracias á la cual realizará la casa beneficios considerables. Mientras los dos amantes corren á sus citas, Risler baja á hacer compañía á la esposa de Fromont, y nada más conmovedor que esos dos seres bondadosos engañados, pasando las noches juntos, con la tierna serenidad de sus sonrisas. En fin, Planus, en el colmo del espanto, escribe á Frantz lo que pasa en casa de su hermano, suplicándole que acuda á evitar una desgracia. Llega Frantz con el propósito de cumplir severamente su papel justiciero; pero no bien quiere tener una explicación con Sidonia, cede á una cobardía: se siente paralizado por la seducción de esa mujer, á quien amó en otro tiempo. Ese antiguo amor despierta reavivado por la táctica consumada de su cuñada. Ha comprendido ella muy bien que estaba perdida, si dejaba á Frantz abrir los ojos



á su marido. Por lo mismo se esfuerza en volverlo inofensivo, en atarlo de pies y manos para que no pueda revolverse. Es maravillosamente hábil para ese empeño por la perversión que exhala, por la flexibilidad de su naturaleza voluptuosa. Su plan es muy sencillo: hacerse amar de Frantz, obtener una prueba material de ese amor, y reírsele en las barbas después, en cuanto lo hubiese inutilizado para dañarla. Ejecuta friamente ese plan, y consigue la prueba que deseaba: una carta en que Frantz le declara su amor y le propone huir con él. Desde ese instante el desdichado justiciero no tiene más que hacer que volverse á Egipto. La tentativa proyectada para salvar á Risler del deshonor, y á Fromont de la ruina, ha fracasado ante la habilidad de Sidonia para defender sus placeres.

Aquí entra un episodio bañado en lágrimas. Desideria Delobelle, la pobre cojita, sigue amando á Frantz. Al verlo volver creyó que iba á casarse con ella, y aun él, le dejó entrever esa esperanza. Así, cuando parte de nuevo, la infeliz es presa de inmenso dolor. No pudiendo soportar más la vida, corre al Sena al través de las calles obscuras, y se tira desde el ribazo. Pero la muerte no quiere aún nada con ella. La salvan; la llevan á la comisaría de policía. Por último, muere en su cama. Su padre, el ilustre Delobelle, hace ir al entierro á todos los cómicos de los teatrillos. Embriagado por la pompa del cortejo fúnebre, donde figura el cupé de Sidonia, encuentra para llorarla esta frase pasmosa de cómico farfantón de la legua: «Hay coches particulares.»

A todo esto, la ruina de la casa es inminente. Sidonia ha hecho cometer á Jorge toda clase de locuras. Si no se encuentran cien mil francos, Planus no puede hacer frente á los vencimientos del mes y se declara la quiebra.

Clara intenta entonces un paso cerca del abuelo Gardinois. El viejo campesino niega los cien mil francos, muy regocijado del suceso, contentísimo de ver en un apuro á los Fromont; y, para mayor crueldad, informa á su hija de los desórdenes de su marido y le nombra á su rival Sidonia. Clara se muestra muy digna en ese aniquilamiento de su felicidad. Hay un momento en que quiere marcharse con su hijo; pero reflexiona que el deber le manda quedarse. Sin embargo, más épico es todavía Risler. Planus, exasperado con la idea de la quiebra, se lo descubre todo bruscamente. Risler cae como un plomo. Se levanta, corre á sus habitaciones á la sazón que su mujer da un baile; se lleva á Sidonia adornada de sus joyas, le arranca los diamantes y se los tira á Planus; se despoja él de su reloj; devuelve, en fin, todas aquellas riquezas procedentes del adulterio y que servirán para pagar los cien mil francos. Sidonia ha huído en traje de baile. Risler no quiere que se vuelva á pronunciar su nombre delante de él. No ha pedido á Fromont cuentas de su honor de marido ultrajado. Ha querido no ser más que un simple empleado como en otro tiempo. Nada iguala entonces á la grandeza de esa alta figura de hombre honrado, cifrando todo su honor en reparar el mal que su mujer ha hecho. Por último funciona su famosa rotativa; ha dado nueva prosperidad á la fábrica, y está cerca de la tranquilidad, si no del olvido, cuando acaba con él un postrer golpe. Sidonia, al partir, quiso vengarse de su marido, y le envió la carta de Frantz. Risler, creyendo que sería una carta en que ella imploraría su perdón, se negó á leerla y la confió á Planus. Precisamente el día en que la reclama del cajero, este último lo lleva á un café-concierto del Palais-Royal, donde encuentran á Sidonia hecha toda una farsante, cantando en

las tablas en medio del humo de los cigarros, y á la mañana siguiente Risler se ahorca después de haber leído la carta.

He analizado detenidamente esta obra para poner bien de manifiesto su lado vivo. Contiene trozos absolutamente notables. Si Risler es demasiado bonachón en las tres primeras cuartas partes del libro, adopta de pronto una actitud de rara energía, y hasta llega á ofrecer un contraste excelente su mansedumbre del comienzo con su altiva honradez del fin. El tipo de Sidonia también aparece científicamente comprendido; es tipo muy parisiense, estudiado sin ánimos de exageración, y transpirando naturalmente el vicio. En esas dos creaciones, sobre todo, se ha revelado Alfonso Daudet novelista potente. Quizá debe censurársele haber dejado demasiado en segundo término la figura de Frantz, que presentaba un caso digno de estudio: el envenenamiento de un alma honrada por el contagio de las gracias perversas de Sidonia; pero Frantz no era para él más que un medio, y ha preferido proyectar toda la luz sobre Sidonia y Risler. ¡Y qué escenas tan encantadoras fuera de la acción principal! El autor ha pintado á los Delobelle poniendo en juego sus mejores recursos; ha agotado sus lágrimas para la pobrecita Desideria, y ha agotado su ironía para el ilustre Delobelle, ese tipo del hombre á quien las tablas y la vanidad han dado una segunda naturaleza, que no acierta con una entonación justa ni con un ademán espontáneo, que vive en el falso mundo de sus ilusiones y de su eterna actitud teatral, bien lucido, por lo demás, y perfectamente alimentado por su mujer y por su hija, aunque haciéndose un mártir del arte y compadeciéndose de sus grandes dolores con un egoísmo feroz. En eso se conocen los grandes novelistas, en que son ante todo creadores

de seres vivos. Debería hablar también de los trozos de factura realizados por el artista con extraordinaria inspiración, señaladamente los paseos durante el domingo por los arrabales de París; la estación de Lyon, donde Frantz pasa casi toda una noche esperando á Sidonia, una estación en el momento de la salida de los últimos trenes, en el momento en que van muriendo sus ruidos y adormeciéndose su actividad—descripción de una exactitud y de una interpretación maravillosa;—en fin, todos los cuadros de la fábrica de papeles pintados, rincones del París obrero, notas curiosas á puro de verdaderas, que descubren en el autor un apasionado del arte moderno, un naturalista que avalora sus observaciones con un matiz de poesía. La nueva escuela está por entero en esa doble operación: sentir lo que existe, y decir lo que se ha sentido, animándolo con la vida particular del temperamento propio.

En *Jack* todavía ha ensanchado más su cuadro Alfonso Daudet. No sólo tiene dos volúmenes la obra, sino que no se encierra siquiera en una acción única. Es la existencia entera de un hombre, desenvolviéndose entre los azares de la vida al través de medios diferentes. Sucédense episodios tras episodios, cuadros tras cuadros, en términos que el libro resultaría largo y confuso, si no fuese porque una idea central une sus diversas partes y hace que converjan hacia un desenlace mismo.

Jack es hijo de una «cocotte», una buena muchacha con la cabeza á pájaros, siempre risueña y petulante, cuyo pasado deja el autor en una sombra poblada de cuentos fantásticos. Ida de Barancy vive por el momento con un señor rico, á quien el niño llama discretamente «amigo». Pero Ida quiere tener á su hijo en un colegio, y después de intentar inútilmente colocarlo en un establecimiento

aristocrático dirigido por sacerdotes, le deja entrar en la institución más extraña del mundo, en el gimnasio Moronval. Lo que Jack sufre allí todavía no sería nada, si su madre no conociese en ese colegio á un poeta, profesor de literatura, el vizconde Amaury d'Argenton, un ente negado, de olímpica prosopopeya, que á todas sus ridiculeces de autor no comprendido une la odiosidad de un egoísmo feroz. Desde ese instante Jack es una criatura sentenciada. Amaury se entiende con Ida, á quien bautiza con el nombre de Carlota, y más tarde, cuando el niño se escapa del gimnasio Moronval, á duras penas lo tolera, y acaba por convencer á la joven de la conveniencia de que aprenda un oficio. Hete aquí, pues, á Jack enviado á la fundición de Indret para hacerse obrero mecánico. Pero es demasiado débil y no tiene vocación. Entonces se decide á ser fogonero á bordo del *Cydmus*. Poco á poco se entrega á la embriaguez y camina á una perdición irremediable. Luego, después de haber estado á punto de perecer en una tempestad, vuelve á París y se encuentra de nuevo metido en el círculo de los bohemios del arte, de que forma parte d'Argenton. Su madre lo cuida; el muchacho tose mucho; tiene un principio de afeción al pecho. Aquí viene el episodio calmante del libro. D'Argenton, para quitarse de delante ese taragallo á quien detesta, lo manda á una casita que posee en las Aulnettes, oculta entre el follaje. Y Jack encuentra en ese país á una amiga de su infancia, Cecilia, hija del buen doctor Rivals, una muchacha dulce y serena que lo aparta de sus vicios de obrero. Ya no bebe; quiere merecerla, y vuelve con ardor al trabajo. Hay un momento en que hasta tiene la alegría de librar á su madre de d'Argenton; pero la pobre loca no tarda en dejarse reconquistar por su poeta. Jack debe soportar hasta el fin la condena de

su nacimiento y de su destino. Con el exceso de trabajo retoña la tos. Cecilia, por otra parte, cediendo á exagerados escrúpulos, se niega á casarse con él al saber que su nacimiento es debido á un sombrío drama. Por último, Jack, herido de muerte, entra en el hospital y expira sin haber visto siquiera á su madre. D'Argenton ha retenido á Carlota hasta la última hora. Cuando la madre se acerca á la cama donde acaba de morir su hijo, lanza un grito de espanto: «¡Muerto!»—dice.—«No—responde el viejo Rivals con una voz feroz,—no... ¡salvado!»

He podido indicar rápidamente la historia que llena los dos volúmenes. Es porque esa historia, en síntesis, es poco complicada. El autor no ha buscado más que un ancho campo donde poder desplegar con holgura su ciencia de los detalles. Todas las grandes cualidades de la novela están en el desarrollo de los episodios. Esa vida de Jack, que se desenvuelve en medio del vasto mundo, ¿no es la vida misma, varia y ondulante, corriendo desbordada? Alfonso Daudet ha obedecido á ese método de los novelistas naturalistas, que sacan la novela del estrecho artificio de una intriga para extenderla á la universalidad de las acciones humanas.

La novela recorre dos medios muy diversos. Es el primero el pueblo extraño de los artistas fallidos, no comprendidos, que Jack encuentra en el gimnasio Moronval. Ese gimnasio es un mundo de lo más raro y extravagante. Moronval, un criollo, y su mujer, madama Moronval, Decostère de nacimiento, han tenido la idea de abrir una institución de niños extranjeros; su programa, un programa extraordinario, anuncia cursos de pronunciación francesa por el método Moronval-Decostère, basado en la posición de los órganos fonéticos. El hecho es que el terrible Moronval hace su agosto con los desgraciados

niños que se le confían y que se olvidan en su casa. Tiene una colección de alumnos procedentes de los cuatro vientos: de Egipto, de Persia, del Japón, de Guinea. Hasta hay un reyecillo, hijo del rey de Dahomey, el chiquito Madu-Gueso, un negrillo que primero le ha servido de reclamo, y después lo ha reducido al papel de doméstico; el reyecillo embetuna las botas y va á la plaza á comprar dos sueldos de verdura para el puchero. Naturalmente, Moronval se ha rodeado de profesores heterogéneos: el poeta d'Argenton, el sabio Hirsch, un doctor que envenena á sus enfermos, el cantante Labassindre, cuyo mérito consiste en cierta nota que emite de cuando en cuando, para estar seguro de no perderla. A veces se celebran en el gimnasio veladas literarias, veladas épicas, en donde se reúnen todos los bohemios artísticos del arroyo de París. Alfonso Daudet ha pintado esa esfera del mundo parisiense con una *vis* burlona muy regocijada, pero templada por una sombra de piedad, porque todos esos mártires ridículos del arte saben sufrir, como él dice, con un agrado que las otras miserias no conocen.

El segundo medio que Jack atraviesa es el medio obrero. Aquí ha satisfecho el autor su amor al mundo moderno. Ha descrito la fundición de Indret, las máquinas en movimiento, los talleres animados por los esfuerzos anhelantes de los obreros, con una inteligencia maravillosa de la descripción viva. Citaré, sobre todo, el embarque de una máquina, que es una obra maestra de factura. Más adelante, á bordo del *Cydnus*, tiene páginas ardientes para presentar á Jack en la cámara de los hornos, frente á la brasa que activa, corriendo el mundo dentro de las profundidades obscuras del buque, sin ver los cielos bajo los cuales pasa. En fin, en París nos habla de los obreros como observador que los ha estudiado de

cerca. Hasta aquí la novela ha desdeñado al pueblo (hablo de la novela de análisis hecha sobre notas exactas); el autor de *Jack* es uno de los primeros que se han atrevido á descender á ese mundo aparte, tan admirable de pintar para un colorista. Las mejores páginas de esta última parte de la obra son una boda de obreros en Saint-Mandé, una casa habitada por obreros en la calle de los Panoyaux, cuadros cortos de domingos parisienses, paseos á los cerrillos Chaumont, talleres en movimiento durante las horas de trabajo.

En un rápido análisis me es muy difícil dar una idea completa de esta larga novela. Quisiera, sin embargo, indicar sus grandes cualidades de modo que puedan tocarse con el dedo. Para esto me falta hacer resaltar los personajes principales. Ida de Barancy es una de las figuras más afortunadas del autor. La ha tratado con rara delicadeza. Se ha guardado bien de hacer de ella una muchacha odiosa, una figura vulgar, mala madre y viciosa concubina. No; Ida es una cabeza desarreglada, que un día saltó por todo, y desde entonces vive sin asiento. Tiene algo de la curruca, de la cotorra y de la urraca. Adora á su hijo, pero carece de fuerzas para luchar contra la corriente de los hechos, y deja matar á Jack sin oponer más que lagrimitas que se secan solas. Fuera de eso, encantadora, coqueta y campechana. Nada tan característico como la primera escena de la novela, en que nos la presenta el autor. Ha llevado á Jack á un colegio de jesuítas, y allí está soltando la sin hueso bajo la mirada penetrante del superior, que ha calado en seguida la clase de mujer con quien se las ha. Luego empieza á sollozar cuando el sacerdote se niega á admitir á su hijo. Aquella misma noche va al baile, y Jack pasa la velada en la cocina con los criados de su madre, que deciden de



su porvenir, fijándose, como cosa conveniente para él, en el gimnasio Moronval. Otro pormenor típico son las confidencias que más tarde hace Ida á Jack sobre el autor de sus días; á cada una cambia el nombre del padre y varía la historia; probablemente ni ella misma sabe ya á ciencia cierta el verdadero nombre ni la verdadera historia. Al lado de esa figura de mujer loca, tan profundamente analizada, aparece la de d'Argenton, quizás más profundizada aún. Ese mocetón, de cabeza de cera, bigotes de sargento y ojos de porcelana, imbéciles y duros, es un ente estrafalario y odioso, inolvidable. Alfonso Daudet ha acumulado sobre él todas las impotencias literarias, todos los pujos de vanidad, todas las acritudes de la envidia, todas las maldades mezquinas, todas las ilusiones más estúpidas y los fracasos más continuos. En París vive d'Argenton, alimentando un odio feroz contra el éxito ajeno, en el fondo de lóbregas casas de huéspedes. Más tarde, cuando recibe una herencia y entra en relaciones con Carlota, habita en las Aulnettes la casita de campo de sus sueños, sobre cuyo frontis ha hecho escribir en latín pretencioso: *Parva domus, magna quies*. Allí tiene todo lo que ha deseado: un gabinete en un *belvedere*, una silla Enrique II, una cabra llamada Dalti; y nada, el genio obstinado en no venir; no puede escribir una línea; el hombre continúa soberbio é impotente. Para distraerse llega hasta plantificar en el tejado una lira eólica; pero la lira produce sonidos lúgubres; forzoso es enterrarla, matarla á puntapiés como un animal rabioso. Hay, sobre todo, una escena en que la figura de d'Argenton adquiere un relieve asombroso. Se cree que Jack ha cometido un robo en Indret, y hacen falta seis mil francos para sacarlo del atolladero. D'Argenton, que es avaro, no presta el dinero, pero consiente que Carlota vaya á

pedirlo al «amigo». Más aún: quiere acompañarla hasta la puerta del palacio de ese antiguo amante, que está en Turena. Y anda dando vueltas por un camino, mirando la finca regia del «amigo» por encima de un seto. No conozco situación más vigorosa desde el punto de vista del análisis humano. D'Argenton representa en ella las cobardías del amante acostumbrado á hacer una esclava de su concubina; él, tan engreído habitualmente, es pequeño y humilde; toda la villanía de su perversa condición aparece en su descolorido semblante. Aquí, como en *Fromont Menor y Risler Mayor*, Alfonso Daudet ha conquistado la energía, ese don que parecían excluir sus otras cualidades.

Me he detenido en los personajes principales. Los comparsas van marcados igualmente con una pincelada decisiva.

Hay aún un episodio de que no he hablado, y que es todo un drama, de un encanto penetrante por su toque discreto; se trata de un adulterio en una familia de obreros de Indret: madame Roudic, una joven pálida, de cabellos demasiado pesados para su débil cabeza, ama á su sobrino, el agraciado Nantais, y se ahoga en el Loira cuando su amante se ve despedido de la fábrica á consecuencia de un robo. Por supuesto, toda la obra está así bañada en lágrimas. Como dice el mismo Alfonso Daudet en su dedicatoria á Gustavo Flaubert, la novela es un libro de piedad, de cólera y de ironía. Ha querido vengar á Jack de su muerte atroz, llorando sobre él y clavando á sus verdugos en la picota del ridículo. Cuando sale del enternecimiento que le causan las desgracias de su héroe, es para matar con su risa á d'Argenton y sus amigos. Lo he dicho: Alfonso Daudet no puede permanecer impassible en sus obras; se apasiona, besa á sus personajes en las

mejillas ó los araña hasta hacerles sangre. Nunca se ha apasionado más que en *Jack*. Le oimos divertirse, enfadarse, llorar, burlarse. De ahí el soplo individual que anima las páginas, el calor que sube de las menores frases á la cara del lector.

## VI

Hay en las obras de Alfonso Daudet un grupo que he dejado á un lado hasta aquí. Quiero hablar de las obras dramáticas, porque el autor ha tocado á todo, al libro y al teatro. Como novelista, ha empezado por el cuento; como dramaturgo, ha empezado por la pieza en un acto. Cuatro así cuento yo dadas al teatro Francés, al Odeón y al Vaudeville, cuyos títulos son éstos: *Los ausentes*, *El clavel blanco*, *El hermano mayor* y *El último ídolo*. Esta última obra ha alcanzado un gran éxito de emoción y quedado de repertorio. Pero Alfonso Daudet ha querido ensanchar el molde, sintiendo la necesidad de explayarse en el teatro como en la novela. Después de haber hecho representar en el Ambigú un drama mediano en cinco actos, *Lisa Tavernier*, ha escrito al fin para el Vaudeville una obra en tres actos y cinco cuadros: *La arlesiana*, de que deseo ocuparme especialmente, porque ofrece un caso característico que explica la situación creada entre nosotros á las obras dramáticas de los novelistas.

He aquí, ante todo, un análisis preciso de *La arlesiana*. Estamos en Provenza, á orillas del Rhódano, en la granja de Castelet. Rosa Mamai, la arrendataria, es viuda; dirige la casa con su hijo Federico y su suegro Francet

Mamai, un viejo. Hay además en la casa un segundo hijo de Rosa, un pobre muchacho cuya inteligencia no ha llegado á despertarse, y á quien llaman el *Inocente*. Añadid un pastor viejo que inventa historias para el Inocente, y conecedor de los astros. Al alzarse el telón, Federico se halla prendado ardorosamente de una muchacha de Arlés á quien ha encontrado en una fiesta. Rosa encarga á su hermano, el patrón Marcos, que pida informes sobre esa muchacha. Marcos se va en derechura á casa de los padres de la arlesiana, bebe buen vino, y declara que aquellas gentes son oro puro. Gran regocijo, pues, en la granja, y brindis en honor de los esponsales. Pero estando en esto aparece el potrero Mitifio, y dice al abuelo: «Va usted á dar su hijo á una bribona, que es mi amante hace dos años.» Y entrega dos cartas que le ha escrito la arlesiana para que las lea y se cure Federico. Pero Federico conserva en su corazón su amor reciente y vivo, y se esconde en el campo como una bestia herida. Su madre se estremece á la idea de un suicidio; lo sigue, lo espía á todas horas, y casi lo arroja en brazos de su ahijada Vivette con la calma audaz de una madre que quiere salvar á su hijo. Por último, cuando lo ve agonizar, mudo y sombrío por su delirio de amor, que aviva á cada instante con la lectura de las dos cartas que ha conservado, reúne á la familia, anunciándole resueltamente que es menester dar la arlesiana á su hijo. La muchacha podrá ser una bribona, no lo niega; pero mejor quiere dejar entrar una bribona en su casa que ver á su hijo camino del cementerio. Al saber el sacrificio heroico que piensa hacer por él su madre, Federico se rehace, dispuesto á ser digno hijo de esa mujer animosa, y proclama que se casará con Vivette. El joven parece curado. Sonríe á la joven, diciéndole que aquella misma

mañana ha enviado las dos cartas á Mitifio. Y de pronto reaparece el potrero; se ha cruzado con las cartas, y va á reclamarlas porque aquella misma noche roba á la arlesiana. Entonces Federico, al ver á su rival, cuyo nombre se le había ocultado, y al oír referir el proyecto de rapto, se siente poseído de nuevo de un acceso furioso de pasión. Quiere abalanzarse sobre el potrero, y cae como herido de un rayo. Ahora todo ha concluído; la muerte es fatal. Rosa guarda la puerta del cuarto de su hijo; pero el Inocente, cuya inteligencia se despierta, la tranquiliza y se decide á acostarse, estremeciéndose al recordar unas palabra del pastor, el cual ha predicho una desgracia el día en que la casa perdiese su Inocente. Apenas se ha acostado Rosa, cuando Federico atraviesa la estancia y sube una escalera que conduce al granero; allí arriba encontrará una ventana abierta, y podrá precipitarse sobre las losas del patio. Despierta la madre; entre los dos se traba una lucha terrible; él ha cerrado una puerta que dá acceso á la escalera, y se oye la caída sorda de un cuerpo. Así muere Federico desesperado de amor.

Nada más grande y sencillo que ese idilio dramático. No he podido apuntar ni los episodios encantadores ni los episodios terribles. Todo el segundo cuadro, por ejemplo, que pasa á orillas del estanque de Vaccarès, en Camargue, tiene el perfume de una antigua égloga; allí se desarrolla la adorable escena entre Federico y Vivette, la joven que, obediente á los consejos de Rosa, trata de seducir al mancebo con una falta de maña exquisita. El tercer cuadro, que pasa en la cocina de la granja, tiene grandeza, y hay que ver el hermoso movimiento de Rosa al prometer á Federico darle la arlesiana para que no se mate. Por lo demás, toda la obra la llena ese amor heroí-

co de la madre. Rosa es la maternidad en estado de pasión, como Federico es el amor en estado de furor y de idea fija. Entre el amor que mata y la ternura que salva, queda empeñada la lucha. Esa acción, tan grande y tan humana, se desenvuelve en un fondo p<sup>o</sup>etico de un encanto penetrante. Todo auguraba un éxito inmenso.

¡Pues bien! *La arlesiana* ha sido un fracaso. La poesía de la obra, las frases más encantadoras, los episodios más conmovedores, no han atravesado la batería de la escena. El público parisiense se ha aburrido, y se ha quedado sin entender las más de las veces. Era demasiado nuevo todo aquello. Encima la obra tenía el inmenso inconveniente de poseer un acento, una lengua suya. Un hecho me hará comprender mejor. Como un personaje hablase de los hortelanos que cantan, todo el teatro, todos los parisienses se echaron á reir, porque los parisienses no conocen los hortelanos más que de comerlos, y no sospechan que esos pájaros, tan jugosos y tan bien asados, puedan cantar como los demás.

Lo terrible del fracaso de Alfonso Daudet es que se ha condenado al autor dramático porque estaba dentro de la piel de un novelista. Nuestra crítica pretende que el que ha hecho novelas no puede hacer dramas. Los novelistas, según parece, tienen demasiado talento descriptivo; luego analizan también demasiado, son demasiado poetas, tienen, en una palabra, demasiadas dotes. No es broma. Puede asegurarse que si *La arlesiana* hubiese sido un dramón ó una comedia fabricada hábilmente, hubiera producido sumas locas; todo se reducía á quitarle lo que hace de ella una joya literaria. La obra no dejará de ser, á pesar de su suerte, una de las más afortunadas del autor, y creo que algún día reaparecerá en escena, y el público la aclamará entonces. Cierto que Alfonso

---

Daudet no es un autor dramático, si por tal se entiende un obrero de manos rudas que planta sólidamente una obra á la manera que un carpintero una mesa; pero tiene un sentido muy fino y penetrante del teatro.

## VII

Fácil es mi conclusión. Alfonso Daudet seduce al crítico, como seduce á sus lectores. Esa seducción es su rasgo característico. La compararé á la de ciertas mujeres que, sin ser absolutamente hermosas, gustan más que las hermosas. A examinar en permonor esas mujeres, se las encontraría quizá los ojos pequeños, la nariz incorrecta y burlona, la boca grande y harto risueña; son demasiado vivas, demasiado ligeras, demasiado nerviosas. Pero llevan el alma en la cara, embriagan por un vivo atractivo, por una llama que parece brotarles de la piel. Cuando se pone á su lado las estatuas intachables, las Junos esculpidas en mármol por artistas severos, esas estatuas parecen frías y enojosas, de una belleza demasiado elevada para el afecto familiar y cotidiano de los hombres. Y el que tiene una hora que perder, el que desea una plática íntima ó un paseo, se lleva consigo á la mujer imperfecta y adorable, porque es más humana y enamorada.

El gran éxito de Alfonso Daudet se explica fácilmente por el género mismo de su talento. Se pretende que el éxito de las novelas de Balzac ha sido, sobre todo, obra de las mujeres, agradecidas á sus análisis profundos y á su continua adoración. Con más razón aún puede decirse que las novelas de Alfonso Daudet han encontrado en

las mujeres un entusiasmo y un apoyo extraordinarios. Tiene de su parte á las mujeres: expresión profunda que hay que meditar, si se quiere comprender todo su alcance. Hoy los hombres leen poco en nuestra sociedad; la vida presente es demasiado activa, está demasiado llena de ocupaciones de todas clases. En Paris, por ejemplo, si los hombres que pululan por los salones compran novelas nuevas, es sólo para hojearlas y poder decir alguna paladra de ellas por la noche; es una simple cuestión de buen tono: la moda quiere que se haya leído la última novela publicada, como hay que haber visto la obra teatral de éxito. Sólo las mujeres tienen tiempo que perder; y cuando el libro les agrada, van desde la primera página hasta la última. Así llenan los ocios de una tarde, acariciadas por multitud de amables ensueños, que satisfacen su necesidad de ideal, las secretas aspiraciones de su existencia ordinaria. Las más honradas tienen de esa suerte amores culpables de una gran dulzura. Y se comprende las maravillas que harán las mujeres como agentes de propaganda, cuando tienen un autor á quien abrir camino en el mundo. Por el pronto, lo difunden entre sus amigas; luego, como son las reinas de los salones, imponen allí sus juicios y dirigen la corriente del éxito; en fin, tienen maridos ó amantes que les pertenecen á ciertas horas, y á quienes aleccionan entonces en términos de que maridos y amantes acaban por pregonar las mismas admiraciones que ellas. Es como un cuchicheo que sale del fondo de los salones y de los gabinetes, y que poco á poco se agranda hasta trocarse en clamor público.

Lo que ha hecho que las mujeres adopten á Alfonso Daudet es el atractivo, la seducción de que he hablado, el calor de simpatía que el novelista desarrolla en cada



página. Toma el camino de su corazón de la manera más directa: las enternece enterneciéndose él mismo. A buen seguro, lo que á ellas les complace es sentir siempre entre líneas al autor limpiándose las lágrimas, riendo discretamente, compadeciéndose ó burlándose sin cesar de sus héroes. Encuentran en él algo de su propia sensibilidad nerviosa, algo de su alma y de su corazón. Los atrevimientos del escritor no las espantan, porque esos atrevimientos son comedidos; y si por acaso las asustan, no tienen más que volver la página para hallar en seguida un rinconcito delicioso en donde refugiarse.

Sin duda, á dejarles hacer á ellas, acabarían por empequeñecer á Alfonso Daudet. Sólo admiran su gracia sin presentir siempre su energía. Pero en la gran lucha de la escuela naturalista con el público es una verdadera felicidad que la novela francesa cuente con un autor seductor, como el de *Fromont Menor* y *Risler Mayor*. El marcha á la vanguardia con su sonrisa. Está encargado de tocar los corazones, de abrir las puertas á la multitud de novelistas más feroces que van detrás. Acostumbra al público al análisis exacto, á la pintura del mundo moderno, á las audacias del estilo. Las gentes sencillas que lo acogen no se percatan de que dejan penetrar en su hogar al enemigo, al naturalismo, porque, cuando haya pasado Alfonso Daudet, pasarán los demás, y el mismo Alfonso Daudet, sin mengua de su encanto, crecerá seguramente en potencia. Es de los que suben y se agrandan siempre. De todos nuestros actuales novelistas no hay ninguno que tenga ante sí un horizonte más vasto y sonriente.

EMILIO ZOLA.

# EL CONGRESO PENITENCIARIO

INTERNACIONAL DE SAN PETESBURGO.

(De *La Nuova Antologia.*)

## I.

1. Apertura del Congreso.—2. El centenario de Juan Howard; monumentos á su memoria en Kherson.—3. Honores á Howard con ocasión del Congreso.—4. Las conferencias nocturnas del Congreso; primera conferencia sobre Howard.—5. Howard y Beccaria. Doctrinas de Beccaria sobre el carácter de las penas.—6. Objeto y utilidad de los Congresos penitenciarios.—7. Breve reseña de los Congresos penitenciarios de Londres, Estocolmo y Roma.—8. Importancia y organización del cuarto Congreso de San Petesburgo.—9. Los trabajos de la Sección 1.<sup>a</sup> Cuestiones sobre la extradición y sobre la embriaguez.—10. El nuevo Código penal italiano y las conclusiones del Congreso sobre estas cuestiones.—11. La enseñanza de la ciencia penitenciaria ante el Congreso.—12. Cuestiones sobre el encubrimiento.—13. Los niños rebeldes ó abandonados.—14. Observaciones sobre estas cuestiones, y preceptos de las leyes italianas.—15. Las conclusiones del Congreso y nuestra ley de seguridad pública.

**E**L 15 de Junio próximo pasado se reunía en San Petesburgo, bajo la presidencia de honor de S. A. el Príncipe Alejandro Petrovich de Oldemburgo, el cuarto Congreso penitenciario internacional. El Gobierno ruso quiso rodear de las mayores solemnidades la inauguración de este Congreso. Asistieron el Emperador y la

Emperatriz, á más de los Grandes Duques y Grandes Duquesas, todos los Ministros y todo el cuerpo diplomático. Estaba también S. M. la Reina de Grecia. La sesión se celebró en el gran salón de la Asamblea de la Nobleza. Había representantes oficiales de todos los Gobiernos, aparte de un número bastante considerable de delegados de Sociedades y Corporaciones, y de otros muchos que asistieron voluntariamente. Los delegados oficiales de los Gobiernos tomaron puesto á derecha é izquierda de la tribuna imperial, frente á la cual se veía la estatua en bronce de la Emperatriz Catalina II, la gran reformadora de las leyes penales de Rusia. En medio del salón había una reproducción fiel del monumento que se erigió en Kherson á Juan Howard. Rusia se ha enorgullecido siempre de conservar las cenizas del gran filántropo muerto en Kherson, ciudad meridional del territorio europeo de aquel vasto imperio, el 20 de Enero de 1790, á los sesenta y cinco años, de resultas de la epidemia que asolaba á la ciudad cuando el gran apóstol había emprendido su segundo viaje á Oriente, con el intento de curar las dos grandes plagas que afligían á la humanidad á la sazón: los enfermos y los condenados, reformando los hospitales y las cárceles, que eran sentinas de males y de vicios.

\*  
\* \*

2 Rusia ha querido celebrar el centenario de la muerte de Howard en el momento de la apertura del Congreso penitenciario, y aquel monumento, rodeado de flores y de plantas, levantado en el fondo de la sala, era un recuerdo glorioso y una enseñanza juntamente. El original del gran obelisco erigido á la memoria de Howard en Kherson se debe á la iniciativa del Emperador Alejandro I, quien en

1815 hacía que su Ministro de Instrucción, Príncipe Alejandro Galitzine, escribiese al Gobernador general de la Rusia meridional, Conde de Langeron: «El ilustre Howard, muerto en Kherson en 1790, se halla sepultado á cuatro verstas de la ciudad. La base del obelisco, que en otro tiempo se alzaba sobre su tumba, estaba adornada con su busto, y una inscripción recordaba los servicios que había prestado á la humanidad. Nada hay ya que recuerde á Howard. Quince años hace que fueron destruídos el busto y la inscripción. Antes lo fueron también las cadenas de hierro que protegían el monumento y las pilastras que sostenían las cadenas. Habiendo autorizado la restauración de este monumento, S. M. el Emperador os invita, Sr. Conde, á manifestar vuestra opinión sobre el modo de proveer á la misma.»

El monumento fué restaurado; y además, en 1818, delante de la nueva prisión de Kherson, en construcción entonces, se levantó otro grande á expensas del Tesoro con ocasión del viaje del Emperador al Mediodía de Rusia. Erigióse un gran obelisco, á cuyo pie se puso un reloj solar, según los deseos manifestados por Howard al morir al contralmirante Priestman. A los lados del mismo se leen las siguientes inscripciones: *Alios salvos fecit; Vixit propter alios; Howard, falleció el 20 de Enero de 1790, á la edad de 65 años.*

\*  
\* \*

3 El Gobierno ruso ha querido celebrar el centenario de Howard con una obra bastante más importante que el obelisco elevado á su memoria. Con ocasión del Congreso penitenciario, ha abierto un concurso para premiar el mejor trabajo sobre la vida y obras del gran hombre y sobre el influjo que ejercieron sus ideas y las cosas que

hizo en la reforma penitenciaria. El ilustre Conde Gálkine-Wráskoy, Director general de las prisiones de Rusia, ha publicado también un precioso libro sobre Howard con ocasión del Congreso penitenciario y del centenario del hombre benemérito. Al frente de esta obra se ve la simpática figura de Howard llamando á las puertas de las prisiones para cumplir una de las más bellas obras de misericordia recomendadas por Cristo en el Evangelio: *infirmus eram, et nudus et in carcere, et visitasti me.*

Es probablemente la verdadera imagen de Howard, porque está tomada de la fotografía de un bajo-relieve debido á la mano de una mujer, la artista Bntler, que á su vez había podido hacer revivir la fisonomía del gran filántropo, copiándola de un dibujo al lápiz, hecho por otra dama, amiga de él, de cuyo dibujo se había sacado el retrato que acompañaba á la biografía anónima de Howard publicada pocas semanas después de su muerte (1).

\*  
\* \*

4 El Consejero de Estado Spassovicht, antiguo profesor de la Universidad imperial de Petesburgo, describió después con palabra viva y animada, en una conferencia popular, la figura moral de Howard. La conferencia se dió en el Palacio de la Nobleza, y fué la primera de las celebradas durante el Congreso. Dió la segunda nuestro Senador Canonico, que, con estilo agradable y sencillo, habló del sistema penitenciario. Desarrolló la tercera el Dr. Iagemann, Director general de las prisiones del gran Ducado de Baden, hombre muy instruído y benemérito. Trató de la prevención y de las instituciones preventivas.

---

(1) *Anecdotes of the life and character of John Howard Esq. L. L. D.*

Tales conferencias constituyen una novedad de los Congresos penitenciarios internacionales, inaugurada en San Petesburgo con el fin de popularizar las ideas de la reforma penitenciaria. El discurso del Consejero Spassovicht fué un homenaje tributado á Italia, puesto que hizo resaltar la influencia que había ejercido el libro de Beccaria en el movimiento reformista del siglo pasado y en la obra de Juan Howard, que puede considerarse como el órgano social de las doctrinas del filósofo milanés, el explorador de ese mundo ignoto sustraído á la luz del examen público, de esas cárceles donde, sin consideración á la edad, al sexo, á la duración de la pena y á la naturaleza de la culpa, sin distinguir entre acusados y condenados, sin espacio, sin aire y sin luz, dejábanse consumir en la ociosidad y en el vicio millares y millares de personas. Howard exploró casi todo el continente europeo, viajando á sus expensas y empezando ante todo por la reforma de las prisiones de su patria. Fué á España, á Constantinopla, á Estocolmo, á Petesburgo, á Moscou. Calvinista ferviente, animado de un alto espíritu de piedad, creía cumplir, no tanto una misión política, como una misión religiosa, siguiendo el ejemplo de aquel buen pastor de que habla Cristo en el Evangelio, que dejaba noventa y nueve ovejas por ir tras una descarriada. Llevaba una vida casi ascética, se alimentaba de vegetales y se abstenía de toda bebida fermentada. Viajó á su costa, consumiendo una fortuna de 30.000 libras esterlinas, y recorriendo más de 4.200 millas inglesas en tiempos en que no había ferrocarriles y en que apenas existían de carreteras. Su programa estribaba principalmente en introducir en las cárceles el trabajo, la disciplina y la enseñanza moral y religiosa. No era hombre de letras; por lo mismo, escribió poco, pero hizo mucho. Sólo es-

cribió sobre dos cosas: sobre el estado de las prisiones y sobre el de los lazaretos. Dejó, sin embargo, muchas ideas que hoy aún sirven de temas á los escritores y á los Congresos penitenciarios. Quería ver reducida á poquísimos casos la pena de muerte, reservada para las largas condenas la de privación de libertad, adoptado el sistema celular en prisiones que debían construir los mismos detenidos, impuesto el trabajo á todos los reclusos, y disminuído el tiempo de aislamiento absoluto. Quería que los que observasen una conducta meritoria tuviesen una reducción del tercio de la condena, un trabajo menos penoso y una participación en los productos del trabajo y de la limosna; que se entregasen donativos en dinero y en ropa y certificados de buena conducta á los más meritorios á su salida de la prisión; que los reclusos, en fin, se dividiesen en clases, por las cuales deberían de pasar según sus méritos y deméritos.

La conferencia del profesor Spassovicht, á la cual asistían S. A. el Príncipe de Oldemburgo y S. A. I. la Princesa Eugenia, su esposa, fué saludada con vivos aplausos, y yo aquí, desde lejos, le envíó el testimonio de mi gratitud por haber evidenciado la parte que, mediante Beccaria, tomó nuestro país en la reforma penitenciaria por haber cerrado su hermosa conferencia con el grito de *¡Viva Inglaterra! ¡Viva Italia!*

\*  
\* \*

**5** Creen hoy algunos que la escuela de Beccaria ha cumplido su misión, y que la ciencia penitenciaria y los Congresos internacionales, que se esfuerzan en desenvolverla y aplicarla, son un sentimentalismo morboso en pro de los delincuentes, con que se olvida el supremo interés del castigo: el de proteger á la sociedad contra los malhechores.

Beccaria no fué un espíritu blando para los culpables; no fué opuesto más que á los suplicios inútiles, creyéndolos contrarios, no sólo á la justicia, sino «á aquellas benéficas virtudes, que son consecuencia de una razón ilustrada, la cual prefiere mandar á hombres felices mejor que á un rebaño de esclavos, por donde circule perpetuamente una cobarde crueldad» (1). Las ideas de Beccaria sobre las penas pueden abrazarlas aún todos aquellos que, sin perjuicio de su celo por la seguridad social, no olvidan que esta última no debe divorciarse de la justicia, porque fuera de la justicia no hay seguridad, y empeño justo es el de proporcionar la gravedad de los castigos á la de los delitos, pues un castigo que excede en gravedad á la violación del derecho, es un delito á su vez por la parte que tiene de supérfluo. Beccaria escribe: «El fin de las penas no es otro que el de impedir al reo hacer nuevos daños á sus conciudadanos y apartar á los demás de hacer otros iguales. Han de elegirse, pues, aquellas penas y aquel método de aplicarlas que, *guardada la proporción debida*, produzcan una impresión más eficaz y duradera en el alma de los hombres y la menos dolorosa sobre el cuerpo del reo.» Beccaria habla aquí de los tormentos inútiles, puesto que, lejos de tratar de disminuir el mal de la pena ó de proporcionarlo estrictamente al del delito, dice: «Para que una pena produzca su efecto, basta que el daño que origina exceda al provecho que nace del delito; de ese exceso de mal depende la infalibilidad de la pena y la pérdida del bien que el delito produciría; todo lo demás es, pues, supérfluo, y, por lo mismo, tiránico.» Beccaria combatía la atrocidad de las penas, no en nombre del sentimiento, sino en nombre de la misma seguridad social; y

---

(1) *Dei delitti e delle pene*, § III.



añadía: «A medida que se hacen más crueles los suplicios, las almas humanas, que, como los flúidos, se ponen siempre al nivel de los objetos que las rodean, encallecen; y dada la fuerza siempre viva de las pasiones, resulta que, después de cien años de crueles suplicios, la rueda no espanta más que la prisión. La atrocidad misma de la pena hace que se arriesgue tanto más por esquivarla cuanto mayor es el mal que ha de sobrevenir, hace que se cometan más delitos por huir de la pena de uno solo. Los países y los tiempos de los más atroces suplicios fueron siempre los de las acciones más sangrientas é inhumanas, porque el mismo espíritu de ferocidad que guiaba la mano del legislador dirigía la del parricida ó del sicario: en el trono dictaba ese espíritu leyes de hierro á almas feroces de esclavos que obedecían; en la obscuridad privada estimulaba á inmolar á los tiranos para crearse otros nuevos» (1).

Para poder decir que estas doctrinas han cumplido su misión, habría que probar que ha cumplido su misión la abolición de la tiranía legislativa, compañera inseparable del despotismo político; habría que probar que ha cumplido su misión la abolición del tormento, y la de las penas abandonadas en absoluto al arbitrio de los jueces, ó con tan amplias y remotas limitaciones que sea posible sustituir la ley, voluntad de todos, por la del juez, mera voluntad individual, cuando no es expresión de la ley misma; habría que decir que ha cumplido su misión la obligación de los magistrados de motivar las sentencias, el sistema de las pruebas morales en sustitución de las legales, la abolición de las acusaciones secretas y de las denuncias anónimas, de los interrogatorios capciosos y del juramento á que estaban sujetos los acusados: cosas

---

(1) *Dei delitti e delle pene*, § XV.

todas que constituían el asunto de la obra de Beccaria, y que alcanzaron los honores de la sanción en las leyes de los pueblos civilizados.

\*  
\* \*

6 Beccaria no se ocupó en su libro de la enmienda de los condenados. La cuestión de la enmienda es un desarrollo ulterior de su doctrina, y los Congresos penitenciarios que ahora la discuten no presumen convertirse en protectores de los delincuentes. La enmienda del culpable es un objetivo que necesariamente deben proponerse los Gobiernos civilizados al determinar el contenido ó el régimen de las penas, las cuales, si por su naturaleza han de ser *penas* ante todo, esto es, *dolores y aflicciones*, no es un absurdo que puedan conciliarse, sin embargo, con un régimen de vida dirigido á habituar al condenado al trabajo, á la disciplina, al amor de la honradez y del bien, á desechar sus viejos hábitos por los nuevos, á instruirlo y educarlo. He aquí una obra de seguridad pública; y los Congresos penitenciarios merecen bien de la sociedad, cuando coadyuvan á resolver estos problemas de pedagogía, que yo llamaría *pedagogía carcelaria*. El condenado no puede permanecer recluso perpetuamente: expiada la pena, ha de volver un día ú otro á la sociedad civil; y, en ese supuesto, todo lo que contribuya á apartarlo de la senda del delito es una obra de seguridad pública. El recuerdo de la pena sufrida y la amenaza de la nueva es sin duda un freno poderoso, pero freno que depende de las circunstancias en que puede cometerse un nuevo delito y del cálculo de los riesgos que se podría correr. Cuando el freno, al contrario, está en la misma voluntad del que ha sufrido una pena; cuando el contrapeso lo halla en los buenos hábitos ya contraídos, él discutirá en sus adentros la cuestión de lo lícito y

lo ilícito, que no depende de la distancia á que se encuentren los agentes de seguridad pública, ni de la ausencia de testigos; y esa cuenta será más eficaz que el cálculo mercantil de las probabilidades de la ganancia y de los riesgos de las pérdidas.

Claro es que el sistema de organizar la pena como una penitencia, es decir, como una aflicción y un dolor que debe tender también á mejorar y corregir, no dará frutos generales y seguros. Sin embargo, éste es un defecto inherente á la acción humana, que, aun castigando materialmente al culpable, no puede estar segura de que la pena lo espante y de que el temor le dure lo suficiente en la vida libre para alejarlo de nuevos delitos. Si fuese de otro modo, no tendríamos el gravísimo mal de las reincidencias. Pero, si es verdad que las recaídas son proporcionadas á la fuerza de resistencia, cuando al temor del castigo puede unirse el trabajo reformador del alma, el temor tiene un aliado que lo iguala, y tal vez lo supera, para librar juntos el combate contra el riesgo de nuevos delitos. Los Congresos penitenciarios, atentos á este doble fin, con su carácter internacional y con la forma oficial que revisten, demuestran, por una parte, cómo los Estados han comprendido que existe una alianza natural entre todos los miembros que componen el organismo del género humano y la sociedad civil: la alianza contra los peligros que amenazan el orden social; y, por otra, cómo en estas Asambleas todos los Estados deben ayudarse recíprocamente con la mutua comunicación de sus luces y de los resultados de su experiencia. Ciertamente que los Estados no habrían prestado su concurso á estas Asambleas, si se hubiese tratado de una cosa imposible ó de un asunto sentimental ó académico.

\*  
\* \*

7 Los Congresos penitenciarios han tenido su origen en aquellos países que se citan como modelo de pueblos positivos, y que se consideran como dueños del mercado del mundo: los ingleses y los americanos. El primer Congreso internacional de carácter oficial se celebró en Londres el 3 de Julio de 1872. Los Estados Unidos hicieron la propuesta y designaron el sitio, y el alma de ese Congreso fué el Dr. Wines, secretario de *The National Prison Association*, quien en 1871 recorrió Europa excitando á los Gobiernos á hacerse representar. Casi todos los Estados Unidos de América mandaron sus representantes oficiales, aparte de otros muchos que acudieron voluntariamente, ó representando instituciones penitenciarias ó sociedades filantrópicas particulares. Rusia, Suecia, Noruega, Dinamarca, Holanda, Alemania, Austria, Suiza, Bélgica, Turquía, Grecia, España é Italia tuvieron allí su representación. Representados estuvieron igualmente el Brasil, Chile, India y Victoria. Aquel Congreso no limitó sus estudios á la reforma de las prisiones, sino que los extendió al campo de la prevención de los delitos, sobre todo en lo concerniente á la ayuda que hay que prestar á los que salen de la reclusión y á la eficacia de los medios destinados á salvar del inminente peligro del delito á los huérfanos y á los niños abandonados ó descuidados.

El segundo Congreso penitenciario se celebró en Estocolmo en 1878, y fué inaugurado el 15 de Agosto en el Palacio de la Orden de la Nobleza por el señor de Björstjevra, Ministro de Negocios exteriores, que, tras un discurso adecuado á las circunstancias, declaró abierto el Congreso en nombre del Rey y del Gobierno.

También en este Congreso fueron numerosos los representantes de los gobiernos; y, sin aparato oratorio, ni

formas académicas, los delegados y demás concurrentes expusieron sus ideas sobre puntos de aplicación práctica con motivo de los ensayos realizados. Este Congreso, como el de Londres, se limitó á formular votos para que los Gobiernos dedujesen por su parte la norma que estimasen más oportuna.

El tercer Congreso se reunió en Roma, y se inauguró el 16 de Noviembre de 1885 en el Palacio de Bellas Artes, con un discurso del Presidente del Consejo y Ministro del Interior, Sr. Depretis, que abría la Asamblea en nombre de S. M. el Rey, ausente, y terminaba su discurso con el saludo que el Monarca tuvo la galantería de enviar á los congresistas en alas del telégrafo. «En mi nombre y en el de la nación (decía el real telegrama), envío un saludo á los ilustres ciudadanos italianos y extranjeros reunidos en la capital del reino para la celebración del Congreso penitenciario internacional. Seguiré con el más vivo interés los trabajos á que se preparan hombres de tanto saber, animados del deseo del bien público, y hago votos por que sus estudios den los mejores resultados para armonizar la causa de la justicia con la de la humanidad.» (*Vivos aplausos.*)

El Congreso de Roma convirtió sus estudios á tres puntos, á saber: las reformas que deben introducirse en la legislación penal, las que deben introducirse en las prisiones y establecimientos penitenciarios y las medidas preventivas para la disminución progresiva del delito y de la reincidencia. Yo vuelvo hacia atrás la mirada en este instante, buscando en vano aquellas grandes figuras que desaparecieron del mundo, P. S. Mancini y F. von Holzen-dorff, Presidente el uno del Comité ejecutivo, Vicepresidente el otro de la Comisión penitenciaria internacional; y aún me parece oír su elocuente palabra, cuando en

aquella primera reunión protestaron contra el prejuicio que confunde las cuestiones penitenciarias y los Congresos correspondientes con los sentimientos de una piedad injusta hacia los culpables. «No, señores (decía Mancini); todos nosotros protestamos contra ese extraño error. Nos esforzamos en buscar un sistema de represión justo y eficaz, capaz ante todo de poner á salvo la tranquilidad, la seguridad y el orden de las sociedades humanas. Este objetivo verdaderamente social y civilizador exige la exclusión de toda penalidad inútil ó peligrosa, corruptora ó inmoral, por su forma ó sus efectos.»

\*  
\* \*

8 El Congreso penitenciario de San Petesburgo, reunido á los cinco años de celebrarse el de Roma, señala un paso notable sobre los precedentes, así por el número de los delegados oficiales que han asistido, como por el de las cuestiones que se han tratado y las resoluciones adoptadas.

En el Congreso de Londres estaban representados 24 Estados por 76 delegados oficiales; las cuestiones propuestas fueron 28; los informes presentados, 16; las resoluciones adoptadas, 15. En el Congreso de Estocolmo los Estados representados eran 26 y sus delegados 45; las cuestiones propuestas, 49; los informes, 49; las resoluciones, 14. En el Congreso de Roma estaban representados 25 Estados por 48 delegados oficiales; las cuestiones propuestas fueron 44; los informes presentados, 67; las resoluciones adoptadas, 17. En el Congreso de San Petesburgo los Estados representados eran en número de 26 con 69 delegados oficiales; las cuestiones propuestas fueron 25; los informes presentados, 139; las resoluciones adoptadas, 24.

El Congreso de San Petersburgo se ha ajustado al plan de los precedentes en lo que toca á la distribución del trabajo y á la índole de las cuestiones tratadas. Se dividió en tres secciones: una relativa á la legislación penal; otra á las instituciones penitenciarias, y la tercera á las instituciones preventivas.

Las secciones estaban llamadas á hacer el trabajo preparatorio mediante una discusión oral del informe que presentaba sobre cada tema un ponente, el cual resumía los estudios y proposiciones de las diversas Memorias impresas ya acerca del tema, y formulaba sus propias conclusiones. A la Asamblea general incumbía formular los votos definitivos, después de oír y discutir el dictamen de cada sección. La discusión se verificaba en francés, y cada discurso no podía durar más de quince minutos. Las secciones, como la Asamblea general, tenían sus presidentes y vicepresidentes. De entre los italianos fueron nombrados vicepresidentes Pessina, Brusa, Canonico y Nocito.

Los rusos, siguiendo galantemente el ejemplo dado por los italianos en el Congreso de Roma, declararon que renunciaban á todo cargo y cedían el puesto á sus huéspedes. Tuvo la presidencia efectiva de la Asamblea general Gálkine-Wráskoy. El Congreso fué un gran acontecimiento para San Petesburgo. A la discusión de las secciones y de la Asamblea asistía numerosa concurrencia, en la cual figuraban muchas señoras. Entre ellas debo hacer mención de la Baronesa de Wrade, que en la sección segunda pronunció un discurso brillantísimo y muy aplaudido sobre la reforma de los llamados delincuentes incorregibles por medio de la religión. Citaré también á la señora Olga Novikoff, escritora doctísima, que asistió con vivo interés á todas nuestras reuniones. Recordaré

siempre con la más alta admiración el honor dispensado á nuestras tareas por S. A. I. la Princesa Eugenia de Oldemburgo, que no dejó de concurrir á ninguna de las conferencias nocturnas. La Princesa Eugenia es considerada en San Petesburgo como el Angel tutelar de los que sufren. En épocas de epidemia se la ha visto muchas veces á la cabecera de los enfermos. Es la protectora de diversos Institutos de Beneficencia, y sabe asociar en hermoso consorcio la ciencia y la caridad.

\*  
\* \*

9 En la primera sección se trató ante todo del modo de llegar en los diversos países á una misma nomenclatura y á una definición precisa de las infracciones de las leyes penales, á fin de utilizarla en los documentos ó tratados de extradición. La Asamblea general, con arreglo al dictamen presentado por el Consejero de Estado Spassovicht, declaró que no era posible adoptar una nomenclatura uniforme de los hechos criminosos, por hallarse éstos en estrecha conexión con las leyes penales de los diversos Estados; pero que podría admitirse como regla general el principio de la extradición, salvas las excepciones y reservas que cada Estado creyese preciso hacer. Añadióse que, adoptada como regla la extradición, podría modificarse la redacción de los tratados correspondientes; y, en vez de enumerar, como hoy, los hechos que dan margen á ella, indicar los hechos por los cuales no puede ser concedida.

El segundo tema tratado en la sección primera fué el de la embriaguez, planteándose el problema relativo al modo de considerarla en la legislación penal, ora en sí misma, ora como circunstancia dirimente, atenuante ó agravante. La Asamblea general adoptó la siguiente con-



clusión del ponente Sliosberg: que el estado de embriaguez, considerado en sí mismo, no podría constituir un delito, ni dar lugar á represión, sino cuando se manifiesta públicamente de una manera peligrosa para la seguridad con actos escandalosos ó que turben la tranquilidad y el orden público.

Por lo que toca á las demás cuestiones relativas á la embriaguez, se expresó la conveniencia de que los ebrios por hábito y los peligrosos fuesen reclusos en hospicios, y de que se declarase penalmente responsables á los que despachan bebidas espirituosas ó las venden en grandes cantidades á las personas habituadas notoriamente á su abuso. En cuanto al influjo que podría tener la embriaguez sobre la responsabilidad penal de los delitos cometidos en ese estado, se opinó que la semi-embriaguez no debe excluir nunca la responsabilidad, quedando á discreción del juez ver, en cada caso determinado, si puede influir en la cantidad de la pena como circunstancia agravante ó atenuante. Por fin, á propósito de la embriaguez completa, se convino en que eximía de responsabilidad, salvo el caso de entregarse á ella con el propósito de cometer un crimen, ó de saber que en tal estado se habría podido cometer fácilmente.

\*  
\* \*

**10** El nuevo Código penal italiano ha satisfecho ya en gran parte con el art. 488 los deseos del Congreso, puesto que castiga á todo el que fuere encontrado en paraje público en manifiesto estado de embriaguez molesta y repulsiva. El mismo artículo castiga también especialmente la embriaguez habitual, si bien no se ocupa de la reclusión en un hospicio, que es una medida de policía preventiva, por tratarse en este caso de personas atacadas en su mayoría

de la llamada manía de beber ó *dipsomanía*. En cuanto á los que suministran bebidas embriagadoras, ha establecido una pena el art. 489 del nuevo Código italiano, y ha completado mejor la idea y el voto del Congreso, considerando como circunstancia agravante el caso en que tengan despacho de vinos ó licores los que suministran la bebida, ó cuando el que se embriaga sea un menor de catorce años ó se halle en un estado anormal por debilidad mental.

En lo que mira al influjo que podría tener la embriaguez sobre el delito cometido en ese estado, el nuevo Código penal de Italia ha admitido el principio votado por el Congreso, es decir, que no puede sostenerse la responsabilidad de los actos cuando la embriaguez es involuntaria ó accidental, pero debe afirmarse cuando es voluntaria, aunque con una disminución mayor ó menor de la pena ordinaria, según que la embriaguez haya suprimido en todo ó en parte considerable la conciencia ó la libertad de los propios actos, y según sea ella misma un hecho aislado ó habitual. No se concede ninguna disminución de pena en caso de embriaguez *procurada para facilitar la ejecución del crimen ó para preparar una excusa*; y se establece, por último, que los que obtengan una rebaja de pena por el estado de embriaguez habitual puedan *extinguir su condena en un establecimiento especial* (artículos 46, 47 y 48). Cuando la embriaguez no es imputable, ¿cómo han de serlo los actos cometidos en ese estado? Justo es, pues, que el que voluntariamente la busca responda de lo que hace contra las leyes penales, aun sin intención, puesto que pudo prever lo que ha sucedido; y tanto mayor será su culpa cuanto mayor sea la gravedad de la causa, es decir, cuando la embriaguez sea habitual. Los votos del Congreso concuerdan, no sólo

con las nuevas disposiciones de nuestro Código penal, sino con los principios jurídicos. No convengo yo con el Congreso ni con el nuevo Código en lo que atañe á la embriaguez procurada, porque, si veo en ella la voluntad culpable que le dió vida, no encuentro esa voluntad, ni la *conscientia sceleris*, en el momento de la acción; pero ahora no me propongo ocuparme de esto.

También por lo que respecta al acuerdo del Congreso sobre la extradición, podemos felicitarnos de que nuestro Código haya admitido ya como regla la extradición del extranjero que cometa un delito en país extranjero; regla que se fija, como acertadamente quería el Congreso, con sólo excluir los pocos casos en que la extradición no debe concederse, y admitirla en todos los demás. Dice el artículo 2.º: «No se admite la extradición del extranjero por delitos políticos, ni por los conexos con ellos.» Nuestra ley ha limitado la acción del Gobierno, en punto á celebrar tratados de extradición ó á concederla, á esos dos casos, y á aquel otro en que el extranjero haya cometido en el extranjero un delito contra la seguridad de nuestro Estado, ó contra el crédito de la moneda corriente en el reino ó contra un ciudadano italiano (art. 6.º). Salvo estos pocos casos, la extradición, no sólo puede ser consentida por nuestro Gobierno, sino hasta ofrecida; lo cual demuestra que Italia quiere concurrir á la represión internacional del delito, sin olvidar por eso que la extradición es un acto de jurisdicción del Estado, y no una mera cooperación pasiva á la administración de justicia de los demás Estados.

\*  
\* \*

II La tercera cuestión discutida por la sección primera versaba sobre el modo de organizar la enseñanza de la ciencia penitenciaria y sobre los medios de enderezarla

al estudio positivo de los hechos, sin perturbar la marcha de los servicios ni invadir el campo de la administración pública. Se acordó la conveniencia de establecer una cátedra de ciencia penitenciaria en todas las Universidades, y bibliotecas especiales de esta ciencia en los establecimientos penitenciarios, afirmándose además que el estudio práctico de dicha materia puede armonizarse con las exigencias de la disciplina penitenciaria. Esta aspiración del Congreso es ya ha varios años un hecho cumplido en la Universidad de Roma, y yo he tenido el honor de enseñar esa ciencia en la Escuela de Ciencias sociales, políticas y administrativas, agregada á la Facultad de leyes de nuestro Ateneo. Esta enseñanza no abraza sólo el desarrollo de las instituciones penitenciarias, sino también el de las instituciones de seguridad pública, que son un ramo harto estrechamente relacionado con las mismas.

Otra cuestión se refería á las amonestaciones ó reconvencciones judiciales que deben dirigirse á los delincuentes en ciertos casos, en vez de imponerles penas que impliquen la privación de la libertad. Se discutía también si los jueces tienen la facultad de suspender la ejecución de ciertas penas, y entre ellas la de prisión, hasta tanto que el culpable no haya cometido una nueva falta. Este último punto dió lugar á un debate vivísimo. Nuestro Senador Pessina, que era el ponente, sostuvo sus conclusiones en un aplaudido discurso, considerando las ventajas que reportaría el admitir la suspensión de las pequeñas condenas, lo cual sería una ley de perdón y una amenaza juntamente, por el aumento de pena que sobrevendría en caso de nuevo delito. La opinión del profesor Pessina fué combatida por Pols, Kirchenheim, Illing y Nekliondon, en nombre de la santidad de la cosa juzgada y de la necesidad de la represión social. La votación so-

bre si se admitía ó no la condena condicional quedó muy indecisa, toda vez que fué rechazada por 28 votos contra 22 en lo referente á los delitos, y admitida por 29 votos contra 20 en lo tocante á las contravenciones. Yo fuí de los que votaron en contra, dado que, á mi juicio, en los casos en que la condena privativa de libertad es de breve duración, y puede ser justo, según las circunstancias, librar á ciertas personas de la vergüenza de haber figurado, aunque por poco tiempo, como inquilinos de una cárcel, sobre todo cuando se trata de una primera falta; en esos casos, digo, cabe proveer, como lo ha hecho el Código penal italiano, mediante la facultad otorgada á los jueces de sustituir con la reprensión judicial la pena de prisión que no pase de un mes, ó la de destierro que no exceda de tres meses, siempre que «concurran circunstancias atenuantes, y que el culpable no haya sufrido nunca condena por delito, ni condena por contravención á una pena superior á un mes de cárcel» (art. 26).

La institución de la reprensión judicial, que el art. 27 ha puesto en vigor con la fianza, ó la obligación personal de pagar determinada suma en el caso de que durante cierto tiempo cometa el condenado una nueva falta, salva siempre la pena por reincidencia, me parece exenta de los vicios que afectan á la institución de la condena condicional, y en cambio llena el objeto que se quería conseguir con la suspensión de la condena. Es vicio grave que el juez pueda tener el ejercicio del derecho de gracia, ya que la condena condicional puede considerarse como una gracia condicional. Es vicio grave que el daño civil del delito no se repare con la ejemplaridad de un castigo inmediato, y que las sentencias de los magistrados no sean ya preceptos imperativos en su ejecu-

ción, sino que puedan reducirse á simples facultades dejadas al arbitrio del juez. Se dice que la condena condicional es siempre una amenaza; pero el condenado debe sufrir una pena, y no estar sometido á una simple amenaza. Se dice que la condena condicional es ley de gracia; pero, si la ley puede establecer en interés público casos taxativos y determinados en que cabe disminuir la pena, y hasta levantarla merced á un servicio prestado por el culpable á la sociedad, como en el caso de disolución de una partida armada, no podría dejarse al arbitrio del juez la facultad de la gracia, aun en los delitos leves, para recompensar la buena conducta anterior de los culpables?

\*  
\* \*

**12** Otras cuestiones se trataron en la primera sección del Congreso, como la relativa á los encubridores de oficio y la referente al modo de sustraer los niños ó pupilos al influjo pernicioso de sus parientes después de la expiación de la condena, así como también las tocantes á los límites entre la jurisdicción penal ordinaria y el poder disciplinario de las autoridades de la prisión respecto de los delitos comunes que cometan los condenados durante el cumplimiento de su condena.

En punto á la cuestión de los encubridores, la sección adoptó las conclusiones del ponente Galovine, después de una viva discusión, en la cual tomé yo parte juntamente con los Sres. Silvela, Rossolovski y Dumas. Nuestras ideas eran en el fondo las mismas; sólo que yo creía que para combatir el encubrimiento, que hoy, gracias á las grandes y fáciles comunicaciones entre los diversos Estados, ha tomado un carácter internacional, favoreciendo la audacia y el éxito de las sociedades ó compañías inter-

nacionales de ladrones y estafadores, hacían más falta medidas preventivas ó de seguridad pública que verdaderas y estrictas disposiciones de derecho penal, á las cuales se circunscribía especialmente el campo asignado al estudio de la primera sección. De todos modos, se acordó que para prevenir el encubrimiento debían establecerse disposiciones especiales de vigilancia sobre ciertos oficios ó profesiones. En San Petersbugo, por ejemplo, hay toda una calle de revendedores ó compradores de objetos usados y de poco precio, que el pueblo llama en son de burla el *mercado de los ladrones*. Se convino también en que el encubrimiento no debía mirarse como un caso de complicidad, sino elevarse por su importancia á delito especial, y establecer un aumento progresivo de pena para los encubridores reincidentes. En Italia no carecemos de medios preventivos del encubrimiento. Los artículos 403, 494 y 495 del nuevo Código penal castigan á los que reciben en prenda, pago ó depósito objetos que, por su calidad, ó por la condición de las personas que los ofrecen, ó por el precio pedido ó aceptado, parezcan producto de un delito, ó á quien no formula denuncia inmediata á la autoridad en el caso de llegar á conocer la procedencia ilegítima de las cosas que compra ó recibe, ó á quien, dedicándose al comercio ó á operaciones de préstamos ó sobre cosas usadas, no observe las prescripciones establecidas por las leyes y reglamentos. Esas prescripciones son las de la licencia necesaria de la autoridad para el que quiera abrir casas de préstamos sobre prendas y de la obligación de llevar un registro diario de las transacciones realizadas (artículos 67 á 70 de la ley de seguridad pública). En cuanto á la idea de hacer del encubrimiento un crimen por sí y de agravar su penalidad en el caso de constituir un

hábito, también es en Italia un hecho cumplido. El artículo 421 del nuevo Código penal castiga con reclusión hasta de dos años y con multa de hasta 1.000 liras al que adquiriera, reciba ú oculte dinero ú objetos procedentes de un delito, ó contribuya de algún modo á hacerlos adquirir, recibir ú ocultar; y si el delito de que las cosas prevengan implica pena restrictiva de la libertad por un plazo mayor de cinco años, puede condenarse al encubridor hasta á cuatro años y á multa de hasta 3.000 liras. Si el encubridor lo es de oficio, incurre en el primer caso en una pena que varía de tres á siete años de reclusión; y en el segundo, en pena de reclusión de cinco á diez años, con más una multa de hasta 3.000 liras.

\*  
\* \*

**13** Tocante al modo de sustraer á los niños al influjo pernicioso de sus padres ó tutores, la sección y la Asamblea general adoptaron las conclusiones del ponente Karnicky, afirmando el principio de que se debía suprimir ó restringir el ejercicio de la patria potestad y de la tutela, y que, en caso de delito de un menor, se debía tomar también la misma providencia, confiando el menor á la educación tutelar, bien de un establecimiento penitenciario correccional, bien de una institución de beneficencia ó asistencia pública ó privada. Los padres deberían contribuir á los gastos de esta educación según sus fuerzas; y el menor, aun antes del término de la condena ó corrección, podría salir del establecimiento por orden de la autoridad judicial, aunque permaneciendo siempre hasta dicho término bajo la autoridad tutelar del instituto. La autoridad judicial, llamada á comprobar la indignidad ó incapacidad de los padres, podría siempre, cambiadas las circunstancias ó alejado el peligro, reintegrarles en el ejer-



cicio de sus derechos. Se discutió también la cuestión de los menores á propósito de la quinta tesis, relativa á los delitos cometidos por los mismos. Informó sobre este tema ante la Asamblea general Drill, presentando en nombre de la sección las siguientes conclusiones: 1.<sup>a</sup>, que en punto á los menores de dieciséis años, se suprimiesen las cuestiones de culpabilidad y discernimiento, y se sustituyesen por las referentes á saber si el menor tiene necesidad de la tutela de la autoridad pública y debe ser sometido á un régimen educativo ó correccional; 2.<sup>a</sup>, que en la elección de estos medios se debía mirar, no sólo á la gravedad y á los móviles del delito, sino también á los precedentes, al carácter, al desarrollo intelectual del menor, y al ambiente en que ha vivido; 3.<sup>a</sup>, que también para los menores de veinte años y mayores de dieciséis debe haber una gran latitud en la aplicación de la pena, á partir de la pena de reprensión hasta la ordinaria.

\*  
\* \*

**14** Así como patrocino un sistema especial para el menor, no puedo aceptar, en cambio, sus exageraciones. Sería ir derechamente á dejar en manos del juez la prerrogativa de la gracia darle la facultad de moverse entre la reprensión y la pena más grave que puede corresponder á un delito, sólo porque el culpable es menor de veinte años, aunque haya pasado de los dieciséis. En mi sentir, no cabe sustituir la cuestión de la responsabilidad penal del menor de dieciséis años por la de los cuidados de que pueda necesitar, bien los de una institución correccional, bien los de una institución educativa bajo la tutela de la autoridad pública. Antes del remedio y de la profilaxis vienen la enfermedad y el diagnóstico. Ante todo hay que saber el autor del delito cometido y conocer el grado de responsa-

bilidad del que lo ha cometido. ¡Sería demasiado suprimir la sentencia penal que condena ó absuelve, para reemplazarla con una simple medida de administración pública!

En cuanto al modo de alejar de los niños el influjo pernicioso de los padres, natural y legítima aparece la idea de anular ó disminuir el ejercicio de la patria potestad. El Código civil italiano contiene en su art. 233 una disposición bastante amplia, que sin duda podría aplicarse á los casos en que los menores cometan delitos, en los cuales hayan podido influir la incuria ó la mala educación de los padres. Dice el art. 233: « Si el padre *abusa de la patria potestad, violando ó descuidando sus deberes, ó administrando mal los bienes del hijo, el tribunal, á instancia de cualquiera de los parientes más cercanos, ó aun del ministerio público, podrá proceder á nombrar un tutor de la persona del hijo, ó un curador de sus bienes, á privar al padre del usufructo en todo ó en parte, y dictar aquellas otras providencias que estime convenientes en interés del hijo.* Esta disposición completa las de nuestro Código penal respecto de los menores culpables ó necesitados de corrección, entre las cuales figura la de encerrar al culpable menor de nueve años, ó al menor de catorce que haya obrado sin discernimiento, en un instituto de educación ó corrección, ó de entregarlo á los padres, mandándoles vigilar su conducta so-pena de una multa en caso de nuevo delito (arts. 53 y 54). El art. 55 dispone también que las penas impuestas á menores de más de catorce años y de menos de dieciocho se cumplan en casas de corrección.

\*  
\* \*

**15** No es éste el momento de examinar nuestros medios de prevención y represión respecto de los menores. Me li-

mito á expresar el deseo de que el art. 233 del Código civil se aplique más ampliamente, y que el ministerio público, llamado á provocar su aplicación por parte de la autoridad judicial, comprenda que la ley le ha dado con ese artículo una misión preventiva y educativa, y que la educación pública, la que forma las costumbres, y con las costumbres los ciudadanos, y con los ciudadanos la patria, será letra muerta mientras no se vigile dentro de justos límites la educación privada, y mientras el poder público permanezca inactivo y sin alterarse lo más mínimo, viendo salir de esa educación jóvenes culpables ó indómitos que turban y amenazan el orden social.

Nuestra nueva ley de seguridad pública ha dado un paso en este camino, puesto que por el art. 113 el padre del menor de dieciocho años, ocioso, vagamundo ó sospechoso de delitos ó crímenes, no sólo puede recibir de la autoridad judicial, previo informe del jefe de seguridad pública, *la intimación de proveer á la educación y de vigilar la conducta del menor bajo amenaza de multa de hasta 1.000 liras, sino que, en caso de abandono persistente, podrá declararse la pérdida de los derechos de patria potestad ó de tutela.* El art. 114 ha provisto también al caso de los niños pervertidos huérfanos, ó que no puedan vivir en el ambiente moral de una familia desordenada ó corrompida. En este caso, *la autoridad judicial ordena recoger al niño en casa de alguna familia honrada que consienta aceptarlo, ó bien en un instituto de educación correccional, hasta que haya aprendido una profesión, un arte ó un oficio; pero no más allá del término de la menor edad. Los padres ó los ascendientes quedan obligados al pago de todo lo que dure la estancia, ó de la parte que de cuando en cuando se determine.*

Como se ve, también aquí se han anticipado á los acuerdos del Congreso de San Petesburgo las nuevas leyes italianas, y lo único que hay que desear es que se apliquen.

PEDRO NOCITO.

## IDEAS Y SENSACIONES

---

**A** mi lado, en el café Riche, hallábase un viejo. Después de nombrarle el mozo todos los platos de la lista, le preguntó cuál deseaba: «Yo,—dijo el anciano—desearía... tener un deseo.»—Aquel viejo era la vejez misma.

---

Lo que más me gusta de la música, son las mujeres que la oyen. Encuéntranse allí, como si sufriesen fascinación poderosa y divina, inmóviles como un sueño que por momentos las acaricia con el roce de un estremecimiento. Al escuchar, todas adquieren la plenitud expresiva de su fisonomía, su rostro se eleva, y poco á poco irradia más extática ternura. Sus ojos se humedecen de languidez, se entornan, miran de soslayo ó se alzan en busca del cielo. Los abanicos, contra los pechos, laten como en un espasmo ó palpitan moribundos como el ala del pájaro herido; otros se deslizan de la mano sin vigor al regazo, y otros con sus guías de marfil oprimen la vaga sonrisa del placer contra los blancos dienteillos. Dilatadas las bocas y los labios dulcemente entreabiertos, parecen aspirar un deleite flotante. Casi ninguna mujer se atreve á mirar cara á cara á la música. Muchas, poniendo la cabeza sobre el hombro, permanecen algo inclinadas como

---

sobre una cosa que les hablase al oído; y algunas, dejando caer la sombra de su barbilla sobre las sartas de perlas de su cuello, parecen escuchar en el fondo de sí mismas. Por momentos la nota dolorosamente arrancada del corazón de un violoncelo hace estremecerse á las más sepultadas en beatífico sopor, y palideces que duran un segundo, diafanidades momentáneas apenas visibles, pasan sobre su epidermis que tiembla. Pendientes del sonido vibrante y acariciadas por él, diríase que beben con su cuerpo todo el cántico y la emoción de los instrumentos. Es cosa de decir que la música para la mujer es la misa del amor.

---

Conozco ciertos maridazos de mujeres bonitas que pueden compararse á los groseros mozos de cuerda de las subastas al martillo, que manejan y enseñan, sin estropearlas, las cosas más delicadas y bonitas.

---

Uno de los sentimientos más grandes, que es la paternidad, ¿á qué puede reducirse? A la propiedad de un ser animado.

---

Las antipatías son un primer movimiento y una segunda vista.

---

Conforme avanzamos en el camino de la vida, crece en

---

nosotros la afición á la sociedad y el desprecio de los hombres.

---

Hay colecciones de objetos de arte que no revelan ni pasión, ni inteligencia, ni gusto, sino la victoria brutal del dinero.

---

Veíase en aquella pieza, al final, un bailable encantador, un bailable de sombras color de murciélago con antifaces negros, agitando gasas en torno suyo á modo de alas nocturnas. Aquel minueto de muertos y de almas enmascaradas que se cruzaban bajo un rayo de luna, tenía una voluptuosidad rara, misteriosa y silenciosa. Cuando quemamos antiguas cartas de amor álzanse de la llama carbonizados recuerdos que se parecen á aquel bailable.

---

El comercio es el arte de abusar del deseo ó de la necesidad que tiene un sujeto de un objeto.

---

Una religión sin elemento sobrenatural me recuerda un anuncio que he leído no ha mucho en la prensa y que decía así: «Vino sin uvas.»

---

Hay fortunas que le gritan al hombre honrado: ¡Imbécil!

---

Hay hombres de Estado pesados y toscos, gentes de zapatos de punta cuadrada con modales de paleta, con caras picadas de viruela; raza de gente ordinaria á quien pudiéramos llamar los percheros de la política.

---

Rafael ha creado el tipo clásico de la Virgen por la perfección de la belleza vulgar, lo contrario de la belleza que Vinci buscó en lo exquisito del tipo y lo singular de la expresión. Rafael atribuye á la belleza un carácter de serenidad completamente humano, una hermosa rotundidad y una salud digna de la diosa Juno. Sus Vírgenes son madres robustas y maduras, verdaderas esposas de San José. Realizan la idea que la mayoría de los fieles se forma de la madre de Dios; así es que serán eternamente populares y permanecerán como la representación más clara, general, accesible y burguesa de la Virgen católica según el gusto artístico de los devotos.

---

Ni la virtud, ni el honor, ni la pureza, pueden impedir á una mujer, que sea mujer y tenga los caprichos y tentaciones de su sexo.

---

Nadie hace los libros que quiere hacer. Hay una fatalidad que nos inspira la idea de un libro, y hay una fuerza desconocida, una voluntad superior, una especie de necesidad de escribir que imponen la obra y guían la pluma, de modo que á veces el libro que nos sale de las manos no



---

parece que nos sale de dentro, y nos admira como si viésemos algo que yacía oculto en nosotros y de que no teníamos conciencia.

---

Hoy he visto la Gloria en casa de un tendero de antigüedades: una calavera coronada de laureles de yeso dorado.

---

La propiedad literaria es la menos legal de las propiedades, porque es la más legítima.

---

Me repugnan las cosas por aquellos que las consiguen, las mujeres por los que han amado, y las casas donde me reciben, por la gente que veo recibir en ellas.

EDMUNDO Y JULIO DE GOUCOURT.



## Sección Española.

---

# LA CUESTIÓN SOCIAL

Y LA PAZ ARMADA.

---

## II

**E**L Sr. Castelar, al combatir el socialismo, hace argumentos que pueden llamarse *los consabidos*; pero á veces exagera las exageraciones, hasta el punto de convertirlas en errores evidentes, como cuando afirma «que una gran parte de los pobres hánse precipitado en el abismo de la miseria desde los altos montes donde campean las aristocracias, etc.»

Los que caen de muy alto es raro que lleguen al abismo y que dejen de encontrar paracaídas aunque no le merezcan; algún miserable habrá que haya sido poderoso; pero la regla general, muy general, es que se vive y se muere en la condición social donde se ha nacido, y que para salir de ella se necesitan circunstancias y condiciones muy excepcionales. Dice el Sr. Castelar que «la principal parte de los banqueros europeos han empezado por pobres»; podrá ser, pero en la cuestión social, no se trata principalmente de *pobres*, sino de *miserables*, es decir, de aquellos á quienes *falta lo necesario fisioló-*

*gico y psicológico*, y dudamos que de esta muchedumbre hayan salido los más opulentos banqueros de Europa; en todo caso no están exentos de toda miseria, porque suelen tener la moral. Sin duda «la voluntad toma parte activa en labrar la propia fortuna»; pero prescindiendo del gran número de fortunas que son obra de la voluntad *activa*, pero no *recta*, los individualistas, al decirle al miserable que si es morigerado, y activo, y económico, puede llegar á ser rico y citarle el ejemplo del pobre N. y del obrero J., que han llegado á ser capitalistas, se olvidan de lo que pudiera llamarse *la impenetrabilidad social*; en una fábrica, aunque mil operarios tengan aptitud para dirigir los trabajos, no puede haber más que un número limitado de directores y contramaestres; aunque haya miles y millones de pobres con voluntad y aptitud para hacerse banqueros opulentos, el capital de la sociedad no da para que sean millonarios sino á un corto número. Es un error ó un engaño decirle al individuo que en su mano está hacerse rico; lo que se le debe decir es que la sociedad no tiene capital para enriquecer á todos los asociados activos é inteligentes; que lo más que puede hacer (y esto es lo que ellos deben procurar) es que reciba recompensa el merecimiento y no la maldad; es reducir el lujo y la miseria; es que no la insulten los que contribuyen á ella; es que los productos del trabajo se distribuyan con la mayor equidad posible; es que la contribución que convierte al pobre en miserable no sirva para absurdos ó irritantes despilfarros, para mantener vagos, para comprar conciencias y la impunidad de los criminales. Esto es lo que debe procurarse, y no la realización de los sueños ó de las filfas individualistas.

Dice el Sr. Castelar á propósito del capital: «¿Quién trabajará si no puede ganar, ni ganará si no puede aho-

rrar?» Así la inmensa mayoría de los trabajadores españoles, que no pueden ahorrar, que no ganan para comer; este es el hecho, que saben todos que tienen idea de cómo viven los obreros: trabajan para no morir de hambre; la frase *ganarse la vida*, equivalente á *trabajar*, significa, atender á las primeras necesidades, no á acumular economías. Y no es que maldigamos del capital; pero si no le consideramos como una fiera, tampoco como un ídolo, y, sobre todo, quisiéramos que se pusiera bien en claro lo que es capital. Hay gente que cree ó discurre como si lo creyera que capital son billetes de banco, monedas, acciones ó casas, ó tierras, algo así tangible y amortizable y vendible á mayor ó menor precio. No obstante, hay una frase muy usada y no inventada por los socialistas que da significación más extensa y exacta á la palabra capital. Se dice de los artistas que tienen un capital en la voz, en la paleta, en el piano, en el arco del violín, etc., etc. y así es la verdad. ¿Y que es lo que constituye este capital? Una natural disposición cultivada, á veces transformada por el trabajo, que va con la persona, que es inherente á ella. Un médico, un ingeniero, un abogado, tienen también un capital en su profesión, y en su oficio todo artesano; el que sea mayor ó menor, no varía su esencia ni la condición indispensable común á todos de que necesita *trabajo constante y actual* para que tengan valor. Generalizando, resulta que todo hombre útil es un capital; en efecto, aunque sea un bracero, y no tenga más que fuerza muscular, el dinero que costó lo que ha comido, y bebido y vestido desde que nació hasta que ha podido ganar para vivir, y el trabajo que emplearon en cuidarle sus padres, suponen una cantidad no despreciable, un capital. Añádase que, según los casos, cada dos, ó cada tres ó cada hom-

bre que trabaja supone un niño ó un muchacho que ha muerto antes de poder trabajar; y si en la cría de animales cuando es difícil y mueren en gran número de pequeños, el valor de los que quedan aumenta, no será mucho pedir que se aumente también al valor del hombre las cantidades que han costado sus hermanos muertos en la primera edad.

Prescindamos por el momento de toda consideración moral é intelectual; miremos al hombre como una máquina de trabajo. ¿Las otras máquinas que se emplean en la industria no hay que alimentarlas, y alimentarlas bien además de haberlas comprado? El hombre no se compra; cierto, se alquila, pero si se alquila una máquina, además de alimentarla hay que pagar el alquiler, es decir, el rédito del capital que representa. Sólo la máquina humana se recibe gratis, y por sólo el alimento, á veces bien escaso, y hay que ver de que cobre réditos el capital que representa, como los otros capitales; en este sentido se ha andado en algunos países bastante, y hay que andar más.

El capital puede considerarse como unido al hombre y como separado de él; está en la inteligencia y en la voluntad de toda persona útil, y en el billete de banco, en la casa, en la tierra, etc. A medida que la moralidad y la cultura se generaliza, el capital separado del hombre reeditúa menos, el unido á él reeditúa más. En Inglaterra, por ejemplo: el jornal del obrero ha subido, y el interés del dinero ha bajado.

La usura, bajo las mil formas que toma en España y en los pueblos poco adelantados, efecto de la miseria material, moral é intelectual, y causa á su vez de todas las miserias, la usura execrable y execrada, disminuye y tiende á desaparecer donde el trabajo se retribuye más,

y el capital separado del hombre reeditúa menos. Que este capital ha de devengar interés, es necesario que devengue el menos posible, es justo, y como justo conveniente, y necesario será cuando la justicia penetre más hondo en la sociedad. Ni odio, ni idolatría del capital, sino reconocimiento de su utilidad y freno de sus abusos.

En cuanto á la concurrencia, dice el Sr. Castelar: «será todo lo mala que quiera el socialismo; aseméjase á las leyes físicas en lo fatal...; hará de nosotros el hambriento lobo que se come á las ovejas, ó el tigre que despedaza á las girafas, ó el milano que coge palpitante la paloma blanca inocentísima, y se la engulle voráz cuando no ha hecho mal á nadie; pero como no podéis evitar batallas vitales, ni que unos seres vivan de la destrucción de otros seres; como no podéis evitar que vuestro nacimiento haya costado lágrimas y dolores al ser más querido, á la madre..., no podeis evitar que donde no hay competencia no haya producto.»

Esta última afirmación no es exacta: la *esencia* del trabajo es satisfacer necesidades, no triunfar de competidores y aunque la lucha sea inevitable en muchos casos, no hay que hacerla extensiva absolutamente á todos; hay una gran suma de trabajo cuyos productos no salen al mercado, al menos directamente, que no se hace para competir, y hay actividades en el hombre que no tienen su origen en la lucha.

Pero supongamos que no hay trabajo sin competencia. ¿De que no puede evitarse se sigue que no puede modificarse? ¿Que se asemeja á las leyes físicas en lo fatal! Y porque es ley física que haga frío en Enero y calor en Julio, ¿no ha de abrigarse uno en invierno y buscar la sombra en verano? Y porque el lobo se coma las ovejas, ¿no hemos de tener pastor y perros que las defiendan, ni

tirar tiros al milano que se engulle las palomas? Y porque los hijos han costado dolores á sus madres, ¿han de entregarse tan inocentes como las palomas á la despiadada industria para que los aniquile? Contraste poco envidiable y poco simpático el de tanto calor en la elocuencia para pintar los males, y tanta frialdad en el desaliento que los declara sin remedio! ¡Contraste poco envidiable y poco simpático el de la deificación de la libertad y la proclamación de la esclavitud, de la más horrible de las esclavitudes que sujeta al hombre á la coyunda de leyes físicas, de leyes económicas tan fatales como ellos, y dice al obrero desvalido y al niño pobre: *mueve como la oveja y como la paloma!*

No, no; estas cosas son de hecho, no son de ley, y no sea osado á llamarse hombre libre el que no concibe el mundo sin algún género de esclavitud.

De que la competencia no puede suprimirse no se sigue que no pueda modificarse, y que el taller y la fábrica y la mina hayan de ser asilos donde no penetren la higiene, la moral, ni la humanidad. Entrarán algún día; hay que trabajar para que entren, trabajar con fe, con esperanza, con caridad, en vez de entregarnos á la impasible y repugnante inacción, que para no tomarse el trabajo de hacer algo lo declara todo imposible. Y algo se ha hecho ya: muchos obreros se han redimido de la esclavitud económica, y la ley ha arrancado á muchos niños de las garras industriales.

De que la competencia no tiene un poder tan fatal y avasallador como se supone, hay muchas pruebas. La competencia que se hacen los médicos y los abogados en España es, como nunca, por el número de los competidores, y los honorarios de unos y otros han subido. Esto prueba, que esas leyes que se dan como fatales mu-



chas veces no lo son, sino modificables por los hombres. Si pudiéramos variar en un momento, elevándolos, los instrumentos de la competencia, veríamos instantáneamente modificarse, humanizarse ésta: otros lo verán.

Con la herencia, el procedimiento intelectual del señor Castelar es el mismo; porque no se puede hacer todo, no se ha de hacer nada; porque sea natural que un padre deje á sus hijos cuanto tiene, ha de ser legal que un sobrino herede á un tío á quien no conocía siquiera ó cuya muerte deseaba para heredarle. Sobre esto hay mucho que decir, y vamos ya diciendo más de lo que nos habíamos propuesto; pero sí observaremos que el Sr. Castelar parece confundir el testamento con la herencia, cosas que no deben confundirse.

Los inválidos, según el Sr. Castelar, tampoco pueden socorrerse porque «para irlos *acuartelando* habrá que hacer una Babilonia, una Nínive, compuestas de un templo colosal, de un palacio ciclópeo, de un alojamiento militar superior á todas las dimensiones de nuestras ciudades modernas».

Este párrafo y otros análogos tendrán su explicación en un discurso *de pecho*, como ha dicho el Sr. Castelar que era el suyo, género desconocido para nosotros, que no comprendemos más oratoria que aquella en que prepondera la razón, ó la influída principalmente por el sentimiento, y ni sentimiento ni razón hay para un abandono cruel fundado en una imposibilidad mentida. Todos los pueblos de Europa han legislado ó están dispuestos á legislar reglamentando el socorro de los inválidos del trabajo; lo harán mejor ó peor, que no es ésta la ocasión de discutirlo; pero lo hacen, es decir, reconocen el deber social de no abandonar al que se inutiliza trabajando ni á la familia del que trabajando y por trabajar muere. Y

esto se hace ó está en vías de hacerse, y se hará sin Babilonias, ni Nínives, ni palacios ciclópeos, ni ergástula de esclavos de su culpa, sin más que el sentimiento de humanidad, el espíritu de justicia, la idea de orden moral y material, y hasta el convencimiento egoísta de que para la sociedad lo más justo es lo más barato. Los que sostienen y sostenemos que no debe abandonarse á las degradantes eventualidades de las limosnas al inválido del trabajo y á su familia, no queremos *despotismo arriba y servidumbre abajo*, no somos individualistas ni socialistas, somos *sociabilistas*; es decir, personas que desean una sociedad que por su humanidad y su justicia se forme de individuos *sociables*, que no la acusen ni la odien con razón, y no de los que han sido calificados de *salvajes de la civilización*, salvajismo que es el resultado de la injusticia, que unas veces se disfraza de orden y otras de libertad. El barajar el seguro forzoso, rechazado con razón por hombres libres, y el aumento de jornal, que con razón no piden al Gobierno los obreros ingleses, ni creemos que en general los de ningún país, con la cuestión de inválidos del trabajo, podrá convenir á las necesidades retóricas del Sr. Castelar, pero no conduce á la claridad y orden con que deben tratarse todos los asuntos, y más aquellos en que del error puesto en práctica resulta inmediatamente la injusticia.

Otro defecto grave en la manera de discurrir es sacar las consecuencias todas de una premisa y no las de otra, de manera que el discurso cojee y la lógica caiga. «Las armonías en los fines colectivos jamás podrían concertarse de ningún modo sin la diferencia y diversidad patente de aptitudes», dice el Sr. Castelar; y saca las consecuencias de la premisa, y más adelante añade: «No habría justicia si no pudiera recoger y sistematizar los

principios fundamentales del derecho. Pero así como las ciencias anatómicas no podrían existir ni dar leyes generales si quisieran apreciar lo que haya de diverso en los esqueletos, unos pequeños y otros grandes, éstos más sólidos que aquéllos, varios y con muchas excepciones, pero todos idénticos en lo *fundamental*. ¡Oh! La justicia no podría existir si en vez de fundarse sobre lo que hay de común en el derecho buscara lo que hay de diverso en las inclinaciones y en las aptitudes. Identidad de recompensas, identidad de pagos, identidad de premios; ¡qué locura!»

Hay ciencia anatómica y justicia porque todos los esqueletos y todos los hombres son idénticos en lo *fundamental*. ¿Pero cuál es lo *fundamental*?

Un hombre cae herido, y se le lleva adonde pueda ser curado, y se le cura según las mismas reglas, sea marqués ó jornalero, jorobado ó buen mozo, porque en lo *fundamental* de su organismo no difieren.

Otro hombre ha cometido un asesinato, y se le pena (en teoría al menos) lo mismo que el muerto sea tartamudo ó gran orador, banquero ó mendigo, porque tiene la cualidad *fundamental* de ser hombre. (Prescindimos aquí de los tiempos en que se penaba según la calidad del ofensor y del ofendido, y de ciertas leyes actuales que aún conservan esta distinción.)

En un buque, cuando escasean los víveres y se pone la gente á ración, no se hace distinción de la calidad y del mérito de cada uno; sabios, ignorantes, artistas, nobles, plebeyos, reciben lo estrictamente necesario, porque en lo *fundamental* todos tienen las mismas necesidades.

Cuando se da el caso (ya se ha dado) de presos reclusos en un espacio donde no tenían aire bastante, y alternativamente se subían á una ventana para respirar y

poder resistir la atmósfera asfixiante del encierro, ¿habría estado bien que uno por orador, otro por filósofo, otro por artista ó general, hubiesen alegado derecho, según su mérito, á mayor permanencia en el lugar en que el oxígeno los vivificaba? Seguramente que nadie habría reconocido semejante derecho. ¿Por qué? Porque, á pesar de todas sus diferencias, toman la identidad *fundamental* de no poder vivir sin aire respirable.

Que los socialistas no prescindan de las *diferencias*, es razonable; pero que los individualistas no hagan caso omiso de las *identidades*, es también de razón cuando se trata de lo necesario psicológico y fisiológico. ¿Es justo que se deje morir de hambre á los que enseñan (que no enseñan, que debieran enseñar) á los pobres y se pague al corriente á los que enseñan á los ricos? ¿Es justo que el que no tiene escuela en que aprender pague el Instituto y la Universidad? Todos no han de ser doctores, ni eruditos, ni sabios; pero todos deben tener lo *necesario psicológico*, aquellos conocimientos *fundamentales* que supone, que necesita, que en justicia exige la identidad *fundamental* que naturalmente tienen todos los hombres cuando se cultivan sus facultades esenciales, cuando no se atrofian desde la niñez por falta de ejercicio.

¿Es justo que la patria exija á uno su libertad, su salud, su sangre, su vida, y á otro dos mil pesetas? La diversidad de aptitudes ni de méritos no puede autorizar estas diferencias cuando se trata de lo fundamental de la salud, de la vida del hombre, y la contribución de sangre ó no debe pagarla nadie ó deben pagarla todos, y el suplirla con dinero es un verdadero atentado contra la justicia, que no consiente establecer diferencias respecto á las *identidades fundamentales*, y menos cuando para establecerlas no se tiene en cuenta el mérito, sino el dinero,

que, por otra parte, no entra siempre en las arcas del Tesoro, y se suple con el favor y el soborno.

¿Es justo que en los edificios se exijan por fuera condiciones por ornato público, y por dentro se prescindan de la higiene? Palacios suntuosos, cuerdas espaciosas con termómetro, invernáculos con estufas, y casas donde no hay chimenea para la salida del humo, ni escusados, ni ventilación, ni aire suficiente para sus míseros habitantes. ¿La diversidad de méritos y de fortunas puede invalidar la identidad *fundamental* del hombre, que, pobre ó rico, ignorante ó sabio, muere ó enferma respirando un aire emponzoñado?

Porque el rico pueda regalarse, ¿es justo que las contribuciones, los transportes, toda la máquina administrativa y económica, toda la organización social puede decirse, tienda á rebajar las ganancias del pobre, á encarecer las subsistencias y á privarle de lo necesario fisiológico respecto del que tiene una *identidad fundamental* con el magnate?

Si el Sr. Castelar, repitiendo lo que otros han dicho, puede probar contra los socialistas que dos y dos no son cinco, también es fácil probar contra él que dos y dos no son ocho, y que la diversidad de aptitudes y de actividades que legitima la diferencia de remuneraciones no justifica las diferencias excesivas de manera que se prescindan de las igualdades *fundamentales* y de las necesidades fisiológicas. Hablamos de la inmensa mayoría de los obreros españoles, y no vale citar algunos centenares de miserables que lo son por culpa suya; en esto de culpa, unos son víctimas de ella, otros la explotan; y si hay pobres viciosos, también ricos que debían estar en presidio. No es ésta la cuestión; la cuestión es que los productos deben distribuirse sin prescindir de las dife-

rencias de los productores, pero tampoco de las semejanzas de las identidades fundamentales; que hasta ahora en estas identidades no se ha pensado bastante, y que en adelante hay que tenerlas muy en cuenta para que la injusticia no engendre criminales y la civilización salvajes.

¿Quién no convendrá con el Sr. Castelar en que la paz armada es una causa de pobreza y de ruina? ¿Pero quién no ve que es también efecto de miseria moral é intelectual que esos ejércitos, y esos generales, y esos emperadores son productos patológicos de enfermedades sociales, y que mientras haya masas habrá quien las manipule con lágrimas y con sangre? El gran poder de hacer mal estriba en que las multitudes no comprenden su bien, y la increíble transformación del trabajador en soldado, de auxiliar de su padre en instrumento de los que le esquilman, de compañero de sus amigos en medio de reducirlos á obediencia indebida, de cooperador á la prosperidad general en auxiliar de la común ruina, esta transformación no sería posible si el pueblo fuese más ilustrado y estuviera menos hambriento; de todas sus debilidades nacen todas las tiranías. El Sr. Castelar dice que de ninguna manera hubiera ido al Congreso de Berlín, pero que, caso de ir, habría repetido al emperador Guillermo II aquellas palabras de Schiller: "Todos los Imperios del mundo no valen un átomo de libertad", y pedídole que devolviese la Alsacia y la Lorena á la Francia, y que remitiese los conflictos futuros á un tribunal europeo. Estas cosas son buenas para dichas en el teatro, ó en local que como teatro se toma, porque á los emperadores de veras no parece probable que se las diga nadie. ¿Por dónde imaginar que son mejores que los demás hombres, que se apoderan de lo ajeno y no restituyen sino rarísima vez, aun cuando la restitución habría de ser universalmente

aplaudida, cosa de que no podría lisonjearse ningún usurpador coronado? Si Guillermo II quisiera restituir á la Francia la Alsacia y la Lorena, los alemanes no lo consentirían y le execrarían en nombre de la patria. No se necesita gran conocimiento de la historia para saber que en la de todos los países puede (y debiera) haber un largo capítulo de *Necedades é iniquidades patrióticas*. El despota, lo repetimos, es un producto patológico, y en vez de pedirle la salud hay que ver de suprimir la enfermedad que le produce. Mientras los pueblos sean rebaños, sus pastores serán lobos con piel de perro ó con la propia. Hay que procurar la paz, el desarme, en parte al menos, pero no dirigiéndose á los opresores, á los explotadores,, sino á los explotados, á los oprimidos, haciendo comprender á los obreros por qué se unen y fraternizan vestidos de blusa, por qué se odian y se matan vestidos de uniforme, y cómo ellos son los autores de su miseria, de aquella parte al menos (que no es pequeña) consecuencia de dar sus más robustos hijos para que tengan por toda ocupación ensayarse en la manera de matar, y de dar una gran parte de sus bienes para arrojarla en el insondable abismo de los armamentos modernos. ¿La huelga de los ejércitos está próxima? ¿está lejana? Quién sabe. Lo que puede asegurarse es que mientras no la haya, los patronos se enriquecerán de la miseria y vivirán de la muerte.

El Sr. Castelar termina así su discurso: «Disminuid, pues (dirigiéndose en hipótesis al emperador de Alemania), el contingente armado; dadnos la paz social, primer término de la solución que pueda caber á inveteradas enfermedades sociales. Y vosotros, que me habéis oído con tan cordial atención, llevaos de mi conferencia estas cuatro palabras: desarme, arbitraje, paz y libertad.»

Es el caso de repetir con Hamlet ¡Palabras! ¡Palabras!  
¡Desarme! ¿Y cómo se ha de desarmar con los elementos que hoy existen, con los que existirán por mucho tiempo, con los que serían eternos si el pueblo no saliera de la miseria material é intelectual que hoy le abrumba? ¿Y mientras no se desarma, no se puede, no se debe intentar nada en favor de los que sufren hambre de pan y sed de justicia, para que su condición sea menos triste, y el desarme más factible? ¿No hemos de intentar nada para que los tributos sean menos onerosos, la Administración menos escandalosa, los alimentos menos caros, los andamios menos peligrosos, y los que se caen de ellos menos desdichados, hasta que el emperador Guillermo II devuelva á la Francia la Alsacia y la Lorena?

¡Arbitraje! Los débiles le piden, los fuertes le niegan, y sólo recurren á él hipócritamente cuando no entra en sus planes hacer uso de la fuerza.

¡Paz! La paz armada fuera y *dentro*, es decir, la paz mentida, es la que pueden tener, cuando la tengan, los pueblos con tantos odios en el corazón y tantos errores en la cabeza.

¡Libertad! ¿Qué es la libertad? No para todos significa una misma cosa esta palabra. Suponemos que para el señor Castelar libertad significará:

Sufragio universal;

Jurado;

Derecho de reunión;

Derecho de emitir y defender sus ideas de palabra ó por escrito;

Derecho de practicar la religión conforme á las propias creencias y respeto á las ajenas;

Derecho de no pagar más tributos que los legales, de no ser encarcelado, ni penado, sino conforme á la ley, y



á que en todo se atengan á ella las autoridades y los ciudadanos, etc., etc.

¿Y qué hace de todo esto el que no sabe su derecho; el que no tiene medios de hacerle valer; el que no piensa más que en comer, y como no come lo suficiente apenas puede pensar en otra cosa; el que llama piedad á la superstición; el que juez se atiene al ajeno juicio, y elector vota lo que le manda el amo, ó lo que le aconseja algún fanático que le extravía, ó algún especulador político que le explota? La libertad para miles, para millones de hombres, no es aún cosa práctica, está, puede decirse, en estado de grito. El pueblo la aclama por instinto y hace bien; tal vez la cree sinónima de justicia, y en esto se equivoca, porque la libertad *proclamada* y la libertad *realizada* están muy lejos de ser la misma cosa, y aun la libertad que se realiza es un poderoso elemento de la justicia, pero no es la justicia toda.

El Sr. Castelar, que se jacta de haber hecho tanto para *proclamar* la libertad, ¿ha hecho bastante para *realizarla*? Y aun realizada (en idea) en todas las esferas de la actividad humana, le atribuye un poder que no tiene; su ciencia social está un poco anticuada, porque ya no se cree que la libertad, cual otra lanza de Aquiles, cura las heridas que hace, al menos como la comprenden sus incondicionales partidarios. Se dice que la libertad no es la licencia, que tiene por límite la libertad ajena, el derecho de otro; pero si esta libertad es ilusoria, no puede ser práctica; si este derecho no está bien definido, la justicia tiene que intervenir para definirle, para que las cosas se aprecien tales como son, y se procure que sean como deben ser.

El Sr. Castelar se admira de que «pueblo tan por extremo individualista como el inglés... pueblo tan maduro

para la libertad, y tan deudor á la libertad... como Italia» hayan tratado de organizar y asegurar el socorro de los inválidos del trabajo, y llama á las reglas establecidas, y á las medidas tomadas, *reglamentación germánica é imitaciones desgraciadísimas del mundo alemán*. No entraremos á discutir si lo hecho ó intentado en Berlín y en Roma respecto á los obreros inválidos es todo digno de aplauso; pero sí consignaremos nuestra íntima persuasión, de que no son *imitaciones alemanas*, sino *imposiciones humanas*, las que impulsan, compelen á todos los Gobiernos á ocuparse de los que trabajando se han imposibilitado para trabajar.

¡Inglaterra contaminarse con el socialismo (asi le llaman) alemán! ¡Ella por *extremo individualista*! Precisamente por ese *extremo* y la inevitable reacción, Inglaterra, idólatra de los derechos del individuo, los atropella en ocasiones como no se haría en el continente, y toma medidas de las calificadas de socialismo, como no han tomado, ni probablemente pensado, los estadistas alemanes.

Estos y otros hechos deben enseñar á los individualistas que el orden no consiste en sufrir callando, ni la justicia en *dejar hacer y dejar pasar*, y que es preciso pensar en algo más que en lanzar anatemas contra el socialismo y gritar ¡viva la libertad!

CONCEPCIÓN ARENAL.

## ESTÉTICA DEL CARACTER

---

**E**L hombre no es el fundamento, pero sí la clave del Universo. Si él desapareciese, este mundo que nos rodea con su infinita y encantadora variedad, se desvanecería como un sueño. Quedaría la Fuerza, la Voluntad; quedarían las ideas eternas, las formas primordiales de las cosas. El mundo de los fenómenos sólo existe por el pensamiento del hombre. El tiempo, el espacio, la causalidad, categorías de su razón, son absolutamente necesarias, como lo ha demostrado de una vez para siempre Kant para que los fenómenos sean inteligibles. En el ser humano se opera la profunda y misteriosa división de sujeto y objeto, merced á la cual aparece el principio de individuación, y con él, del seno cautivo de la Fuerza, surge este vivo y brillante Universo poblado de existencias particulares.

De todas las formas visibles que adopta lo Absoluto, la Voluntad, la Fuerza, el principio divino ó como quiera llamarse á la esencia íntima del Universo, la más perfecta es el hombre. El ser humano lo representa y lo comprende todo en la vida. En él la Fuerza se hace consciente, llega á un claro y entero conocimiento de su propio ser, y al propio tiempo se reproduce ó se refleja como en un espejo. El hombre, como sujeto, es la condición invariable de

todo fenómeno, de todo objeto. El mundo es nuestra representación. No insisto en estos principios generales de todos conocidos y aceptados por aquellos que no viven prisioneros en los calabozos del materialismo.

La existencia de cada ser humano debemos suponer que depende de un acto libre de la voluntad divina para el creyente ó de la simple Voluntad para el que no cree. En este sentido es libre el ser humano, esto es, en cuanto es un acto de la Voluntad eternamente libre. Mas esa Voluntad, al manifestarse en él, adopta una forma determinada, que es la *idea* de aquel ser ó su *carácter*. Esta forma fundamental de todo hombre es lo que Kant llamaba su *carácter inteligible*, el cual se manifiesta por su *carácter empírico*, y éste á su vez por su conducta. El carácter inteligible es, pues, lo infinito, lo absoluto, la actividad eterna manifestándose en un individuo. El carácter empírico es esta misma manifestación desenvolviéndose al través del tiempo y el espacio en los actos de este individuo. La libertad que pertenece á la voluntad eterna y absoluta, no se extiende al individuo, porque éste sólo es un fenómeno, y todo fenómeno está sometido, como lo ha demostrado hasta la saciedad el inmortal filósofo que he citado, al principio de la razón suficiente, esto es, á la ley de causalidad y á las categorías de tiempo y espacio. Somos los fenómenos de una voluntad libre, pero no somos libres. El hombre irreflexivo, los espíritus groseros son los que se creen más libres. Como obedecen al primer impulso de la naturaleza, se consideran libres porque sus actos son la manifestación de una voluntad libre. Sólo cuando acude á ellos la reflexión entienden claramente que su acción ha sido absolutamente necesaria, lo mismo que la de toda fuerza natural. El perro que huye del castigo, si pudiera reflexionar se creería en libertad de huir ó de estarse

quieto. Spinoza dice que si una piedra arrojada al espacio por cualquier mano adquiriese de súbito conciencia, juzgaría que caminaba por su propia voluntad. Esto somos nosotros: seres en movimiento que no se acuerdan del impulso inicial. Estamos sometidos á la necesidad como todos los fenómenos de la naturaleza, y á pesar de nuestros deseos contrarios, de nuestros proyectos y vacilaciones obligados á desenvolver en el curso de la vida el carácter que la eterna fuerza nos ha asignado. El vegetal obra por excitaciones; nosotros por motivos. Ambas cosas son idénticas en el fondo; ambas son expresiones de la ley de causalidad, que en un caso es consciente y en otro no. Los motivos no son más que una forma especial de la causalidad; cuando ésta opera, en suma, por mediación del entendimiento.

En el hombre, la manifestación de la Fuerza eternamente libre se distingue de las otras manifestaciones en que no la percibimos solamente fuera, sino que, gracias á la conciencia, la sentimos dentro de nuestro propio ser. Y sentimos también que al manifestarse en nosotros ofrece una naturaleza determinada. Esta naturaleza especial ó individual, en virtud de la cual los mismos motivos determinan de un modo distinto á un hombre y á otro, es lo que llamamos el *carácter* de cada uno. Como este carácter no puede ser conocido sino *á posteriori*, ó sea por los actos que realiza, por eso Kant lo ha denominado *carácter empírico*. Este á su vez está determinado por el *inteligible* (la naturaleza misma del empírico), y es en realidad la base de todos los efectos que los motivos provocan. Lo mismo que todas las fuerzas naturales es primitivo, inalterable, impenetrable. En los animales, éste carácter sólo varía de especie á especie: en el hombre difiere de individuo á individuo. En el hombre es donde

únicamente vemos producirse la individualidad de un modo fijo, claro, interesante, apareciendo como una personalidad completa. En el exterior se expresa por una fisonomía bien determinada en cada caso. En el interior por una serie de cualidades buenas ó malas, donde se manifiesta la diversa manera que tienen de obrar en cada uno los mismos motivos. En los animales, el carácter de raza es el único que domina: conociendo un elefante se conocen todos los elefantes, salvo ligerísimas diferencias. Y cuanto más inferior es el animal, esto es, cuanto menos complicado sea su organismo, tanto más se borran estas diferencias de individuo á individuo. Lo que mejor determina la profunda división que existe entre el hombre y el animal respecto al carácter, es que el segundo, al satisfacer la necesidad genésica, no elige, no prefiere con vivo empeño una hembra á las demás hembras, un macho á los otros machos; mientras en el hombre esta elección adquiere tal importancia que es la pasión culminante de su existencia, el fondo de la trama complicadísima de la vida, el amor en una palabra. Sin esta facultad electiva, ¡adiós, arte y poesía; adiós los encantos de esta mísera existencia terrestre!: nuestro paso sobre el planeta se deslizaría triste, silencioso, lúgubre, empujados brutalmente á la generación por la mano inexorable de la necesidad. Esta satisfacción tan grosera en el animal, se transforma y se engrandece en el hombre merced á la elección, sobre todo cuando ésta es decisiva, violenta, constante, de todo el ser, como la de Romeo y Julieta, como la de Dido, como la de Eloisa, como la de Werther. Entonces en esta grosera necesidad penetra el elemento divino, deja de ser una apariencia para convertirse en realidad eterna. En la feliz y misteriosa y completa unión de un hombre determinado con una determinada mujer, se

expresa como en símbolo sagrado el profundo enigma del Universo; es aquella revelación constante por medio del *eterno femenino* de que nos habla el poeta. Mas para que esto se realice, menester es que el hombre constituya una manifestación particular y determinada de lo Absoluto ó de la Voluntad, sea cada una una idea, tenga, en suma, un carácter individual y no específico.

El conjunto de nuestro semejante se nos aparece, pues, como una serie de ideas particulares de la eterna Idea, como otras tantas voluntades, cuya raíz está en la Voluntad infinita. Esto sólo basta para concebir el profundo interés que para el hombre tendrá el conocimiento del hombre. Cada hombre no es tan sólo un modo particular de objetivarse lo Absoluto, sino el propio tiempo un modo particular de representárselo. Cada hombre lleva dentro de sí un mundo, esto es, una diversa representación del mundo; y en este sentido bien pudiéramos decir que existen tantos universos como seres humanos existen. Cuando esta reproducción del universo dentro de nosotros mismos es serena, desinteresada, una pura contemplación; cuando el hombre se convierte en simple reflector, olvidando su propia individualidad, entonces lo que percibimos no es el objeto particular como particular, sino la idea de aquel objeto, la forma inmediata y eterna en que lo Absoluto se manifiesta, ó lo que es igual, percibimos la belleza del objeto. Al comunicar esta impresión aparece el arte. Penetrar, pues, en el *carácter* del hombre es entrar en la esencia íntima del Universo, es conocer lo Absoluto del único modo que podemos conocerle, no sólo por ser el más alto grado de su objetivación, sino por ser además un reflejo, una *recreación* del mismo Universo bajo forma de representación.

Mas para que esto se realice precisa que la contempla-

ción sea desinteresada, que al penetrar en el carácter de cada hombre olvidemos la relación que éste carácter pueda tener con nuestra propia voluntad. Si no nos olvidamos á nosotros mismos, esto es, si en nuestros semejantes sólo vemos seres que pueden favorecernos ó perjudicarnos, seres *agradables* ó *desagradables*, entonces jamás sabremos lo que son. El artista es el único que puede penetrar realmente en el alma humana, conocer el *carácter* de cada hombre. No necesito advertir que el artista para mí en este caso no es sólo el que transmite sus impresiones por medio de la pluma ó del pincel, sino todo el que se impresione artísticamente, comunique ó no su impresión. El hombre vulgar, donde generalmente predomina el entendimiento por la constancia con que busca la relación de causa á efecto, puede penetrar el carácter empírico de sus semejantes deduciendo perfectamente de sus actos las cualidades buenas ó malas que las adornan. Aun suelen ser los más aptos para ello. Los políticos, los hombres de mundo, gente vulgar por regla general, son los que pasan por conocer mejor el corazón humano. Pero entrar en su carácter inteligible, apreciar aquella manifestación del Ser Infinito, en lo que realmente vale y representa, percibir la *idea* de un hombre determinado, contemplar su *belleza*, eso es privilegio divino del artista.

La esencia del carácter humano consiste, pues, en ser cada hombre una determinación particular, un fenómeno, una manera especial é individual á la vez de manifestarse el Ser Absoluto. Este privilegio de la individualidad, aunque sólo sea una pura apariencia para el filósofo, dado que, como ya dijimos, depende enteramente del tiempo y el espacio (*principium individuationis*) es el origen y el fundamento de todas las pasiones. Las acciones de cada hombre brotan necesariamente del choque de su carác-



ter con los motivos. No hay duda que los rasgos generales del carácter específico son la base de todos los caracteres: ciertas cualidades generales se encuentran en todos los hombres. Pero en la combinación de estas cualidades, en su diversa intensidad, existe siempre una diferencia que es la que determina el carácter moral. Del mismo modo nuestros rostros, con las mismas facciones específicas, se diferencian los unos de los otros. El *carácter* significa *necesidad*, como ya hemos indicado. El hombre está sometido á su *carácter* todos los días de su vida. Pero tiene un medio, como sabemos, de recobrar su libertad aun en vida; despojarse voluntariamente del privilegio de la individualidad, unirse con todo su corazón á Dios, como dice el cristianismo, ó perderse, aniquilarse en el nirwana, como enseña la religión de Budha. El santo es el único hombre libre; no tiene deseos ni pasiones; deja de ser un fenómeno, aniquila su voluntad.

Pensando en esto, algunas veces me he preguntado: Suponiendo que llegase un día en que la santidad penetrase en el mundo, en que todos los hombres, negándose á sí mismos, abandonasen el campo de batalla donde los seres luchan encarnizadamente por la existencia; en que el reinado de Dios, como Jesús lo concebía, se estableciese sobre la tierra, ¿al desaparecer la variedad de los caracteres y pasiones desaparecería con ellos el arte? A primera vista parece que, no habiendo choques entre los caracteres, cesando esa lucha sin tregua ni reposo en que los hombres viven á causa de sus pasiones, sosegado repentinamente el oleaje de la vida, no podrían subsistir más artes que la Arquitectura, la Escultura, la Música, y aunque muy debilitada también la Pintura. En cuanto al arte literario, la poesía épica, la lírica, la dramática, se me ocurre que no tendrían razón de ser.

Fijándose un poco, pronto se comprende que se trata de un sofisma. La argumentación es falsa porque la premisa lo es. La destrucción del *carácter* es absolutamente imposible. El hombre puede aniquilar *su voluntad de vivir* (ésta es la santidad), pero nunca su voluntad, que es la expresión necesaria de la voluntad suprema. Esta voluntad suya tiene una naturaleza especial é individual, que es lo que hemos llamado carácter. Por lo mismo el carácter es indestructible. Verdad que se dice que hay muchas maneras de ser malo y una sola de ser bueno; pero esto no es exacto. La maldad ofrece mayor relieve á los ojos de un observador vulgar; pero la bondad también lo tiene para quien sabe contemplarlo. Todos los grandes artistas han sabido pintar dechados de bondad sin que resulten copias los unos de los otros. Cordelia, Desdémona, Margarita, Clara, son buenas y bien caracterizadas al mismo tiempo; Coriolano, el Cid, el marqués de Possa, son almas heroicas con vida y carácter propios. Una prueba bien patente de que el arte literario no desaparecería con la santidad del género humano, está en la transformación que en aquél se ha operado al progresar éste. Aunque el hombre diste muchísimo aún de ser bueno, no ofrece duda que su inteligencia se ha esclarecido y su corazón se ha purificado gracias á la influencia de religiones más perfectas. Los hombres buenos, los héroes que pinta Homero, según el criterio hoy predominante, son unos bárbaros dignos del presidio. Ulises, el prudente y magnánimo, no es en realidad más que un traidor. Pues bien; los grandes poetas modernos, pintando hombres más civilizados con menos relieve en apariencia, han sabido hallar caracteres perfectamente definidos que nos conmueven y entusiasman como los héroes de la *Iliada* entusiasmarían á los griegos. Y es que la vista del artista se afina á medida

que el espíritu humano se acendra. Lo mismo que el ojo material descubre hoy más colores que en la antigüedad, así el ojo intelectual observa en los caracteres variantes y matices que para los hombres de las edades antiguas, aun para sus poetas, no existían. Compárense los caracteres creados por un Goethe ó un Byron con los que nos ofrecen los poetas de la antigüedad. Si Homero resucitase y leyese los proverbios de Musset, seguramente no los comprendería. Las damas y los caballeros que en ellos figuran con su ingenio refinado y su exquisita sensibilidad, serían para él seres tan extraños é incomprensibles como los habitantes de otro planeta lo serían hoy para nosotros. ¿Quién puede imaginar siquiera lo que el hombre será dentro de veinte siglos? Si su razón sigue progresando como hasta aquí, aunque no haya alcanzado la perfecta santidad, ni mucho menos, es indudable que existirá mayor distancia entre él y nosotros que entre el escita salvaje de las estepas de Rusia y el culto y refinado parisien- se. Muchos actos que hoy son corrientes y nos parecen lícitos serán para los hombres de lo por venir pecados abominables. Al compás que la conciencia se ilumina, sin perder nuestro *carácter*, percibimos la profunda é íntima conexión que existe entre nosotros y los demás seres. No otra cosa es en último resultado el progreso moral. El arte, como reflejo que es de la vida, seguirá fielmente todas las evoluciones del espíritu, extrayendo de ellas su belleza.

No hay peligro, pues, de que el *carácter* se aniquile. El hombre seguirá siendo constantemente un ser particular. La libertad que recobre en esta vida no puede destruir el matiz de su voluntad.

Sólo por la experiencia se puede llegar á conocer el *carácter empírico* del hombre. Por los actos de las personas

que nos rodean descubrimos ó inducimos sus cualidades. Aun á nosotros mismos no nos conocemos de una vez, sino de un modo sucesivo y por el estudio atento de nuestras acciones. ¡Cuántas veces nos engañamos respecto á las cualidades que poseemos! Nos juzgamos valientes, verbigracia, y cuando llega el momento de peligro retrocedemos, confesando que nos habíamos forjado ilusiones sobre nuestro valor. Por el contrario, nos juzgamos pusilánimes; y excitados repentinamente por el entusiasmo, por la vergüenza ó por cualquier otro motivo poderoso, realizamos un acto de bravura que nos convence de que no somos tan cobardes como habíamos pensado. Tampoco podemos decir de antemano lo que haremos en tal ó cual caso, porque ignoramos cuál será entonces el motivo más poderoso para nosotros. El que hoy lo es, por ejemplo, la dignidad y la honradez, puede muy bien mañana ceder el puesto al apetito sensual ó á la ambición por virtud de las circunstancias.

Pero si sólo por la experiencia conocemos el carácter empírico del hombre, incluso el propio, hay, como he dicho antes, un modo directo inmediato de conocer su carácter inteligible, su idea, lo que existe de verdaderamente real en él, pues que el carácter empírico no es más que una pura apariencia. Este medio es la contemplación artística. Merced á esta contemplación serena, desinteresada, averiguamos el secreto que encierra el corazón de nuestros semejantes y también el nuestro; la idea que reside en cada ser se nos descubre, dejamos de preocuparnos con su carácter empírico, que es el único que puede excitar alabanza ó vituperio, para fijarnos únicamente en la pura objetivación de la idea. Desde entonces ya no hay caracteres buenos ó malos, dignos ó indignos. El artista no ve en ellos más que manifestaciones particulares de la

suprema voluntad, y á todas se une con igual interés. Shakspeare gozaría seguramente lo mismo al trazar el carácter de Yago que el de Cordelia. Por esta razón niego la existencia de los *caracteres poéticos*, de que nos hablan casi todos los estéticos. Todo carácter es poético así que lo ilumina el rayo de luz de la mirada del poeta. En otra parte he explicado esto con algún detenimiento (1). No es que el poeta comunique al carácter que contempla las cualidades de su propio ser, como parece á primera vista, dotándoles de fuerza ó sensibilidad si él es fuerte ó sensible, sino que es el único que puede apreciar las formas fundamentales que existen en el ser humano, el que realmente puede ver el hombre interior y penetrar el gran misterio del paso de la libertad infinita al fenómeno finito. Se dice que el poeta lleva en su alma el germen de todos los caracteres posibles: en cierto modo es exacto; porque si no llevá todos los caracteres posibles, lo cual le identificaría con el Ser Infinito, lleva mejor impresa en su alma que los demás seres particulares la idea, la forma general de la humanidad. De otra suerte no podría reconocer en los demás más que su propio carácter. En todos los hombres la humanidad adquiere la conciencia de sí misma; más esta conciencia, que en la mayor parte de ellos es obscura, caótica, alcanza en el poeta viva y sorprendente claridad al mismo tiempo que su expresión más adecuada. Una mirada basta para iluminar el alma del poeta; detrás de ella ve un mundo de inocencia ó de perversidad, de fortaleza ó debilidad. Por el dato más insignificante reconstruye el carácter de otro hombre, lo contempla en su unidad. Si así no fuese, ¿cómo podría Shakspeare ofrecernos un número tan grande de caracteres diversos, desde

---

(1) Véase el prólogo á *La Hermana San Sulpicio*.

las formas más groseras y perversas que el espíritu humano adopta, hasta las más ideales, y todas ellas con tal vida y movimiento?

Una pregunta se presenta ahora de grandes consecuencias para la estética del carácter. ¿El novelista puede crear caracteres (1)? Es opinión muy corriente, y autorizada por bastantes pensadores, que el hombre presta á sus semejantes las cualidades que él mismo posee. Sthendal, en su libro sobre el amor, llama á esta operacion del espíritu, cuando recae en la mujer que amamos, *cristalización*, tomando ejemplo de lo que sucede cuando sumergimos una rama de árbol en un pozo de sal. Al cabo de algún tiempo, si la sacamos, la rama se presenta revestida de una muchedumbre de cristalitos que la dan apariencia muy bella. De semejante manera nuestro espíritu va poco á poco revistiendo el ser que adoramos con los hermosos cristales de la poesía que reside dentro de él.

Siempre me he rebelado contra esta doctrina; me parece, no sólo absurda, sino sacrílega. Al aceptarla destruimos de golpe la realidad de la bondad y la belleza. ¿Será cierto que esos seres generosos, heróicos, sublimes, ante quien nos prosternamos, que nos inundan de pura alegría y nos revelan los inefables misterios del cielo, no tengan realidad alguna, no sean otra cosa que el reflejo de la poesía de nuestro corazón? ¡Qué triste y desconsoladora hipótesis! Afortunadamente no hay ninguna filosofía seria que pueda admitirla. Un pensador distinguido puede llegar á semejante conclusión arrastrado de su ingenio ó de su humor; pero un filósofo que con esfuerzo constante y metódico intente penetrar en el interior de la Naturaleza,

---

(1) Novelista y poeta para mí significan lo mismo. No hay diferencia esencial ninguna entre ellos.

la rechazará inmediatamente. El mismo Fichte no dice tanto. La eterna verdad existe antes de toda determinación particular, y en ella se manifiesta. La belleza de los objetos no es más que la percepción de esta bondad eterna por parte de nosotros. A menudo vemos un ser generoso, poético, rodeado de otros que le desprecian ó le miran con absoluta indiferencia. Llega el poeta, y queda enajenado de gozo y admiración ante él. ¿Consiste en que le presta sus propias cualidades? No, porque no hay razón para que se las preste á éste y no á otro. Lo que hay es que el poeta está dotado de una visión más clara que los demás hombres, y merced á ella penetra súbito en la idea de aquel ser, donde mejor que en otros se expresa la esencia divina. Apartémonos, pues, de un vano y lúgubre escepticismo que envenenará nuestra existencia, y cuando tengamos la dicha de tropezar con uno de esos caracteres nobles y hermosos amémoslo de todo corazón, adorémoslo como un revelador del cielo sin pensar en que lo que amamos y adoramos sea nuestro propio espíritu, sino la eterna hermosura que en él palpita.

He dicho revelador, y debo explicar la palabra. El mundo no es otra cosa que una perpetua revelación. Las ideas, ó sean, según el sentido de Platón, las formas y las propiedades originales é inmutables de todos los seres, no se manifiestan de un modo abstracto, sino en una serie infinita de individuos. Cada individuo es un revelador, pero mucho más el individuo humano, punto culminante de la representación ideal. Y entre los individuos humanos aparece de vez en cuando uno en cuya alma el soplo divino se nos revela de modo más admirable y maravilloso, un faro que ilumina las tinieblas del camino. Estos espíritus reveladores en grado excelso son, á mi juicio, los árbitros de la historia humana, los que señalan nuevos derro-

teros al hombre y le guian al través de las edades. En este sentido puede decirse que la historia humana se encuentra toda en la biografía de sus grandes hombres. Confucio, Budha, Valmiky, Zoroastro, Sócrates, Homero, Mahoma, etc. Sabiendo lo que estos espíritus inmortales han pensado y han obrado, sabremos lo que ha pensado y obrado la humanidad. Cada espíritu superior representa una nueva forma de vida á la cual se adaptan los demás.

Según esto, tengo por errónea la doctrina de ciertos filósofos de la historia que prestan á ésta un sentido exclusivamente lógico, considerándola como un puro desenvolvimiento de las ideas, arrancando toda importancia á la iniciativa individual. Verdad que, en último término, lo único real que existe en el Universo son las ideas; mas hay que tener presente que la idea sólo se hace consciente en el espíritu humano. En la historia del hombre el individuo lo es todo. En él se encarnan las ideas, y él es al propio tiempo quien se las representa. Por eso juzgo más cercana á la verdad la doctrina contraria, esto es, la de los que identifican los hombres y las ideas. Pongamos un ejemplo que lo hará ver claramente. Nadie ó muy pocos dudan de que el cristianismo es la idea más grande que haya aparecido hasta ahora en la historia humana. Pues bien; ante todo y por encima de todo, el cristianismo es la persona de Jesús. Todos los principios morales, políticos y religiosos de Jesús andaban esparcidos por el mundo, algunas veces expresados también con elocuencia conmovedora. ¿Por qué ni antes ni después ejerció nadie una influencia tan soberana en la marcha del mundo como la que él ejerció y ejerce? Por la razón de que nadie supo fundirlos en su alma de un modo tan perfecto. Jesús no era un hombre que predicaba tales ó cuales ideas; era esas



mismas ideas hechas carne. Al revelar su doctrina no lo hacía por medio de razonamientos, no ofrecía á sus discípulos su opinión, se ofrecía él mismo. Amadme, porque yo soy la verdad. He aquí la síntesis de su predicación. He aquí también el secreto del carácter.

Si el novelista no crea los caracteres, puede elegirlos en la realidad. Y elige siempre aquellos en los cuales su vista espiritual penetra más libremente, los que le revelan mejor que los demás la idea que guardan. ¿Puede también combinar cualidades arrancadas á diversos caracteres para formar uno que no haya visto en la Naturaleza? Esta es una cuestión delicada que no osamos resolver de plano. Los que atribuyen al arte un poder creador, como Hegel y su escuela, claro está que no sólo admiten este procedimiento, sino también el de formar caracteres por abstracción, esto es, formando los personajes para las ideas que se aspira á poner en juego. A pesar del crédito que ha tenido y tiene esta opinión entre los que no somos materialistas, confieso que me repugna. Rechazo por completo la creación de los caracteres; en cuanto á la combinación, aunque ya es otra cosa, pues se trata de trabajar sobre elementos arrancados á la realidad, tampoco me siento muy inclinado hacia ella. Bien sé que es muy frecuente en el artista este trabajo de combinación; mas sin que pueda demostrarlo, estoy convencido de que los caracteres más interesantes que admiramos en las obras de los grandes poetas ó novelistas no se han formado por tal procedimiento. El artista arranca un carácter de la realidad y lo idealiza dentro de su espíritu, no en el sentido de que le comunique cualidades que no tiene, como supone el vulgo de los críticos, sino en el de ver claramente la idea de aquel carácter cerrado para los que carecen de esta perfecta visión. Los que se han formado por combinación no

tienen la *riqueza*, la *vitalidad* y la *fijeza* (cualidades exigidas por Hegel á los caracteres) que éstos. La Naturaleza combina mejor las cualidades de un carácter que el novelista, del mismo modo que las aguas minerales que manan de la tierra son preferibles á las que preparan los farmacéuticos. Es cierto que los caracteres no deben ser de una pieza, como se pensó en ciertas épocas literarias, ni aun tener esa consistencia y unidad que con tal severidad les exigía Hegel, arrojando del paraíso del arte á los caracteres como Werther á título de enfermizos y vacilantes. El artista no puede excluir ningún carácter humano. El destierro de Werther ha sido tan injustificado como absurdo, y la prueba de ello es que, á pesar de la sentencia del maestro, la humanidad sigue admirándolo y gozándolo. Pero hoy los novelistas han exagerado la complejidad de los caracteres: para mostrar una observación refinada no tiene inconveniente en atribuir á un mismo individuo una porción de cualidades diversas y contrarias observadas en hombres distintos. El vulgo cae en el lazo; pero á un ojo experto y perspicuo no se puede ocultar cuándo un carácter está tomado de la realidad ó cuándo es producto artificial de combinaciones sabias.

Tampoco estoy de acuerdo con otra idea modernísima, llevada á la práctica por los novelistas llamados naturalistas: la de que es lícito hacer héroe ó protagonista de una novela á un carácter insignificante á un hombre cualquiera tomado al azar entre la muchedumbre que nos rodea. Esta opinión y esta práctica no son más que una consecuencia de la reacción operada contra el arte romántico. Los antiguos novelistas excluían de sus obras á los caracteres que no estuviesen señalados por alguna cualidad brillante; y como esta exclusión era injustificada, los modernos, exagerando la idea contraria, los han

transformado de golpe en protagonistas. Rechazada la teoría de los caracteres poéticos, la importancia que cada uno pueda tener en la obra literaria entra ya en la técnica especial de esta obra. Así como á nadie se le ha ocurrido hasta ahora hacer héroe de un poema épico á un hombre insignificante moral y físicamente, del mismo modo es mi sentir humilde que yerran los que lo hacen protagonista de una novela, que es la moderna epopeya. Creo que existe en los caracteres una jerarquía fijada por la naturaleza que el artista debe respetar. Pero ésta nada tiene que ver con la social: es una jerarquía íntima, misteriosa, que sólo el poeta comprende y aprecia. Quizá por confundirla con la otra los modernos naturalistas hayan caído en el error de no tenerla en cuenta en sus obras. Claro está que no es condición indispensable para el protagonista de una novela el ser un grande de la tierra, ni el poseer cualidades brillantes de espíritu ó de cuerpo que lo hagan notar pronto de sus semejantes; pero sí considero preciso que el héroe tenga una individualidad bien definida, que sea un *yo* determinado en primer, término; después que el poeta encuentre en él ciertas cualidades que le hagan digno del primer puesto en su poema ó novela, aunque estas cualidades se oculten á los ojos del vulgo. O lo que es igual, el héroe de una novela puede ser todo lo humilde que quiera el novelista, pero no un ser sin significación moral. Goethe ha hecho heroína de su inmortal poema *Fausto* á una niña pobre é ignorante y desconocida; pero esta niña tenía una altísima representación, que el poeta vió claramente y supo con arte divino hacer ver á los demás. En cambio Flaubert, uno de los jefes del moderno naturalismo francés, al hacer protagonista de su novela *La educación sentimental* á un joven vulgar por cuantos lados se le mire, dictó sentencia de muerte contra su pro-

pia obra. La insignificancia del héroe priva de significación á la novela. Los caracteres mal determinados cuyas cualidades nada tienen que llamar la atención del poeta, no pueden ser ejes de una acción si ésta ha de ofrecer algún atractivo. Nada tiene que ver en ello la pasividad. Hay caracteres pasivos que son interesantísimos y que atraen, con preferencia á todos los demás, la atención del lector. La misma Margarita de Goethe es uno de ellos. Otro es la Eugenia Grandet de Balzac, otro la *Petite Dorrit* de Dickens, etc., etc. El papel de víctima en general es interesante, y las mujeres, como más débiles, lo representan mejor que los hombres. Los novelistas, con mucha frecuencia, colocan el ideal moral en el espíritu de una mujer. El ideal moral redúcese en último término al amor, al amor de todo menos de sí mismo. La mujer, que tiene una naturaleza más amante que la del hombre, lo suele encarnar con mayor perfección. Dice Richter que la mujer es siempre menos individual que el hombre, y que ésta es la razón de que represente mejor el tipo moral en la humanidad. Si por menor individualidad se entiende menos voluntad de vivir, de luchar por la vida, estoy conforme; pero si se quiere significar que en ella la expresión de la voluntad, el carácter, es menos determinado, lo niego. Todos los seres humanos, hombres y mujeres, tienen una individualidad igualmente definida; todos llevan en su ser un matiz, un rasgo de lo infinito en que se refracta la Voluntad divina. Lo que hace falta es apreciar bien ese matiz, y esto repito que sólo lo hace el poeta. Si en un ser cualquiera se nos revela mejor la esencia del Universo que en los demás, ¿por qué hemos de decir que está dotado de menos individualidad? Según eso, cuanto más perverso es el hombre más individual. Esto sería identificar la individualidad con la maldad, lo cual es absurdo.

Los caracteres buenos, generosos, pueden tener, pues, una individualidad tan bien definida como los malos cuando hay quien sepa penetrar en ellos. Mas, por desgracia, estos caracteres generosos no suelen ser muy abundantes en el seno de la humanidad. Schopenhauer, arrastrado de su tétrico pesimismo, llega á decir que constituyen una excepción rarísima. «Si el poeta, dice, ha de ser un espejo de la humanidad, ha de producir sobre la escena caracteres malos, infames, locos, tontos, espíritus limitados, y de vez en cuando un personaje razonable ó prudente ó bueno ú honrado, y más rara vez aún, como excepción singularísima, una naturaleza generosa. En todo Homero no hay un carácter verdaderamente generoso aunque haya muchos buenos y honrados: en todo Shakspeare se encuentran uno ó dos y todavía su nobleza no tiene nada de sobrehumano. Son Cordelia y Coriolano; sería difícil contar más, mientras los otros hormigean.»

Hay mucho de cierto en lo que dice el ilustre filósofo. Al tender la vista en torno nuestro, generalmente nos tropezamos con seres que luchan por su existencia con el mismo ardor y afán que los animales. El egoísmo impera en la sociedad. Las perfidias, las infamias de toda clase se suceden ante nuestros ojos como al través de la historia. Á pesar de eso yo no creo que los seres generosos sean tan raros como el autor de *El mundo como representación y voluntad* supone. Es posible que esto dependa de mi modo de concebir la generosidad. Schopenhauer al parecer, considera solamente como naturalezas generosas las de aquellos que entregan su vida heroicamente por sus semejantes. Y, en efecto, los héroes son raros. Pero hay seres que sin llegar á la exaltación del heroísmo son verdaderamente admirables y adorables, quizá más que aquéllos. Muchas veces los que entregan en un mo-

mento dado su vida en favor de sus semejantes no resultan simpáticos al través de toda ella. Esto sucede con el mismo Coriolano, á quien cita Schopenhauer. A mi juicio, el sacrificio de la propia voluntad en todos los momentos, el exceso de amor á todas las criaturas, esto es lo que hace más perfecto, y también más simpático, al ser humano. El hombre tal cual lo concibe la doctrina cristiana es el verdadero hombre. El sencillo de corazón, el manso, el bondadoso, el humilde, el que se niega, en suma, á sí mismo en todos los instantes, ese es y será eternamente el que mejor representará á la humanidad. ¿Por qué la vista de un niño nos interesa tanto y nos conmueve? Porque en los niños se manifiesta con divina espontaneidad la voluntad eterna; porque en ellos reside únicamente la alegría de la vida. El que con el desenvolvimiento de la inteligencia conserva esta alegría, esta inocencia y espontaneidad, resulta siempre un hombre adorable. «El reino de Dios es de los niños y de los que semejan á los niños», dice el Evangelio. Desgraciadamente, esta inocencia y alegría se pierden en la mayor parte de los hombres con la edad. No varía su carácter inteligible (ya sabemos que es imposible), pero se manifiesta de joven con más espontaneidad que de viejo. Así el hombre bondadoso es más simpático en su juventud que en su vejez; sin dejar de ser bueno, la edad le priva de alegría y espontaneidad. Nos cuesta, por tanto, más trabajo penetrar en su espíritu; no se le cambia, pero se le «agria el carácter», según la frase expresiva del lenguaje popular. El hombre egoísta y perverso, es más odioso cuando viejo que cuando joven. El egoísmo del joven parece que viene más directamente de la naturaleza y no se nos presenta bajo un aspecto tan repugnante. Generalmente reviste la forma de petulancia, soberbia, fanfarronería: al llegar á viejo se

trasforma en cobardía, avaricia, traición. Los poetas y novelistas que merecen el nombre de tales suelen tener muy en cuenta estos cambios aparentes que el espíritu humano experimenta. Un ejemplo muy notable nos lo proporciona Shakspeare con ciertos personajes que presenta en diferentes edades de la vida. El conde de Northumberland en el drama *Juan II* es un joven petulante, valeroso, altivo. Este mismo conde, cuando aparece en los Enriques, ya viejo, es cobarde, traidor, sombrío. Su carácter inteligible, esto es, la raíz misma de su voluntad, no ha cambiado; en todas las edades es un hombre lleno de sí mismo, atento únicamente á superar á sus semejantes; pero en un caso este deseo se expresa de un modo directo con inocencia y espontaneidad, mientras que en el otro busca senderos torcidos y oscuros para manifestarse.

A semejanza de Shakspeare, los verdaderos poetas y novelistas saben estudiar y expresar estos cambios aparentes que el tiempo introduce en los caracteres, pero al mismo tiempo se guardan de atentar á su unidad. El instinto más que la reflexión les dice que el carácter humano es invariable. Hay novelistas, sin embargo, que no vacilan en atacar esta unidad, en destruir la raíz misma del carácter de un personaje, con tal de producir impresión más viva en el lector. Unas veces trazan caracteres que se nos ofrecen sombríos y perversos durante casi todo el curso de la obra; hasta que al fin de ella el autor, por arte de birlibirloque los transforma en arcángeles; otras sucede lo contrario. De todos modos, el que así obra no refleja con verdad el espíritu humano: no es, por lo tanto, un verdadero artista. Cierto que algunas veces nos cuesta trabajo penetrar en el fondo de los caracteres, que los hombres no son lo que aparecen á primera vista. El novelista puede lícitamente reflejar las diferentes impresio-

nes que nos produce un carácter. Pero el conocedor del corazón humano sabe muy bien que no pueden atribuirse á una misma persona acciones contrarias dados los mismos motivos, porque esto significa la destrucción de su carácter. El que ha sido una vez traidor no puede ser leal de corazón. Podrá obrar con lealtad en determinadas circunstancias, pero jamás el puro motivo del deber pesará en su alma más que el del interés individual. No existen, pues, caracteres que se engrandecen ni caracteres que se achican: el engrandecimiento ó empequeñecimiento de los caracteres no está más que en el conocimiento que tenemos de ellos. Si nos fuera dable penetrar de una vez en el carácter inteligible de una persona, sabríamos matemáticamente cómo habría de obrar aquella persona en todos los momentos de su vida.

Voy á decir muy pocas palabras sobre la presentación técnica de los caracteres en la obra de arte. Entiendo que es inútil, absurdo é irrespetuoso dictar reglas al artista sobre este punto. Cada cual los presenta como le inspira su ingenio; si éste es potente, la presentación será feliz; si débil, en vano es que le marquen derroteros ó procedimientos. Homero, Esquilo, Sófocles, Cervantes, Shakspeare, Goethe, Balzac, presentan á sus personajes de un modo diverso, y no obstante, siempre resultan llenos de vida y de fuerza. El carácter se expresa en la obra de arte, como en la vida, por actos ó palabras. En la combinación de los actos y las palabras es donde estriba la diferencia que separa á los poetas y novelistas en esta cuestión técnica. Suele usarse por los novelistas modernos de la escuela francesa de cierto procedimiento intermedio, que consiste en introducirse en el alma del personaje, é ir trazando los pensamientos que por su mente cruzan. Aunque no debe rechazarse por completo, lo encuentro



---

muy expuesto á falsedad. Generalmente, lo que van trazando los novelistas no son los del personaje, sino sus propios pensamientos. Así como el novelista necesita forzosamente un dato exterior para comprender un carácter, también el lector lo necesita. No basta que el novelista le diga que era de tal ó de cuál manera, que pensaba esto ó lo otro: es menester que él lo vea y lo sienta. Por la acción y el discurso se define el carácter: por el carácter se definen el discurso y la acción. Ésta y aquél han de ser perfectamente individuales. Tal es la única condición que puede exigirse al artista; pero ésta ya no entra en la técnica.

A. PALACIO VALDÉS.

# CARTAS AL SEÑOR DON JUAN VALERA

SOBRE ASUNTOS AMERICANOS

---

## III

**M**uy respetado señor: Queda, pues, hecha la indicación de que al escribir mi *Ojeada* yo no creía que hubiese habido en América una civilización perfecta, como no lo creo ahora ni lo creeré jamás: los mejicanos, los peruanos y los chibchas alcanzaron una civilización relativamente muy avanzada, que desapareció con la conquista;—he ahí mi pensamiento y mi creencia. Esa civilización fué gradualmente sustituida por otra de mucha más valía, cual es la cristiana; pero los conquistadores y los que continuaron la dominación sobre los pueblos sojuzgados han debido aprovechar para la historia las ciencias, las artes, etc., lo bueno que tuvieron los indios en estos ramos de los conocimientos humanos, y no arruinarlo todo, bien con intención, bien con incuria;—he ahí el principal fundamento de mi censura y mis quejas, en las cuales cree V. hallar un antiespañolismo que no existe. Puede que no haya dado con la verdad, quizás mi juicio sea extraviado; mas tratando de

puntos de historia americana, yo no he hecho otra cosa que lo mismo que pudiera hacer el español más español que, al examinarlos, antepusiera la razón y la justicia á todo sentimiento de nacionalismo.

Acerca de civilización se me vienen algunas ideas, que tal vez han madurado ya en otros cerebros y salido á luz, pero que con la venia de V. voy á ponerlas yo también en esta carta.

¿Ha habido alguna vez civilización perfecta? ¿la tenemos actualmente? ¿llegará á poseerla el mundo con el curso de los siglos? Ni la ha habido, ni la hay, ni vendrá jamás. Yo no creo en la perfectibilidad indefinida de la humanidad, porque no creo que se pueda ver nunca exenta de pasiones, vicios y errores. Unas veces la verdad y la virtud ocuparán el trono social, otras lo ocuparán aquellos monstruos; unas veces brillará admirable la inteligencia humana, otras habrá invasión de tinieblas. Jamás en el mayor esplendor de la cultura faltarán manchas de salvajismo y barbarie que prueben la caída y desgracia del hombre; jamás, por cerradas que sean las sombras que le envuelvan, dejará de brillar algún hilete de luz que pruebe la nobleza de su origen. La historia, la mejor de las maestras, pero la que tiene menos discípulos que aprovechen sus lecciones, nos enseña lo que han sido las civilizaciones antiguas y modernas; y respecto de la que viene desenvolviéndose en la actualidad, dueños somos de sondearla y juzgarla con conocimiento personal é íntimo. ¿Quién puede negar que los egipcios, sirios y persas fueron civilizados? Y, sin embargo, ¡cuánta prostitución, cuántas barbaridades, cuántas infamias entre ellos! Admira la civilización de los griegos, y, con todo, ¡cuánta grosería y crueldad entre los lacedemonios! ¡Cómo ni los atenienses mismos se hallaban libres de

torpezas y de barbarie! ¿La honestidad no fué por ventura desterrada de sus costumbres? ¿No se manchaba el mes Targelión con sangre humana, y Temístocles, el gran Temístocles, no inmolaba jóvenes á los dioses para que le hiciesen triunfar en Salamina? Admira la civilización de los romanos, y, no obstante, ahí se están escandalizando á la historia con su exclusivismo degradante de todo cuanto no es romano, con su crueldad para con los vencidos, con su institución de la esclavitud, con sus anfiteatros empapados en sangre de esclavos, prisioneros y mártires, derramada por diversión... En Grecia, en Cartago y otras partes, en medio de la civilización se sacrificaban víctimas humanas á los ídolos; en Roma, el pueblo era el dios en cuyas aras caía despedazada parte de la humanidad.

Bien, pues, señor: en Méjico, en el Perú, entre los chibchas se obraba de igual manera que en aquellas naciones; y si en éstas, no obstante, creemos que hubo civilización, no podemos negar que también la hubo entre los indios del Nuevo Mundo. Aquí se mataba gente como acción grata á las divinidades, al mismo tiempo que progresaban las artes y la industria, se estudiaba alguna ciencia y se organizaban gobiernos sobre bases regulares y duraderas. Quizás coincidía el *acto piadoso* de los cartagineses de arrojar niños vivos en el pecho candente de su Moloc de bronce, con el de los mejicanos de abrir el pecho del joven prisionero y sacarle el corazón palpitante en el altar de Tescatlepoca; tal vez al mismo tiempo que en el Indostán se obligaba á la viuda á quemarse en la pira de su esposo, en el Perú se sepultaba el cádaver de un Inca rodeado de un centenar de sus vasallos más queridos.

No deben pasar desadvertidos algunos hechos que

abonan á los indios americanos y los ponen sobre otros pueblos: esos indios daban á sus hijos educación varonil y austera, pero no los martirizaban, para dársela, como los Esparciatas á los suyos; entre los hijos del sol era usada la poligamia, pero no se ultrajaba el pudor y la decencia; como en muchos pueblos antiguos de Asia, Africa y Europa: en América, Priapo, Venus y Baco no tuvieron altares; los indios no tuvieron sacerdotisas rameraas como los asirios y egipcios; no conocieron las obscenidades de Pafos y Chipre, y si sacrificaron seres humanos, hicieronlo porque creyeron honrar de esta manera á sus dioses, no por diversión, como los romanos.

«Virgen del mundo, América inocente», exclama Quintana en la magnífica oda que V. recuerda. Verdaderamente, en ese concepto del cantor de la vacuna, como en otros que se le parecen y que yo también habré empleado en alguna de mis composiciones, puede haber más poesía que exactitud; pero tampoco hallo ésta en que V., para probar que América no fué inocente ni civilizada, cite un caso horrible de antropofagía. Este caso y otros muchos semejantes pertenecen á aquellas tribus que yacían todavía en completo salvajismo, no á los pueblos que habían entrado en el camino de la civilización. Consta de la historia que los incas miraban con horror la costumbre de alimentarse de carne humana, y la abolían severamente en las tribus que sometían á su imperio.

Que junto á los pueblos civilizados por los Toltecas y Aztecas, por los Incas y los Shiris, hubo tribus indómitas, bárbaras y comedoras de hombres, no se puede revocar á duda. La antropofagía continuó en varias partes hasta mucho tiempo después de la conquista; pero yo creía que había desaparecido, y que á lo menos en las regiones

amazónicas el último festín con carne humana era el que refiere el P. D'Étre en su carta de 1.º de Junio de 1731, inserta entre las *Cartas de las Misiones de la Compañía de Jesús*. Como éstas, no obstante su utilidad histórica y aun científica, ya nadie lee. y como me parece curioso el hecho que cuenta el P. D'Étre, voy á trasladarlo aquí. Después de decir que supo de boca de un indio, en el pueblo de los *Iquiavates*, orillas del Napo, que un español había sido «asado y comido» por ellos, añade: «Otro me refirió que pocos días antes de nuestra llegada, uno de estos bárbaros, viendo que su mujer era muy gorda, y que por no saber hacer la comida ni componer la bebida no le hacía los acostumbrados servicios, la mató, y con su cadáver regaló á sus amigos, diciéndoles que ya que en su vida no había servido sino de embarazo y enfado, era razón que, muerta, les sirviese de regalo.»

Mire V. ahí un caso parecido al de la *Crónica del Perú* citado por Leopardi «en apoyo de su negro pesimismo y desesperada misantropía». Pero ni el gran poeta italiano justificó su aversión á la sociedad con ese hecho, ni V. puede condenar á toda la Antigua América á causa del cacique antropófago de *Nove*, ni nadie habrá que pueda asegurar que todos los indios en el siglo pasado se parecían á los *Iquiavates* comedores de españoles y de mujeres gordas.

He dicho que yo creía que lo referido por el P. D'Étre era el último caso de antropofagía en las regiones amazónicas. En efecto, el Sr. D. Ricardo Spruce, inteligente botánico inglés, que recorrió durante diez ó doce años esas regiones y á quien conocí en 1859, me decía que no encontró antropófagos entre los salvajes que las habitan, sino venganza implacable y suma crueldad en sus guerras; mas que observó no eran extraños á algunas virtudes,

como la hospitalidad con los extranjeros y la fidelidad en sus compromisos. Con todo, un misionero francés, dominicano, que acaba de dar á luz una interesante obra sobre nuestro territorio oriental, refiriéndose á un cacique cristiano, cuenta un caso de canibalismo en una lejana tribu del Napo; caso que indudablemente no servirá para que V. juzgue mal de todas esas tribus.

Creo que en justicia no deberíamos asombrarnos mucho de que se cometiesen crueldades y acciones salvajes entre nuestros indios de ahora cuatro siglos, hasta en naciones que alcanzaron un grado más ó menos alto de cultura, cuando vemos que tuvieron iguales manchas otros pueblos de mayor civilización y hasta ilustres, cuando no se hallaban exentos de barbarie por la misma época aun las naciones bautizadas, y cuando hoy en día mismo, á pesar de los alardes que hacemos de progreso en todo sentido tanto en Europa como en América, no escasean las muestras de que la levadura del salvaje fermenta en las entrañas de la sociedad. Desde luego, casos como el de Tropmán, el de la calle de Fuencarral, los de Witechapel y otros mil, aunque son pluralidad respetable, pueden tomarse como aislados en atención al pasmoso movimiento y desarrollo de los adelantos del siglo; pero, con todo, son tristes manifestaciones del barbarismo que, bajo su brillante vestidura, ocultan las sociedades modernas. Otras veces, forzoso es decirlo, han acaecido sucesos no tan particulares que digamos, puesto que han tenido carácter social: bárbara fué la revolución francesa con que se remató el siglo xviii; barbaridades hicieron los franceses en Egipto y España; barbaridades cometieron los españoles en 1834 y en sus guerras carlistas; barbaridades hubo en la guerra de nuestra independencia; barbaridades en la guerra franco-prusiana y la revolución

comunista que le siguió; barbaridades en las revoluciones que han sacudido las repúblicas sudamericanas... Señor mío, nuestro famoso siglo XIX está rebosando barbaridades. ¿Y si estalla la guerra continental que tan inminente parece y tanto se teme en Europa?... ¡La guerra! Barbaridad de las barbaridades, antiquísima y novísima, en vez de desaparecer para demostrar que la humanidad ha llegado ó está próxima siquiera á su *desideratum* en materia de civilización, todos los días recibe auxilios para prolongar su existencia: ¡con qué afán se buscan y descubren los medios de matar más en el menor tiempo posible! He visto en no sé qué libro la peregrina idea de que en nuestros tiempos se ha *civilizado la guerra*. ¿Será menos salvaje matarse con pólvora y plomo que con flecha y pica, y asolar con dinamita que con fuego griego?

No quiero recordar otras cosas que me fuerzan á poner en duda el perfeccionamiento de la civilización moderna: pasen, pues, por alto el poco respeto del ajeno derecho, así de parte de los gobiernos como de los individuos; la libertad llevada al más deplorable abuso; la política informada por el egoísmo y la mala fe; la estadística de los delitos y crímenes que demuestra cuánto mayor es hoy el número de éstos comparado con los de años anteriores; el suicidio que alcanza todos los días proporciones alarmantes; el pauperismo, que devora las entrañas de los pueblos europeos; la embriaguez, que cunde hasta en la sociedad encopetada; el racionalismo, el socialismo, el nihilismo y otras sectas político-sociales que van carcomiendo todo orden en el mundo; el decrecimiento de los afectos nobles y tiernos; lo falso y deleznable de los cimientos de la familia á causa de la corrupción de las costumbres; la adoración de la materia y el olvido de todo lo espiritual y eterno; la filosofía que en vez de bus-



car la luz se hunde en el caos; la literatura que ha comenzado á revolcarse en las inmundicias del *realismo*; los caracteres, así el individual como el social, empequeñecidos y postrados... Todo esto veo yo en medio de las mil comodidades de la vida, del lujo, de la moda, del vapor, del telégrafo, de la luz eléctrica, de los magníficos palacios, de las suntuosas exposiciones universales, de los ruidosos centenarios, y me pregunto: ¿Es ésta la civilización? Y no puedo contestarme fácilmente, y me quedo meditabundo y al fin me aflijo.—Me aflijo, sí, porque termino por persuadirme que si es cierto, que si es indudable que tenemos civilización, y muy extendida y muy brillante y seductora, es una civilización puramente material y pagana, que embauca á la humanidad para que no caiga en la cuenta de sus miserias ni sienta el dolor de las asquerosas úlceras que le van consumiendo la vida. El único medio para que los pueblos lleguen á una civilización perfecta en lo posible es el Cristianismo; pero en vez de aprovechar de él, se trata con gran empeño de echarle á empellones de los hogares y de los pueblos. Todos los días se cumple aquello del Evangelio: *lux in tenebris lucet, et tenebræ eam non comprehenderun... In mundo erat, et mundus eum non cognovit*. Ha cerca de dos mil años el Cristianismo lucha por asentar en el mundo la civilización verdadera, y el mundo se resiste y rechaza el beneficio.

Pero esta cuestión compleja me va llevando lejos de lo que me propuse en mis cartas. Terminaré este párrafo asegurando á V. que no murmuro contra los adelantos modernos: para hacerlo sería preciso ser muy necio: yo los admiro y acepto la parte que de ellos me toca; pero sería preciso también ser muy ciego ó muy optimista para no ver el reverso de tan decantada civilización, y

por cabo destituído de juicio para no condenar las monstruosidades que la afean, y que agrandándose diariamente, hacen temer el retroceso de la humanidad al degradante materialismo y la mefítica concupiscencia de que la sacó el Cristianismo.

Volvamos á los indios americanos. Como V. ve, yo no defiendo, ni siquiera trato de atenuar sus barbaridades: lo que hago es rendirles justicia por lo bueno que tuvieron. No condeno tampoco la conquista, porque creo que los pueblos civilizados tienen derecho de extirpar la barbarie donde quiera que la encuentren; lo que yo condeno es la manera como se hizo la conquista, y sobre todo lo que se siguió á ella, el modo como se la afirmó y conservó. Que se extirpe la barbarie, que se desembarace la razón de las nieblas que la ofuscan, que se devuelvan los corazones á los afectos humanos y las almas á Dios, santas cosas; mas que para hacerlo se empleen también barbaridades, ¿cómo puede ser bueno y laudable? Hombres fueron los indios. y ¡cosa peregrina! Paulo III tuvo necesidad de declarar á los conquistadores, por medio de una bula, que los indios pertenecían á la especie humana. Parece que hubiera habido entre los conquistadores quienes juzgasen á esos desdichados semejantes apenas á los gorillas que hizo desollar Hannón en las Gorgonas. Y á propósito. Hannón creía de buena fe que eran mujeres las que había tomado; y mire V. con qué frescura refiere el *civilizado* cartaginés que las mandó desollar y llevó sus pellejos á la gran capital púnica, en donde, según Plinio, fueron colgados en el templo de Juno. El quiteño Rumiñahui, despellejador del Inca Illescas, se queda un poco atrás de aquel hijo de Dido.

Cuando uno lee la historia de Méjico, se siente con el corazón oprimido y el alma dolorida y casi desesperada

en vista de los torrentes de sangre humana derramados por el cruel fanatismo, y cuando llega á la conquista, siente el alivio de quien se despierta de una pesadilla infernal. Prescott tiene razón cuando dice: «En este estado de cosas, se debe ver un beneficio de la Providencia en la ocupación del país por otra raza que vino á librarlo de las brutales supersticiones que se extendían todos los días á par de los límites del imperio. Las instituciones embrutecedoras de los Aztecas son la mejor apología de la conquista». Mucho menos responsables ante la humanidad fueron los incas: aun los sacrificios de hombres y mujeres que, acogiendo las noticias de otros historiadores, trae el mismo Prescott, como que se hacían en los funerales de los Incas, son de dudosa certidumbre, puesto que Garcilaso y otros autores los contradicen. Con todo, no puede dudarse que la conquista emprendida y llevada á cabo por Pizarro y sus compañeros es justificable, como la de Hernán Cortés. El modo como Ataulpa fué atraído á Cajamarca, cómo fué apresado en medio del degüello de sus vasallos y después con tamaña injusticia estrangulado, no puede por menos sino indignar á todo hombre razonable y no desnudo de sentimientos humanitarios; pero injusto sería también negar que fué heroico y asombroso el valor de ese puñado de españoles que emprendieron el sojuzgar un poderoso imperio, metiéndose en su corazón, sin hacer el menor caso de los peligros y las dificultades que los rodeaban. Pizarro se había decidido á cometer una injusticia y se puso en situación de no poderla evitar: si no hubiese obrado como obró, haciendo ostentación de una fuerza de voluntad irresistible y del poder de las armas europeas, superiores á las de los peruanos, habría sucumbido sin remedio, dejando para los que después de él hubieran acometido la conquista

mayores dificultades, puesto que los indios no se habrían dejado sorprender y engañar muy fácilmente. Buena muestra de lo que en este caso habría sucedido son los Araucanos y los Pijaos. Igual aplauso merecen los conquistadores de Nueva Granada y Chile por su valor y abnegación, y Cortés, quemando sus naves para obligarse y obligar á sus compañeros á coronar una empresa temeraria, pocos rivales tiene entre los héroes del mundo. Respecto de los conquistadores del Perú, aún añadiré otro pensamiento: estorbaron sin duda que Ataulpa ensangrentara el imperio después de su triunfo sobre su hermano Huáscar. Aunque la sana crítica haya de disminuir mucho la acusación de Garcilaso contra el vencedor, pues según él éste casi exterminó la familia Inca del Cuzco (usted sabe que el historiador fué peruano y sobrino carnal de Huáscar, y que por tanto su imparcialidad es muy sospechosa), es preciso convenir en que el príncipe quiteño había heredado, junto con el talento político y militar de Cacha, su abuelo materno, también su genio vengativo é instintos sanguinarios, como lo probó con la matanza de Tomebamba, pueblo adicto á Huáscar. Es, pues, de creer que para completar y dar firmeza á su dominación sobre gente que debía continuar siéndole adversa, habría continuado asimismo de parte suya un sistema de crueldad y terror, á no haber caído los españoles sobre él á raíz de su última victoria. ¿Y quién sabe? Acaso aun cuando Ataulpa se hubiese portado de otra manera, si no se hubieran abierto en Cajamarca las puertas del imperio á la desolación de la conquista, habría continuado la desolación de la guerra civil.

Tal es mi modo de pensar. Es necesario hacer á los conquistadores toda la justicia que merecen, sin quitarles ni disminuirles su mérito, y reconociendo y condenando

al mismo tiempo «su atroz codicia y su inclemente saña», sin que sean parte á torcer nuestro juicio ni la rudeza de los tiempos, ni el ejemplo de crueldades parecidas de otros conquistadores, ni los afectos de raza y de familia.

Quien libre de preocupaciones y con ánimo discreto estudia la historia de la conquista y el establecimiento de los españoles en el Nuevo Mundo, no puede por menos sino admirar los esfuerzos del clero secular y regular por traer los pueblos descubiertos á la mansedumbre y cultura del Cristianismo, luchando á un tiempo contra las creencias y costumbres de los aborígenes, y contra los vicios y crueldades de la gente de armas y de otros que, con autoridad legítima ó sin ella, caían sobre los indios para despojarlos de bienes y vida, ó para esclavizarlos. Nótanse también faltas en el clero, pues hombres lo componían; pero casi desaparecen ante su caridad, prudencia y abnegación. Larga es la nómina de los mártires de Cristo en América. Entre los protectores de los indios, nunca se citará con sobrada veneración al P. Las Casas. Los frailes han prestado inmenso servicio también á las letras: la mayor parte de los historiadores de la conquista y aun de los que nos han dado noticias anteriores á ella fueron sacerdotes. También entre los que fiaron su suerte á las armas y á la fuerza brutal hubo mártires; pero fueron mártires de su codicia y ambición. ¡Qué terribles padecimientos los de Gonzalo Pizarro y sus compañeros en su expedición á las selvas orientales del Ecuador! ¡Qué muerte tan desastrada la de la mayor parte de ellos! Todo por su sed de riquezas, no porque tuviesen el más corto interés en buscar y atraer almas á la fe y la civilización. Estas eran nada para esa gente, y el oro era todo. La fe y la civilización sojuzgan con la caridad y la palabra; la

codicia arma el brazo del conquistador del acero y la tea. Con aquéllas hay vida, con éstos muerte.

¡Qué tiempo y qué gente aquellos, Sr. Valera! Yo creo que á V. ha de sucederle lo que á mí cuando los recorro en la historia. Me pongo en lugar de los españoles, y comprendo las impresiones terribles que debieron abrumarlos cuando presenciaban en Méjico el sacrificio de seres humanos, ó cuando contaban en un templo los ciento treinta y tantos mil cráneos de las víctimas antes inmoladas por los bárbaros sacerdotes de los ídolos; penetro el dolor de los indios cuando veían correr á torrentes la sangre de sus príncipes, el degüello que ejecutaban demonios encarnados como el viejo Carvajal, Pedrarias, Ampudia y otros mil, y la horrorosa esclavitud á que pueblos enteros eran arrastrados á perecer de hambre y de látigo; y no estoy menos en el corazón de algunos buenos españoles, sobre todo sacerdotes, que sin duda se angustiaban de muerte cuando veían tantas atrocidades sin poderlas contener ni remediar. Ya he dicho á V. que cuando leo las crueldades de los sacrificios religiosos de los Aztecas, me siento con el corazón oprimido y el alma dolorida; pues bien, lo mismo me pasa al recordar hechos como los referidos por el P. Fray Diego de Landa en su *Relación de las cosas del Yucatán*. (No quiero citar otros de varios autores, españoles como este Padre, porque sería interminable.) Dice, pues, lo siguiente: «Los indios recibían pesadamente el iugo de la servidumbre; mas los españoles tenían bien repartidos sus pueblos que abraçavan la tierra, aunque no faltava entre los indios quien los alterase, sobre lo qual se hizieron castigos muy crueles, que fué causa que se apocase la gente. Quemaron vivos algunos principales de la provincia de Cupul, y ahorcaron otros. Hízose información contra los de Jovain,

pueblo de los Cheles, y prendieron la gente principal y metieronlos en una casa en cepos y pegaron fuego á la casa y se abrasaron vivos con la mayor inhumanidad del mundo, y dize este Diego de Landa que el vió un gran árbol cerca del pueblo en el qual un capitán ahorcó muchas mujeres indias de las ramas, y de los pies dellas los niños sus hijos, y que en este mismo pueblo, y en otro que dizen *Verrey*, dos leguas del, ahorcaron dos indias, la una doncella, y la otra rezien casada, no por otra culpa, sino porque eran muy hermosas, y temían que se alborotaría el real de los españoles sobre ellas, y porque pensasen los indios que no se les daba nada á los españoles de las mujeres...» «Que se alteraron los indios de la provincia de Cochua y Chectemal y que los españoles los apaziguaron de tal manera que siendo dos provincias las más pobladas y llenas de gente, quedaron las más desventuradas de toda aquella tierra, haziendo en ellas crueldades inauditas, cortando manos, brazos y piernas, y á las mujeres los pechos y echándolas en algunas hondas con calabazas atadas á los pies, y dando estocadas á los niños porque no andavan tanto como las madres: y si los que llevavan colleras enfermavan, ó no andavan tanto como los otros, cortávanles entre los otros las cabeças por no pararse á soltarlos».

La cita de estos casos, similares de otros mil que traen los historiadores de la conquista, la he hecho sólo para que no me tache V. de inclinado á la *declamación* y el *sentimentalismo*, y porque en una de sus *Cartas* me dice: «Si después (de 1868) no hubiese V. modificado sus opiniones, *La Época* tendría razón en la advertencia que me hizo: usted odiaría á los españoles, y no sin fundamento, aunque erróneo. Desde 1868, V. ha cambiado mucho», etc. ¿Cómo puede haber cambiado lo que no ha

existido? Jamás pudo ser fundamento de odio á una nación en masa el mal que hicieron unos cuantos de sus hijos. Ni he cambiado tampoco en mi modo de juzgar los hechos; para esto sería preciso que cambiase la historia, ó que se hubiese estragado mi criterio moral. *La Época* se equivocó grandemente al juzgarme enemigo y odiador de España, y si V. cree que *La Época* tuvo razón, no se ha equivocado menos. Yo creo que Vd. está en uno conmigo en el juicio sobre la conquista—suceso heroico y grandioso y útil á la humanidad, pero afeado por vicios, errores y crímenes contra la misma humanidad. Y si no, si V. y yo nos enorgullecemos de ver traído por brazos españoles todo un continente al cristianismo y la civilización, ¿no es verdad que á V. como á mí se le han crispado los nervios y ha maldecido á los bárbaros que ejecutaron las matanzas referidas por el P. Landa? ¿No ha visto V. horrorizado como yo esas madres colgadas de los árboles, esos niños ahorcados de los pies de las madres, esas jóvenes estranguladas sólo por el delito de ser hermosas?

Pero esta carta va haciéndose eterna y Vd. debe estar ya aburrido. Perdón, señor, y hasta otro día.

J. LEÓN MERA.



## VERSIFICACIÓN POR PIES MÉTRICOS



### II.

#### LOS ENSAYOS MODERNOS.

¿PASA esto con los ensayos citados de MARTÍNEZ DE LA ROSA, LISTA, MAURY, MORATIN, y de varios otros más que siguieron esa vía hacia una nueva métrica española?

Nó. La nueva métrica se distingue de la usual y corriente en la carencia de acentos potestativos.

Analicemos desde este punto de vista la metrificación de MARTÍNEZ DE LA ROSA en la poesía titulada *El Triunfo*. Esta composición aparece toda ella formada por la repetición de un solo PIE MÉTRICO, compuesto de dos sílabas inacentuadas y una acentuada. Así:

- - /

El placer que rebosa en mi alma,  
Zagalas del Dauro, festivas cantad.  
El amor ha dejado los cielos  
Y el nido en mi pecho por siempre hizo ya.

Simbolizada esta cuarteta con los signos indicadores de

*carencia de acento* y de *fuerza acentual* resultará el esquema siguiente:

- - /	- - /	- - /	-
- /	- - /	- - /	- - /
- - /	- - /	- - /	-
- /	- - /	- - /	- - /

Lo mismo simbolizaríamos la siguiente cuarteta de la misma composición *El Triunfo*.

Y obsérvese que el 4.º pie (á causa de una verdadera cesura que en él se hace) pertenece al verso 1.º y al 2.º: la cesura no puede ser en él más marcada. Lo mismo pasa con el undécimo pie, el cual pertenece á los versos 3.º y 4.º, á causa de otra cesura.

En el bósque de nárdos y rósas  
al fin de mi amáda vencí la esquivéz;  
*Tuya sóy*, pronunciáron sus lábios,  
Y al púnto en sus lábios su aliénto espiré.

Y es muy digno de consideración que, mientras LUZÁN y HERMOSILLA, GONZÁLEZ y MÁS, y tantos y tantos otros, se esforzaban vanamente tras los fantasmas de los exámetros y los pentámetros, el pueblo español cantaba el Rosario de la Aurora en el metro mismo que adoptó para *El Triunfo* MARTÍNEZ DE LA ROSA.

Un devóto, por ír al rosáριο,  
desde úna ventána se quiére arrojár,  
y al decír «Dios te sálve, María»,  
se estámpa los sésos y nó se hace mál.

El demónio, como és tan travíeso,  
en úna bellóta se quiére metér,  
y su mádre le díce: «Demónio,  
en úna bellóta ¿como há de cabér?»

Apartemos la vista de lo imbécil del asunto, y hasta admiremos la irreverencia de la gente devota que madruga-

ba para cantar necesidades, cuando nó para darse de garrotazos y tirarse los faroles á la cabeza; mas fijémonos en la estructura de la versificación, y no podremos menos de convenir en que la MÉTRICA POR PIES había sido ya sentida por el oído popular.

Los decasílabos son también versos formados por repeticiones del ya estudiado pie trisílabo:

- - /

pero con esta particularidad: que este verso admite una sílaba inacentuada más cuando termina por voz llana;

- - / .

y dos más sin acento, si el resto termina por voz esdrújula: he aquí las tres variantes:

- - /	- - /	- - / ..
- - /	- - /	- - / .
- - /	- - /	- - / .

Véase un ejemplo:

Ya no admíro esa lúz en los árboles  
 Con que ¡oh Lúna! las noches encántas:  
 Tu las águas poténte levántas  
 En el vásto hemisfério del Súr.

El esquema de los versos anteriores es como sigue:

- - /	- - /	- - / ..
- - /	- - /	- - / .
- - /	- - /	- - / .
- - /	- - /	- - /

\*  
\* \*

Los dodecasílabos de RENGIFO con acentos obligados en

2.<sup>a</sup> y 5.<sup>a</sup>, 7.<sup>a</sup> y 11.<sup>a</sup>

son también versos constituídos por un solo PIE TRISÍLABO, compuesto de

una sílaba sin acento,  
otra con acento  
y otra sin él;

simbolizado así:

- / -

Además, este dodecasílabo tiene una corta pausa métrica después de la sexta sílaba y una más larga después de la duodécima.

- / -      - / -      - / -      - / -  
- / -      - / -      - / -      - / -  
- / -      - / -      - / -      - / -  
- / -      - / -      - / -      - / -

De pómpa ceñida bajó del Olímpo  
La diósa que en fuégo mi pécho encendió:  
Sus ójos azúles de azul de los ciélos,  
Su rúbio cabéllo de ráyos del sól.

Los pies últimos de los versos pares del anterior cuarteto tienen una sílaba menos; en lo cual se ajustan á la regla general de la métrica española, que quita una sílaba á todo verso terminado por voz con acento en la sílaba final.

También pudieran tener una sílaba más, á terminar el verso por esdrújulo; así:

- / - .

La frésca alboráda, de aljófar tus pétalos  
¡Oh rósa encendida! cubrió cual diadéma,  
A fín que brilláras del sól á la lúz.

- / -      - / -      - / -      - / - .  
- / -      - / -      - / -      - / -  
- / -      - / -      - / -      - / -

\*  
\* \*

El endecasílabo inventado por Moratín (*distinto del*

*usual y corriente*) está formado por la repetición del siguiente pie trisílabo, de carácter esdrújulo:

/ - -

el cual pierde una sílaba si el verbo termina en voz llana,

/ -

y dos si acaba en voz acentuada en la última,

/

Húyan sin trégua los años alígeros;  
Góce la tierra duráble consuélo;  
Míre á los hómbrs piadóso el Señor.

El esquema de estos tres versos es como sigue:

/ - -      / - -      / - -      / - -  
/ - -      / - -      / - -      / -  
/ - -      / - -      / - -      /

\*  
\* \*

De lo dicho se deduce:

1.º Que, dado un pie de tres sílabas, una de ellas con acento, y las otras dos sin ellos, no caben más combinaciones que las de los tres pies que acabamos de estudiar:

ó acento al fin:      - - /  
ó acento en el medio: - / -  
ó acento al principio: / - -

2.º Que al fin de verso estos pies pueden hallarse:

	En voz esdrújula.	En voz llana.	En voz de acento final.
inacentuada	- - / ..	- - / .	- - /
inacentuada			
acentuada			
inacentuada	- / - .	- / -	- /
acentuada			
inacentuada			
acentuada	/ - -	/ -	/
inacentuada			
inacentuada			

3.º Que un mismo pie puede pertenecer á dos versos por medio de la correspondiente cesura;

4.º Que hay dos clases de estrofas hechas con estos pies trisílabas:

estrofas de pies puros desde el principio hasta el fin;  
estrofas en que gana ó pierde una sílaba ó dos el pie final de cada verso.

## II.

Antes de seguir adelante, conviene aclarar una mera cuestión de palabras.

Podrá objetarse: ¿No hay contradicción en decir ahora *metrificación por pies*, cuando antes se dejó establecido que nuestra metrificación moderna es ACENTUAL y no CUANTITATIVA, como lo era la de los griegos y romanos? Si éstos medían por pies de largas y de breves, ¿cómo vamos nosotros á medir también por pies?

Pues precisamente por eso.

Porque ahora no se trata de *pies por largas y por bre-*

*ves*, sino de pies POR SÍLABAS ACENTUADAS y SIN ACENTUAR.

Los VERSOS de Grecia y Roma se fundaban en el elemento TEMPORAL. Los VERSOS de la España moderna se fundan en el elemento DINÁMICO. No pueden darse versificaciones más distintas. Y, sin embargo, ¿no llamamos

VERSO

á un exámetro y

verso también

á un endecasílabo? Y ¿habrá alguien que crea que se trata de cosas similares cuando se aplique la misma palabra

verso

á dos clases de combinaciones métricas de índole tan diversa *esencialmente*, cual la fundada en la relación temporal

:: 2 : 1

y la fundada en la relación de *intenso á suave*? VERSOS eran aquéllos: VERSOS también son éstos: la PALABRA es siempre la misma; pero los CONCEPTOS son tan distintos, que confundirlos sería igual á pensar que las galeras romanas de tres órdenes de remos eran iguales á nuestros gigantes acorazados, porque si aquéllas eran BARCOS también BARCOS son éstos.

Los romanos poseían ARMAS: ARMAS igualmente poseemos nosotros; pero ¿no sería sandio el imaginar, por la identidad de los vocablos, que los soldados de Roma iban armados de fusiles?

De pies métricos se componía la versificación antigua: con pies métricos se han construído estrofas en castellano; pero la metrificación clásica era de PIES POR LARGAS y POR BREVES, y la nueva metrificación castellana de que se

trata ahora resulta constituída por PIES de sílabas ACENTUADAS y sílabas sin ACENTUAR.

PIÉ MÉTRICO entre nosotros es sólo combinación de sílabas fuertes y suaves. Y ya que se admiten palabras de la antigua métrica, ¿por qué no admitir algunas más cuando tanta falta hacen?

¿Por qué no llamar

dáctilo

al pie compuesto de

acentuada,  
inacentuada y  
inacentuada

/ - - ?

¿Por qué no denominar

anapesto

al formado de

inacentuada,  
inacentuada y  
acentuada

- - / ?

Y, en fin, ¿porque no designar con el nombre de

anfibraco

al pie construído por

inacentuada,  
acentuada y  
inacentuada

- / - ?

Pero, digámoslo de una vez y para siempre: por estas



denominaciones (necesarias para la brevedad de la discusión) nunca ha de entenderse nada absolutamense relacionado con largas ni con breves, sino pura y simplemente grupos de tres sílabas, una con acento y dos sin él.

Hechas estas declaraciones para no dejar enemigos á la espalda, continuemos nuestra discusión.

### III.

La colocación de las pausas puede dar á la metrificación por pies una variedad copiosísima de que á primera vista no se forma idea.

En primer lugar: las pausas que exija el sentido no están ni pueden estar sujetas á reglas. Esto es de evidencia: no cabe que el poeta subordine las exigencias del pensamiento á los requisitos no sustanciales de la métrica.

¡Oh, mares! decidme: ¿qué fué de mi amor?  
 ¡Su letra! ¡su letra! Luz, Luz, ¿qué es de él?  
 Mi bien, mi consuelo, mi gloria, mi vida,  
 Mi Laura querida,...

En segundo lugar: las pausas métricas propias de la versificación por pies pueden no ser todas de igual duración. Ya hemos visto en el dodecasílabo de Rengifo que la del hemistiquio es de menor duración que la final de cada verso. Y claro es también que estas pausas finales de verso han de ser de mucha menor duración que las terminales de estrofa.

AMOR, murmurando		va el claro arroyuelo,	
las aves del cielo,		nos cantan AMORES	
del campo las flores		el aire embalsaman:	
También ellas aman.			

\*  
\* \*

Ahora bien:

La composición de estrofas por pies métricos es potestativa de cada versificador, quien puede distribuir, conforme se lo dicte su estro poético, las pausas métricas: (por supuesto de menos ó de más duración, según tales pausas sean interiores ó finales de verso, ó bien terminales de estrofa).

Y, por poco que se reflexione, la variedad que en esto cabe es extraordinaria.

Por ejemplo: del pie anapéstico puro

inacentuada  
inacentuada y  
acentuada

cabe formar la siguiente estrofa

- - /	- - /	- - /	- (I)	
- /	- - /	- - /	- (I)	
- /	- - /			
- - /	- - /	- - /	- - /	- (I)
- /	- - /	- - /	- - /	

Cual dispérsan las áuras termáles  
De nóche los núblos, y puéden  
Los ástros lucír,  
Así el árte hace vér y adorár idëáles  
Que errór insensáto llegó á maldecír.

Del filósofo utopia sublime,  
Si el arte en las formas que encantan  
No la hace encarnar,  
En prisiones viciadas anémica gime  
Sin serle hasta el vulgo posible llegar.

Como veis las divinas estrellas  
En lóbrega noche sin luna

---

(I) Cesura.

Brillantes lucir,  
Las doctrinas y utopías que el arte hace bellas  
Cual soles alumbran de eterno existir.

Otra combinación de pausas y de cesuras con el mismo pie trisílabo:

- - /      - - /      - - /      -  
- /      - - /      - - /      - - /  
- - /      - - /      - - /      - - /      -  
- /      - - /      - - /      - - /

¿Qué balanza pesar ha podido  
Las lágrimas mudas de oculta aflicción?  
¿Qué retorta destila el convulso rugido  
De celos que estallan en ronca explosión?

Y pues siempre ha de haber en el mundo  
Erráticas luchas de vicio y virtud,  
Vaguedades sin nombre de antojo infecundo,  
Insulto insolente y ultriz inquietud,...

¡Oh! dejad que ordenada cadencia  
Cual ley en el caos pretenda imperar,  
Ya que no en su recóndito ser ni en su esencia  
Siquiera en las formas del sacro rimar.

¿Metrofobia sentís, criticastros?—  
Sentidla:—¿Qué importa, si no ha de cundir,  
Mientras crucen el éter en orden los astros  
Y número y ritmo nos hagan sentir?

\*  
\* \*

El número de combinaciones, como puede presumirse, es inasignable, por depender solamente de la voluntad del poeta.

Y todavía ese número se dilata y extiende de un modo

que asombra, cuando, en vez de los pies métricos puros, se apela á la facultad de aumentar ó de cercenar sílabas á los pies finales de los versos. Por ejemplo:

- - /	- - /	- - /	- - / .
- - /	- - /	- - /	- - / -
- /	- - /	- - /	- - /
- - /	- - /	- - / .	
- - /	- - /	- - /	- - / -
- /	- - /	- - /	- - /

Hace un año que aquí en este escollo sentada  
Alejarse su barco miré desolada,  
Que allá en horizonte de brumas se hundió.

Y aquí vengo no bien amanece,  
Para ver si su barco de nuevo aparece:  
¡Oh Mares! decidme: ¿qué fué de mi amor?—

¡Qué huracán el de ayer! ¡Y aun la horrible resaca  
Embistiendo las rocas sus furias no aplaca!...  
...Así fué mi pena... y así es mi pesar.

Cuanto ansioso los ojos columbran  
Olas son que á las rocas rugiendo se encumbran...  
¡Frenética ruge también mi ansiedad!

Mas... ¿qué lanza en la espúma tan vivos reflejos?  
Ya lo he visto en las olas brillar á lo lejos,  
Flotar, esconderse, volver; luego huir...

¿Será acaso de náufrago errante  
La botella que al mar en el último instante  
Lanzó con la historia del trágico fin?...

¡Ya eres mía, botella del Náufrago! ¡Mía!  
¡Ya te tengo!... Y ¿acaso mejor no sería  
Mirarme en las olas hundida del mar?

¡Que luchar para asirme á esta roca,  
Y subir, y volverme á sentar ¡como loca!  
Sangrando los dedos de tanto luchar!

¿Qué hay, botella, en tu seno?... ¿Qué ocultas?... ¡Un rollo!  
 ¡Haz fragmentos sus formas, durísimo escollo!...  
 ¿Qué dice, Dios mío, tan triste papel?

Yo no quiero mirarlo. No quiero.  
 Se oscurecen mis ojos... ¡Ay, Luz! ¡Yo me muero!...  
 ¡Su letra! ¡su letra!... ¡Luz! ¡Luz! ¿Qué es de El?

«Por feroz huracán la balandra partida,  
 Un instante tan sólo me queda de vida,  
 Y tuyo este instante será hasta morir.»

¡Conque has muerto, amadísimo esposo!...  
 Pues venid ¡oh venturas de eterno reposo!  
 Rompientes, tragadme: no quiero vivir.

Pues con ser ya tan grande el número de combinaciones, todavía no se halla agotado. Aun queda á los neometrificadores el recurso de hacer SILVAS con un mismo pie métrico. Esto ha llevado á feliz término el joven poeta Fernández Shaw en su composición titulada ¿VOLVERÁN?

En esa poesía todas las estrofas son de seis versos, contruídos con el pie trisílabo anapéstico, cuya variedad de combinaciones venimos estudiando; pero ni una sola de las estrofas es igual á las demás en el número de los pies ni en el número y lugar de las cesuras.

Ya se van acortando las tardes, bien mío;  
 Ya más pronto las gotas del fresco rocío  
 Descienden al cáliz gentil de la flor;  
 ¡Ay! Ya el sol de mis sueños brillantes declina;  
 Ya muy pronto la negra y audaz golondrina  
 Se irá para siempre... ¡con ella mi amor!

¡Cuántas veces al ver sus bandadas  
 Entre nubes y mares lanzadas,  
 Girando y siguiendo su errante volar  
 He doblado con pena la frente  
 Pensando y pensando tristísimamente:  
 «¡Huyeron! ¡Huyeron! Mas ¡ay? ¿Volverán?»

Cuando el suelo se llene de flores,  
Y las selvas de alegres rumores,  
Y los cielos de espléndida luz,  
Y las almas de loca esperanza,  
Vendrán, como un sueño de dicha, que avanza  
Abiertas las alas, teñidas de azul!

Mas ¡ay! que en las playas que vieron su nido  
Murióse algún ave de amores y olvido,  
Y yo, con acento de horrible dolor,  
Diré sollozando: «Parad; peregrina,  
Golondrina, feliz golondrina,  
¿Qué fué de tu hermana? ¿Qué fué de mi amor?»

Ya se van acortando las tardes, bien mío;  
Ya más pronto las gotas del fresco rocío  
Descienden al cáliz gentil de la flor...;  
¡Ya se van deshojando las rosas!  
¡Por lo mismo que son tan hermosas  
Se van para siempre!... ¡Con ellas mi amor!

Cuántas veces al ver los fulgores  
Del sol, que sus hilos de ardientes colores  
Quebraba en las hojas del seco rosal,  
He mirado con pena sus flores marchitas  
Y he gemido con ansias de amor infinitas:  
«¡Huyeron! ¡Huyeron! Mas ¡ay! ¿Volverán?»

Cuando el sol oscurezca sus rayos sangrientos,  
Y lloren las lluvias, y giman los vientos,  
Cual notas perdidas de un triste lãud  
Que pulsa un anciano que trémulo marcha,  
Entre lluvias y vientos y escarcha  
Morirá, como muere la sombra en la luz...

Cuando torne á lucir Primavera,  
Si despunta un capullo siquiera,  
Diré con acento de horrible dolor,  
Mirando las hojas y el tronco marchito:  
«Tu vida fué breve, mi amor infinito...  
¿Qué fué de tu encanto? ¿Qué fué de mi amor?»

¡Qué hermosa! ¡Qué hermosa! ¿Por qué, vida mía,  
 No rasgas mis nieblas con rayos del día,  
 No ahuyentas mis brumas con auras del mar?  
 Yo soy desgraciado, yo soy peregrino,  
 Y pronto, siguiendo mi errante camino,  
 A un mundo que ríe me vuelvo á llorar!

¡Qué hermosa! ¡Qué hermosa! Tus ojos se han hecho  
 Con chispas de rayos, tu cándido pecho  
 Con flores del valle, tus labios con miel,  
 Tu voz con arpegios de notas perdidas...  
 Tus ojos parecen estrellas dormidas,  
 Tus labios las hojas de abierto clavel!

Yo tengo tres astros que alumbran mi frente,  
 Que animan el ansia constante y ardiente  
 Que salta en mi loco, febríl corazón,  
 Sediento de glorias; el sol por el día,  
 La luna que rasga la noche sombría,  
 De noche y de día tu imagen, mi amor!

Ya se van acortando las tardes, bien mío;  
 Ya más pronto las gotas del dulce rocío  
 Refrescan las flores con lánguido afán...  
 ¡Ya se van estas horas divinas!!  
 Ilusiones de amor... golondrinas...  
 Luces... flores... Mas ¡ay! ¿Volverán?

Con motivo de esta composición, personas que nunca habían pensado en la metrificación por pies se encontraron con una dificultad que les era insuperable, y que me expusieron cual si se tratara de un enigma.

Porque decían: «Si es una cosa sabida que de los versos de un número impar de sílabas no puede pasarse sin ofensa del oído á los versos de número par (y *viceversa*), ¿cómo es que en estas estrofas se pasa desde el verso de trece sílabas al de doce y al de diez, sin lesión de los oídos educados? Del endecasílabo se descende con placer

á sus quebrados de siete y de cinco, pero no al verso de ocho ni al de seis; del octosílabo se va bien al de cuatro; del de siete al de cinco; pero no del de ocho al de siete, etc., etc. ¿Por qué, si esto es así, el oído recibe agradablemente el tránsito de impares á pares en la composición de Fernández Shaw?»—No observaban que no existía contradicción entre lo uno y lo otro: los versos de que se trataba no habían de medirse por sílabas, sino por pies.

\*  
\* \*

Pero continuemos.

Parece que no cabía ya variedad mayor. Pues cabe. En la última composición todas las estrofas constan de seis versos, y sólo difieren en el número de pies y el lugar de las cesuras. Pues bien: para aumentar la variedad no hay más sino hacer que ninguna estrofa tenga nada de común con las demás, ni en el número de pies y de cesuras, ni en el número de versos.

Esto ha hecho Torres Reina en la composición siguiente, construída también con anapestos:

No me dés, Realidad, ese cáliz grosero  
Ni perturbes mi paz con tu prosa mezquina.  
¡Libarlo no quiero!  
¡Bastara una gota mi dicha á matar!  
¡Ay! Yo tengo una amante divina,  
Y ella es luz que la noche ilumina  
Del náufrago errante perdido en la mar!

Ella brinda un amor que jamás importuna;  
Sus miradas son rayos de lánguida luna,  
Y en ella no cabe doblez ni traición.  
Es su canto el rimar de los mundos,  
Y en su seno palpitan fecundos  
Los soles en germen de eterna creación.



Ella es goce en la tímida aurora;  
 Es dulzura en el pecho de virgen que llora;  
 Es anhelo de dichas que nada supera  
 Cuando cruzan los sueños de noche la esfera  
 Velada en los pliegues de oscuro capuz.  
 Es ansia que espera;  
 Encanto en la fuente; misterio en la noche;  
 Y en la perla gentil que titila en el broche  
 De flor entreabierta tesoros de luz.

Al mortal ella infunde ardimiento  
 Cuando al genio levanta inmortal monumento.  
 Ella hechiza con verde corona de hiedra  
 De las mudas ruinas la frente de piedra,  
 Y evoca á los tiempos que están por venir.  
 Ella canta tristezas y glorias,  
 Mezquindades, grandezas, dolores, victorias...;  
 Su aliento es el soplo de eterno existir.

¡Huye! ¡Atrás ese cáliz grosero,  
 No roce mis labios! Libarlo no quiero.  
 ¡Licor de reptiles, me causas horror!  
 Y tú ven ¡oh mi amante! que el alma te ansia:  
 ¡Oh, ven á mis brazos, amada Poesia;  
 Tan sólo tú eres, tú sola, mi Amor!

¿No es sorprendente tanta riqueza de pausas, cesuras y cadencias, con un solo elemento rítmico?

Los que, hablando de oídas (ó, más bien, de cosas leídas), se deshacen en loores de los versos antiguos, cuya magia nunca oyeron y cuya prosodia ni aun conciben, bien podían reservar algo de sus entusiasmos para los modernos recursos prosódicos.

Nosotros los españoles, que nos pasmamos de extrañeza al oír leer á los franceses los exámetros latinos, no comprendemos cómo ensalzan ellos las excelencias de renglones que pronuncian tan diferentemente de nosotros.

Si nosotros no les encontramos cadencia pronunciados

á la española, ¿cómo habríamos de encontrársela pronunciados á la francesa? Y no hay escapatoria posible: si nosotros los pronunciamos bien, ellos los pronuncian mal, y, por tanto, se entusiasman con horrores. Y como los demás modernos los pronuncian á su modo, júzguese de la cadencia que los versos antiguos tendrán en lengua ninguna actual.

Y, sin embargo, autor francés hay que dice lo siguiente:

«Uno de los ritmos más felices, procedente de los aedas griegos, de quienes Homero lo recibió, es el ritmo del verso exámetro. Pudiendo variar desde trece hasta diez y siete sílabas, pudiendo tener cinco dáctilos ó nó tener más que uno, pudiendo reunir hasta cinco espondeos, ó bien emplear uno solamente, ES, según el modo de componerlo, lento ó rápido, majestuoso ó humilde, grave ó ligero. Ningún instrumento poético atesora tanta diversidad de cadencias.»

¡Cadencias! ¿Para quién? Si en vez de decir ES, hubiera el autor manifestado que ERA ó DEBIÓ SER para griegos y romanos, nada habría que observar; pero ¡decir ES, es un colmo!!

Y ¿no podría reservarse algo de tantas ponderaciones para la métrica por pies, silábica y acentual?

Resumamos.

Dado un pie cualquiera, por ejemplo, el anapéstico, tantas veces citado:

- - /

la variedad estará siempre en el derecho que goza el poeta de cambiar á discreción los lugares de las pausas, y el número de las cesuras, así como en serle potestativo

escribir con piés métricos puros, ó con pies aumentados en una sílaba ó en dos al final de cada verso.

## IV.

Mas aún.

Ha de considerarse que esta variedad inmensa se refiere únicamente al pie trisílabo anapéstico

- - /

formado por

inacentuada,  
inacentuada y  
acentuada;

y que nada hemos dicho todavía de los otros dos pies trisílabos: el anfibráquico y el dactílico,

- / -

/ - -

en los que el acento está, ó bien en medio de las dos sílabas inacentuadas, ó al principio de ellas.

Pues bien: ¿no es de evidencia que estos otros dos pies trisílabos son susceptibles también de multitud de combinaciones?

Véase un ejemplo del anfibráquico puro:

- / -

ó sea

inacentuada,  
acentuada,  
inacentuada.

Millares de voces que en falso  
Y en pro de egoísmos vitandos pelëan;  
La estatua infeliz de la ley  
Con negros crespones por siempre cubierta;

Infame oratoria al servicio  
 Del crimen sacrílego puesta...  
 Enconan las llagas del mundo  
 Y al hombre aprisionan en viles tinieblas.

Y á escape sus negros corceles  
 Azuza rugiendo la fúnebre guerra,  
 Que en pliegos escritos con sangre  
 Mentidos derechos y astucias ostenta:  
 Los pueblos sucumben y pasan  
 Al rudo turbión de la fuerza:  
 Las trompas del triunfo pregonan  
 Que el orden sus *vazzias* decreta...  
 Y el mundo ultrajado se enciende y se äira,  
 Gritando á los fuertes:  
 «¡Fealdad y mentira! ¡Fealdad y mentira!»

Millares de brazos, movidos  
 Al ritmo vital de benéfica idea,  
 Levantan los valles profundos  
 Y abaten los picos de indómitas sierras:  
 Las razas del mundo apartadas  
 En mágico abrazo se estrechan,  
 Y el seno penetra del Cosmos  
 La luz fecundante de vívidas ciencias.

Y el lino y la seda flexibles  
 Los rápidos husos del arte rodëan:  
 El hacha divide, silbando,  
 Del árbol potente la ruda corteza:  
 Se abate en el yunque el martillo  
 Y chispas sin fin centellëan:  
 Mordiendo el cincel en el mármol,  
 Las Venus y Ondinas modela...  
 Y atónito el mundo respira ventura  
 Gritando á las gentes:  
 «¡Verdad y hermosura! ¡Verdad y hermosura!»

Vease ahora un ejemplo del pie dactílico

/ - -

ó sea

acentuada,  
inacentuada,  
inacentuada,

con una sílaba de menos en cada final de los versos

1.º y 2.º      4.º y 5.º

y dos sílabas menos en los finales de los versos

6.º y 8.º

Núnca de niño consejos crispantes  
De hórridos ogros y fieros gigantes  
Quíse del ama parlera escuchar.  
Cólera cómica en mí se encendía,  
Y ódio invencible, pues siempre sentía  
Frígido miedo por mí circular.

Dábame lástima tanta criatura  
Muérta por ellos, y en fría pavura  
Ví sus imágenes lleno de horror.  
Ví trizas hechos los tiernos infantes,  
Vilos tragados... y odié los gigantes,  
Gréy de malsines, sin fe y sin honor.

Ménos temí de los gordos enanos,  
Róncos de voz y velludos de manos,  
Córtos de piernas y largos de piés;  
Que éellos á nadie jamás devoraban:  
Sólo á las gentes de noche asustaban,  
Grítos y saltos pegando después.

Jóven al cabo me hallé entre pigmeos,  
Sórdidos, cínicos, viles y feos...  
Víctima estúpida de hábiles fuí;  
Y ánsia sintiendo de paz y de amores,  
Quíse librarme de astucia y rencores,  
Y háрто de ofensas, de todos húi.

Y h́oy en mi casa tan śolo hay gigantes;  
Páso con ellos divinos instantes;  
Míl en mi cámara son mi solaz.  
Núnca perturban el bien de mis sueños;  
Síempre me brindan fruición halagüenos;  
Śolo por ellos me gozo en la paz.

Si hórrido espanto sentí cuando niño,  
Júbilo inmenso de inmenso cariño,  
Sáben mis próceres hoy producir.  
Néwton y Dárwin, y Homero y Cervantes,  
Shakspeare (1) y Arquímedes... son mis gigantes,  
Y ánsio tan śolo por ellos vivir.

E. BENOT.

---

(1) Pronúnciese *shékspiar*.

## REVISTA HISPANO-ULTRAMARINA

---

Cuestiones del momento.—La caída del Sr. Becerra y el estado de Filipinas: los Registradores de la Propiedad, los Ayuntamientos, la enseñanza pública.—Urgente reforma de la Dirección civil.—Un apotegma político de *El Imparcial*.—Sagasta y Castelar.—Nuestra polémica con el Sr. Merchán sobre las cuestiones cubanas.—El periódico *La Habana Elegante*.—Un despabilazo á *Fray Candil*.—Luz Caballero y su biógrafo Sanguily.—Los agravios de Cuba.—*Quod scripsi scripsi*.—Francisco Sellén, poeta cubano y emigrado.

PESE á nuestro propósito de no volver la mirada á la política interior, es para la ultramarina tan transcendental el cambio ocurrido en nuestro país, que debemos de felicitarnos hoy por que el Sr. Becerra haya vuelto al panteón de los ex-ministros, de donde en mal hora hubo de sacarle el Sr. Sagasta por exigencias de lo que se llama ponderación de fuerzas en la jerga de los políticos, cuando la fracción del Sr. Martos pedía participación en el Gobierno en nombre de media docena de partidarios, donde, en verdad, el Sr. Becerra descollaba como arbusto en tomillar. Había acertado también éste, con habilidad gallega de que es modelo el Sr. Montero Ríos, á formarse una especie de rancho aparte, que le permitió sacudir las sandalias cuando el antiguo Presidente del Congreso hizo con la mayoría sagastina aquellas diabluras que volvieron las cañas lanzas, y pudo así capear las dos últimas crisis parciales flotando sobre la cartera de Ultramar, con grave detrimento de la política sagastina y de su propio partido, á quien ayudó no poco á caer. Hale

reemplazado, por fortuna, un americanista inteligente y laborioso, D. Antonio María Fabié, conocedor profundo de nuestros problemas americanos y asiáticos, que es lo que más falta hace en un Ministerio que, aunque hasta ahora considerado el último por ser el de más moderna creación, maneja intereses morales y materiales de tanta importancia como el Gobierno entero, pues abarca y resume en sí la vida total de esos gloriosos restos de nuestro imperio ultramarino, que muchas naciones todavía nos envidian. En efecto, desde el gabinete de la plaza de Santa Cruz, puede hundirse ó levantarse nuestro crédito en medio mundo, comprometerse ó salvarse nuestro porvenir, y hasta nuestra paz interior guarda relación íntima con las cuestiones coloniales, de que sólo por prudencia recordaremos como ejemplo la insurrección de Yara, tan misteriosamente relacionada con la revolución española de 1868. Con medios distintos, costumbres y razas distintas, aquellos pueblos tienen sin duda análogas necesidades á las nuestras en ciertos órdenes de la vida, modificadas por lo que pudiéramos llamar el temperamento ó el medio ambiente en que se desarrollan, formándose así tan complejo y heterogéneo conjunto, que su administración viene á ser máquina complicadísima, de muy delicados resortes. Hay que haberla visto funcionar de cerca ó haberla estudiado á fondo con deliberada intención y especiales aptitudes, para saberla manejar medianamente, y, por desgracia, el abuso del parlamentarismo que venimos en España haciendo, muy rara vez permite la llegada al Ministerio de Ultramar de hombres que posean aquellas condiciones. Si el oportunismo y la evolución sistemática y constante pueden ser con fruto aplicados al Gobierno, en el ultramarino es donde esa aplicación resultaría más fructífera, si fuera factible llevar á él hombres ajenos á la política, sin compromisos



cerrados ni preocupaciones de escuela; hombres de pura y simple administración, en una palabra. Sectario ciego el Sr. Becerra, incapaz de acomodarse á otros moldes que los que recibió su inteligencia hace cuarenta años en los clubs y en los conciliábulos de la conspiración permanente, ni en su primer paso por el Ministerio de Ultramar, ni ahora en el segundo, ha sabido elevarse á la esfera del verdadero estadista, contentándose con realizar á trompón las preocupaciones y los compromisos inconscientes del sectario. *La democracia en el Ministerio de Ultramar*, de que se cree modestamente el Sr. Becerra genuíno representante, desde que publicó bajo este título coleccionados en 1872 sus primeros actos ministeriales, no entraña un solo principio nuevo ni menos fecundo aplicable á la administración ultramarina; antes por lo contrario, se reduce á un progresismo anacrónico é insustancial, que en la disminución de la influencia de los poderes públicos y de las clases elevadas mira el único remedio de los males de la patria. Dando hachazos en el viejo tronco, creen podar, rejuvenecer el árbol, cuando es destruído más bien, y abrir un hoyo en que nos vamos hundiendo lentamente. La doctrina de aquí trasplantada, sin reparar en las exigencias de la tierra ni del clima, produce allí el mismo efecto que en el reino vegetal las semillas europeas: raquitismo ó putrefacción. Para tales gobernantes no existen cuestiones de raza, problemas económicos, ni antinomias políticas en Ultramar, sino simplemente un *anima vili* donde meter el bisturí reformista á salga lo que salga. Fortuna ha sido para Cuba y Puerto Rico tener hoy representantes en el Parlamento que le han ido á la mano y puesto embarazos á la acción del Ministro de Ultramar, y desgracia el no tenerlos para Filipinas, que ha pagado esta vez las costas de la fiebre democrática del Sr. Bece-

rra, en términos que al Sr. Fabié ha de costarle mucho trabajo corregir. Allí no ha quedado títere con cabeza, ni institución sin su dentellada... excepto por supuesto el organismo superior, que era justamente el que más apremiantes reformas exigía; pero la democracia, que á todas horas está dispuesta á reñir con los institutos desarmados, es prudentísima con los que gastan sable de reglamento. Desde el Consejo de Administración, única rueda liberal de aquella incompleta máquina, que ha sufrido la sangría suelta de un Tribunal contencioso innecesario y ridículo, hasta la administración interior de los pueblos, donde se ha metido á mazo algo de Ayuntamiento á la europea, sin darle ninguna condición de vida ni engrane con lo mucho de tradicional y primitivo que subsiste y subsistirá siempre en aquella híbrida sociedad, no hay elemento del Estado que no haya vuelto en mayor ó menor escala al período constituyente, por obra y gracia del señor Becerra, que, como buen sectario, toma siempre la sociedad *ab ovo*, y como demócrata chapado á la antigua, necesita alardear de reformista, venga ó no venga á cuento. Así ha podido *El Liberal* de 14 de Julio, periódico nada sospechoso, burlarse de aquellos Ayuntamientos y del que los ha creado, con frases tan oportunas como exactas. «Al pasar de uno á otro hemisferio, dice, se pasa también de una á otra humanidad, y esto lo explica todo. Porque ahí la vida local es comunidad y aquí es aislamiento; ahí es relación, aquí ausencia de vínculos; ahí es organismo, aquí suma... Parecen estos centros de población filipinos salas de disección, cuando sobre la mesa se contemplan pedazos sueltos de organismos fríos ó grupos de nidos en el bosque de aves de una familia, pero entre sí desconocidas. Manila misma, con sus 300.000 habitantes poco más ó menos, ¡cuánto necesita todavía para ser ciudad!» Así

aquí, por estas cuatro capitales de Luzón, si á fondo se mira la cosa, *nadie ha deseado estos Municipios, nadie los ha pedido, nadie los ha soñado*. Y el derecho, ya lo dijo Goethe, primero se merece; después se conquista.»

De los Registradores de la propiedad había dicho meses antes otro corresponsal que andaban como papanatas por Filipinas buscando propietarios y propiedades, porque solo veían gentes medio desnudas y montones de cañas...»

Pero estas son filosofías demasiado abstrusas para los hombres como el Sr. Becerra, que entienden por democracia el volver patas arriba lo que está patas abajo, y viceversa. En cambio, las cuestiones verdaderamente fundamentales para el país, las que más afectan á su misma existencia, se han quedado sin resolver, siendo la monetaria, por ejemplo, tan capital é interesante, como que viene Filipinas hace años saldando sus cuentas en Europa con un 15 ó un 20 por 100 de pérdida, que para el comercio y para los intereses legítimos representa la negación de toda ganancia, cuando no la merma del capital mismo (1). Iniciada la crisis hace más de un quinquenio, reclamada con urgencia su solución por la Cámara de Comercio de Manila y por todas las corporaciones y clases del país, puesta en estudio en 1887 siendo Ministro el Sr. Balaguer, no sabemos que en tiempo del Sr. Becerra haya dado un solo paso, como no sean ciertas insinuaciones tímidas de empréstito, que agravarían las complicaciones de una circulación hoy ya muy difícil, con las verdaderamente cala-

---

(1) Justamente acaba de publicarse en Manila una *Memoria de la Cámara de Comercio*, donde su autor, el secretario de la Corporación, D. F. de P. Rodosedá, trata con gran detención este punto, insertando á la página 44 un *Estado del movimiento de los cambios en 1889*. Sobre Madrid oscilaron de Enero á Mayo entre 10 112 y 20. El término medio fué 14 de pérdida para Filipinas.

mitosas de la fiduciaria. Confiamos que el Sr. Fabié dedicará á este asunto la urgentísima atención que merece, al estudiar los peligros de varia índole que hoy rodean al Archipiélago, que no son pocos ni de un solo orden, pues entre las reformas de instrucción pública por el Sr. Becerra preparadas, las hay que hacen batir palmas de júbilo á escritores extranjeros de carácter sospechoso. Igualmente nos permitimos aconsejar al nuevo ministro que fije su atención preferentemente en los organismos superiores de las islas, cuyo enlace y armonía son tan necesarios para la buena marcha de aquel gobierno, que en su conjunto resultará antipático y nada conforme á los fines de la civilización moderna mientras no sea completa y absoluta realidad esa armonía. Creada la Dirección de Administración en 1874 para defensa y garantía de los intereses administrativos y de fomento, que tanto desarrollo van adquiriendo, y para contrapesar la exuberancia de facultades del centro Superior de las islas, únicamente en el Gobierno del ilustrado y discreto general Jovellar funcionó con desembarazo, sin sufrir mermas y extralimitaciones ilegales que hoy la tienen reducida á funciones impropias de su alta institución. Se la ha hecho impotente para que sea estéril, y el Ministerio de Ultramar viene cerrando los ojos á esta anulación sistemática, por razones que estamos ya cansados de apuntar en nuestros escritos sobre Filipinas. Cumple al Sr. Fabié suprimirla ó robustecerla con energía; que si la Dirección de Administración no ha de responder á los altos fines con que fué creada, no sólo rémora del buen servicio, será semillero permanente de disensiones y discordias, de anulación y desprestigio para los funcionarios civiles, convirtiendo en política una esfera que debe ser puramente administrativa. Nombrado hoy para su desempeño el Sr. Gutiérrez

de la Vega, hombre avezado al mando, y perito en las difíciles relaciones á que más arriba aludimos, pronto sabrá el Gobierno de su autorizada boca si el estado presente de la Dirección de Administración es algo más grave todavía que el que nosotros por prudencia nos hemos limitado á insinuar.

Con harta razón apuntamos al principio que el Sr. Becerra había contribuído no poco á la caída de la situación fusionista, pues la política ultramarina, aunque sea por desgracia en nuestro país un aspecto muy parcial y secundario de la general del Gobierno, entraña intereses tan respetables y produce corrientes de opinión tan hondas, que, aunque no las perciba el vulgo de las gentes ni de la prensa, minan por su base las más sólidas situaciones. Así lo había reconocido hace tiempo el Sr. Sagasta, á quien no pueden negarse perspicacia y habilidad, habiendo resuelto en la crisis de Enero último que el señor Becerra cambiase de cartera, si bien le faltó energía á última hora, como recordarán nuestros lectores, para imponerse á las genialidades del Duque de Veragua, empeñado en obtener el Ministerio de Fomento, al ya ex-ministro de Ultramar destinado, lo que dió ocasión á escenas poco dignas de la gravedad gubernamental en altísimos círculos, y en los políticos á hablillas no menos sabrosas. Este grave error de la situación recientemente caída, junto con la tutela de los republicanos posibilistas y aun de otros elementos peores, que estaba próxima á aceptar, justifica el cambio ocurrido, no ya ante la opinión serena y sensata, sino ante los principios que á los demócratas más obcecados se les escapa consignar en su despecho póstumo. *El Imparcial* mismo, que empezó su violenta campaña contra los conservadores con gritos de motín, de que nadie hizo caso, para acabar atacando al Sr. Cánovas

en lo que tiene de más alto y respetable, su reputación de político serio y de filósofo trascendental, escribía en 18 de Julio, contra lo que él llama *Sofismas canovinos*, este párrafo, que es de oro para nuestra tesis:

«Nosotros creíamos que la política se dirigía conforme á las necesidades de la nación. Pensábamos que si ésta demandaba Gobiernos de expansión, se encargarían del mando los liberales, y que *si las reformas de éstos, los impremeditados avances ocasionaban perturbación en la vida social y exigían un alto en la marcha y una situación de freno y resistencia*, vendrían al poder los conservadores.»

Pues ¿quién lo duda? Esa es la buena doctrina y ese justísimamente el caso en que nos encontramos. ¡Cuánto ciega la pasión, que hasta quita conocimiento y justifica al mismo enemigo á quien se combate! Claro está que si nosotros presentáramos sólo ahora el aspecto parcial de la cuestión ultramarina al hacer el proceso de la política caída, padeceríamos un *lapsus* análogo al de *El Imparcial*, pues por grandes que sean los errores cometidos por el Sr. Becerra, no existiendo aquí, sobre todo en materia colonial, una opinión poderosa é ilustrada, podría decirsenos que atribuíamos á pequeñas causas grandes efectos; pero tampoco se nos negará que las tintas sombrías del cuadro que hemos trazado, no sólo se acercan á la significación de un *impremeditado avance ocasionado á perturbaciones en la vida social*, sino que, en vez de ponerle alguna sombra ligera, ennegrecen más y más aquel conjunto, que iba á coronarse con una alianza, mejor dicho, con una subordinación funesta del Gobierno fusionista al partido y á las ideas del Sr. Castelar, incompatibles de todo punto con la Monarquía. Aun haciéndole la justicia, que nosotros no regatearemos al eminente tribuno, de

creer á puño cerrado en su buena fe y en la de algunos de sus partidarios, que quizás no lleguen á media docena, la historia y los hechos de ayer nos autorizan á dudar de su previsión, ya que no digamos de su inteligencia política, porque nos queda en el fondo del alma la sospecha de que él entiende perfectamente, y acaso mejor que nosotros, que la situación en que se ha colocado es verdaderamente fatal en el sentido griego, verdaderamente trágica, y sólo pone á prueba su hermosa palabra para buscar artificios, peripecias y *modus vivendi*, que retrasen la catástrofe. Así como en 1868 puso el huevo del federalismo, que le salió una anarquía tremenda, arrancándole aquella hermosa confesión, digna de un pecador y de un arrepentimiento tan grande como los de Saulo:—«Que mi patria me perdone y que la historia me olvide;»—así del huevo de república gubernamental que estaba poniendo ahora en el gallinero de los sagastinos inconscientes, le saldría Ruiz Zorrilla armado de punta en blanco. Cuando iba camino de Damasco se le apareció la sombra de Juliano, y desde entonces la fatalidad griega se ha apoderado del señor Castelar, que en vano lucha para apartarla de sí, porque le horroriza su destino. ¿Qué vale ni qué puede una gran palabra contra la lógica de la fatalidad? Quizás con la misma fe con que creía en 1868 que bastaba el talento oratorio para encajar á los españoles en los moldes yankees, borrar su historia de veinte siglos y formarles para su uso una república á la moda anglo-americana, de que él sería el Washington, sin dar, por supuesto, batalla alguna... personalmente, con la misma fe creyó al advenimiento del inolvidable D. Alfonso XII, que la robustez del restaurado trono y la tolerante política del Sr. Cánovas harían á los partidos republicanos abjurar sus intransigencias, contentándose con una aproximación más poética

que filosófica á sus ideales, una especie de crepúsculo de república, que así les permitiera ser auxiliares de la Monarquía como sustituirla en caso de tomar las gentes la cosa por lo serio, creándole á él una situación á lo Gambetta; y en efecto, no sólo no ha desarmado á los republicanos intransigentes, sino que los pocos que hoy están sin armas es porque las ocultan para trabajar y vivir, no porque los haya convencido el gran tribuno; y buena prueba de ello tiene en la crez de su partido, que es tan mínima, al cabo de década y media de constante propaganda, que no hacemos al Sr. Castelar ninguna ofensa comparándole, bajo este aspecto de jefe de partido, con el difunto García Ruiz, fundador del republicanismo unitario, consistente en su única é indivisible persona. Más aún tenemos que decir del Sr. Castelar, pues la ocasión se ha presentado. No contenta su buena fe con tamañas caídas y tan infantiles desengaños, todavía, en los momentos en que más pavoroso el problema social preocupa á todas las naciones europeas y espanta á todos los espíritus previsores, él sueña poder sacar al pueblo del Aventino dándole el sufragio universal, con la agravante circunstancia de que, como todo sueño es contagioso para los antiguos progresistas, embaucados y fascinados con su pico de ruiseñor, han obligado al Sr. Sagasta á vencer sus resistencias, que tanto le honran, y á proclamar un principio que nunca ha estado en su bandera; y todavía para ponerle un *invi* á esta obra desdichada, iba á encerrar á la Monarquía en una jaula de oro con el discurso que se le ha quedado en el cuerpo... gracias á Dios, á la opinión pública y quizás también, entre otros, á la prudencia de los hombres graves del fusionismo, que, con el Sr. Sagasta á la cabeza de un modo más ó menos visible, se resistían á dejarse llevar al abismo por un orador que parece por la fatalidad



predestinado á caer siempre de cabeza en él. Ya ve *El Imparcial* si ha sido bien aplicado y oportunamente desenvuelto su apotegma político, y si tan impremeditados avances, *que ocasionaban perturbación en la vida social*, no pedían á toda prisa freno para el tren y alto en la marcha. Él lo ha dicho.

Pensábamos ahora dedicar algunos párrafos á las cuestiones más apremiantes de Cuba y Puerto Rico, excitando al Sr. Fabié á estudiarlas en el mismo sentido que con las de Filipinas lo hemos hecho; pero sobre serle más conocidas y hasta familiares, pues ya hemos recordado que á sus notorias condiciones de aptitud reúne la de americanista activo y fecundo, inapreciable para el ministerio que desempeña, el deseo de apartarnos de la arena política, donde están planteadas hoy casi todas las cuestiones americanas, y deberes de cortesía con un ilustre escritor, que ha refutado en esta misma Revista recientes escritos nuestros, nos mueven á consagrar las últimas páginas del presente á defendernos de las censuras de que ha sido objeto nuestro examen de *La poesía lírica en Cuba*, libro del Sr. González del Valle, hecho en LA ESPAÑA MODERNA de Octubre de 1889. No nos han sorprendido semejantes censuras en verdad, pues ningún crítico español ha acertado hasta ahora á dar gusto á los escritores cubanos, que tienen una susceptibilidad extremada y acaso la pretensión de sernos superiores en cultura intelectual, porque en sus emigraciones á los Estados Unidos y en sus viajes más ó menos voluntarios por Europa, han aprendido de yankees y franceses á otorgarse modestamente á sí propios el primer lugar en todos los casos y todas las cosas. Si en yankees y franceses, que no carecen de títulos, llega el yoismo á hacerse insoportable, donde es puro reflejo, imitación pueril é insustancial ma-

nía, sube de punto su inoportunidad, por no darle otro nombre. No rezan de todo en todo estas consideraciones con el Sr. D. Rafael M. Merchán, que es el escritor á quien primero hemos hecho referencia, y tan excelente y conspícuo, que nos duele á par del alma, así el vernos separados de él por fundamentales cuestiones políticas, como el ostracismo que padece en Bogotá y para nosotros disculpa en parte lo acerbo, que raya á menudo con lo injusto de sus quejas contra España, como político, y la acritud de sus diatribas histórico-filosóficas contra nuestra raza, que es la suya, como pensador. Dícenos imparciales apreciadores del Sr. Merchán que en cierto volumen de *Estudios críticos* que ha publicado brilla la serenidad y alteza de su espíritu más que en sus *Cartas á Valera*, en *El espinar cubano y la segur Barrantina*, que le hemos merecido, y en otros trabajos sueltos de su pluma. De creer es ciertamente, pues notable estilista, profundo y erudito, únicamente la pasión y los intereses personales pueden anublar un tanto sus altas prendas.

Otros dos escritores se han ocupado en nuestro malparado análisis de la poesía cubana, que son un redactor anónimo de *La Habana Elegante* (número de 15 de Diciembre del año pasado) y otro que se oculta bajo el pseudónimo maloliente y tiznante de *Fray Candil*. Del primero hemos aprendido muchas cosas que no sabíamos y que nos vienen de perlas para amortiguar los golpes que el Sr. Merchán nos descarga en defensa de Luz Caballero, y poco más hay que decir de su artículo. Indígnale ante todo lo que dijimos de la mendicidad de Miguel Teurbe en Nueva York, á causa de su ostracismo, guiados por los datos biográficos que el Sr. González del Valle publica, porque toma por lo visto al pie de la letra la metáfora, creyendo que dábamos á entender que pedía limosna

de puerta en puerta, cosa que subleva á todo americano, para quien la riqueza es como un derecho natural congénito é imprescindible; una como ley de raza; y después de decirnos que así no se explicaría que Narciso López hubiera tomado por auxiliar de su expedición pirática á un pordiosero, se defiende en estos términos, que retratan á nuestro crítico de cuerpo entero, sin favorecer tampoco al poeta cubano: «Teurbe y Tolón, por motivos que hubieran hecho vacilar al hombre de voluntad mejor templada, se entregó, acaso por motivos más hondos que Espronceda, y no por exceso de imitación byroniana, á la embriaguez, que en este caso era una forma de suicidio estoico, más grande, si cabe, que el del ilustre Larra». Si fuera nuestro crítico de *La Habana Elegante*, como es posible, un discípulo de Luz Caballero, pues lo son casi todos los heterodoxos cubanos, tendríamos aquí una prueba más, aunque ya por cierto no nos hace falta, de las ideas religiosas y morales del insigne educacionista, como le llama en el mismo artículo por antítesis de la calificación de *pedagogo alemanesco* que nosotros le dábamos. Baza y mancuerna semejante del crimen con el vicio en son de defensa de uno y otro, pasa los límites de la extravagancia, no ya libre sino, anárquico pensadora, y si se agrega la calumnia de llamar borracho á Espronceda, resulta cabal y aun piramidal el parrajejo. Como éste hay muchos en el artículo de *La Habana Elegante*, sazonados y embutidos (*celà va sans dire*) de las calificaciones que tal gente nos aplica á todos los que no caemos de bruces ante sus ídolos; oscurantistas por aquí, retrógrados por allá, y aun de frailecos y patanes á borbotón nos apellidan. Supone además en mí *por la iglesia en que comulgo* (otra vez y mil) odio invencible *hacia la figura apostólica del gran educador cubano*, y á la deshecha

lanza la especie de que «un tribunal español ha declarado poco menos que gavilla de asesinos á los jueces que condenaron á Plácido», frases que por lo huecas resultan demasiado gordas y difíciles de justificar. Lo que á mí me atañe, ni me escuece ni me pica; pero lo del tribunal español, siento verlo en nuestra lengua impreso sin el documento oficial á la margen... para rectificar juicios históricos y compadecer más y más al desventurado cantor de la *Gudjivita del Yumury*.

Cuanto al otro crítico *Fray Candil*, que desentierra en los periódicos callejeros mis antiguas poesías con el delicado título de *Cojeras poéticas*, sin duda por vía de prólogo y entremés á la defensa de Luz Caballero, que en estos mismos días acaba de consagrarme, con su correspondiente salsa de ajenos y guindilla, en un libro titulado *Capirotazos*, sólo debo decirle que tenía yo justamente acotados otros suyos sobre mi mesa, y diputados para probar una vez más, si la ocasión se presentaba, la tesis que sostuve en mi examen de la *Poesía lírica en Cuba* (*Fray Candil* es de Puerto Rico). Tiene este *Fray Candil*, que parece se llama Bobadilla, y no lo digo por jugar de vocablos ó voquibles al modo de Sancho Panza, como él juega con mis pobres piernas, que yo no puse ciertamente de propósito bajo las ruedas de un carruaje, mientras él ha puesto de su libérrima voluntad el pábilo de su candil sobre el ilustre apellido que le dió su padre; tiene, repito, algunas felices disposiciones, que sin la menor duda ha viciado su educación política y literaria, infundiéndole amor á lo extravagante, á lo tortuoso, á lo insano, so capa de modernismo, de independencia intelectual, y en una palabra, de espíritu fuerte. Buscar la originalidad por este camino es echarse á la calle en cueros. Se llama ciertamente la atención así, pero todo el mundo dice: «¡vaya

un loco!» Si estuviera yo cortado por el patrón de éste y otros críticos de periódicos callejeros, que al mismísimo Cánovas le llaman tonto, cosa que está de moda entre ellos, parte por espíritu anarquista, parte por una flaqueza del alma que define admirablemente el Catecismo, y parte, en fin, porque tirar á lo más alto es como tirar al aire, que ni se ve la puntería ni el proyectil que gasta el tirador, bastábame ahora con coger cualquiera página de aquella manjorrada poética que con el título de *Fiebres* nos atizó el año pasado el candil de Bobadilla, y aun sin los truncamientos, amputaciones, comentarios y puntos suspensivos con que los críticos de este jaez corean los versos de sus víctimas, decirle al público: «Ahí le tienes, mírale; él mismo se retrata mejor que lo haría Madrazo». Va de ejemplo:

¿Quién quita que mañana sobre mi fosa  
 (¡Oh vida humana!)  
 Venga un perro y me huela  
 Y alce la pata...?

Esto no es imitar á Zola ni á ningún naturalista del mundo, sino ignorar simplemente que hay cosas bajas y sucias que pueden pensarse por escrúpulos de conciencia ó por cualquier otro reconcomio personal; pero ni en prosa ni en verso deben decirse, porque no son para dichas, aunque se haya tenido el mal gusto de apellidarse á sí propio *Fray Candil*. Ya aconsejó Quintiliano que se estudien bien los tiempos, pues los hay de callar y de hablar (*tempus tacendi, tempus loquendi*), y quien dice de los tiempos dice de las cosas, por lo cual acabamos de escribir aquello de echarse á la calle en cueros para llamar la atención. Supongamos, porque el caso es verosímil, que el perro consabido alza la pata y... etc. ¿Qué le importa á la humanidad? ¿qué á los lectores de *Fiebres*? ¿qué al

mismísimo *Fray Candil*, convertido ya en gusanera? Igualmente debía de saber él, que tanto entiende de coje-  
ras, que si las hay por falta de carne y hueso, también las  
hay por sobras, exuberancias y despilfarro, capricho  
de la naturaleza algo semejante á aquel de quien dijo un  
chusco

que llamamos rabones á los mu  
porque no tienen rabos en los cu,

y que, á las veces, más que un lisiado, cojea uno que an-  
da en zancos ó con botas desvencijadas. El broche de  
su libro, la última página de sus *Fiebres*, ya no es pútri-  
da, ni tifoidea, ni galopante, porque pasa tanto de los 42  
grados, batidores de la muerte, que ni con metro, ni con  
vara, ni con cana, ni con yarda puede medirse. *Ecce:*

En mis versos desgñados y sombríos  
En pedazos he dejado el corazón;  
No son versos académicos ni fríos,  
Que engendrados fueron estos versos míos  
Entre nubes de tristeza y alaridos de dolor.

Ya se daría el Sr. Bobadilla con un adoquín en los pe-  
chos por que fuesen académicos ó fríos. Siquiera serían  
versos.

Pero como yo no entiendo la misión crítica de ese modo,  
sino que me plazco en la alabanza justa y el alentador es-  
tímulo, máxime con los poetas americanos, cuando no tie-  
nen excesivas pretensiones, como suele suceder, cierro  
los ojos á las infinitas pruebas de mal gusto que ha dado  
el del candilejo en algunas de sus poesías, en los títulos  
de sus libros, en sus pseudónimos y hasta en la insania de  
hacer reir al público á costa de la mayor desgracia de mi  
vida, habilidad en ley de Dios reservada á los granujas  
de las plazuelas cuando dicen á los cojos: una, dos, tres...

y vuelvo á lamentar con toda mi alma los vicios de educación y de medio ambiente que esterilizan á un poeta que tal vez sabe encontrar los tonos de la pasión y de la verdad, cuando se entrega sin *arrière pensée* á sus sentimientos de hombre. Dudo yo mucho que Menéndez Pelayo, con quien dice haber consultado sus *Fiebres*, no le haya hablado este mismo lenguaje; y cuanto á sus *Capirotazos*, dudo más todavía que se los haya consultado, porque ese no es un libro de crítica, aunque así lo llame *El Imparcial* del 21, que para el género de *Fray Candil* siempre tiene abierto su almacén de alabanzas, sino una colección de insustanciales satirillas, donde lo que más abunda son justamente ripios, frases usadas y lugares comunes, de que sin ton ni son acusa á los demás. La propia cosecha de que habla el periódico, ensalzando la originalidad de Bobadilla, se encontraría asimismo en la era de *Clarín...* después de recogidas las parvas.

Y me apresuro á encararme con el Sr. Menchán para concluir, con tanto más gusto, cuanto que en su durísimo artículo apenas hay algún concepto que pueda personalmente lastimarme, sacando la discusión del terreno apacible y fecundo de los principios. Poco por desgracia mía sabe de mi humilde historia el Sr. Merchán, cuando cree posible que mi ideal de educación para los cubanos sea el que sintetiza, y bellamente por cierto, el Sr. Jackson Veyan, en su composición *Ni Francia ni Inglaterra* citada por mi censor, diciendo:

Lo terrible en las luchas de la vida  
es no saber rezar.

Impropia me parece de pensador tan hondo acusación tan baladí. De su injusticia no hablemos. Ningún ramo de la administración pública me ha merecido tanta atención en mi ya larga carrera, como la instrucción, y hombre de

mi tiempo, he hecho más por las Escuelas de Artes y Oficios que por las de Teología. Posible es que, en filosofía cristiana, eleve yo á apotegma lo que Jackson dijo en muy distinto tono, pues pienso, como Posada Herrera, que no se da al pueblo ningún pedazo de pan cuando se le da un nuevo derecho, que viene á ser en vulgar lo que en resumen y sublime compendio dijo el libro santo: el que atesora ciencia atesora dolor; pero soy hombre, no místico ni eremita, ni misionero, aquéjanme las flaquezas y necesidades de mi siglo, mayores aún para los que hemos nacido en este rincón del globo, que lleva sobre sí la responsabilidad de haberlo ensanchado y dominado, excitando la envidia y las malas pasiones de todos los pueblos; lo que, junto con la natural decadencia que sigue á todo extraordinario desarrollo, nos crea hoy una situación de lucha universal y permanente en todos los campos de la vida, para la cual, por las condiciones del tiempo, nos han de servir más, en mi opinión, los sabios y los estadistas, los industriales y los obreros, que los hombres de gran virtud y recta conciencia. Pienso, en fin, que si bien no vivimos de pan solo, necesitamos ayudarnos para merecer la ayuda de Dios. No tengo más que decir sobre este punto. Ni de España ni de América quiero yo hacer un *país de aleluyas*, sino de hombres. Si no lo sabe el Sr. Merchán, debía de imaginárselo. Más allá sin duda de donde pensaba ir le ha llevado, por lo visto, defraudando mi esperanza, el calor de la polémica, pues tratándose pura y simplemente de dilucidar si Cuba tiene una poesía propia, una escuela con caracteres determinados y definidos, y si España ha hecho bien ó mal en consentir que eduquen á los cubanos hombres como Luz Caballero, llega hasta negar que nosotros mismos tengamos poesía ni menos aptitud para la enseñanza. Me apena entrever en



el galano escrito del emigrado en Colombia un fondo de resentimientos, por no decir de odios, que se compadece mal con sus constantes alardes de rectitud, imparcialidad y españolismo. ¿Cómo, pensando y hablando así, podremos llegar á entendernos? Por fortuna las pasiones de los hombres, aunque tal vez en su camino las detengan, nunca consiguen cerrar el paso á la razón y la verdad.

Harto bien se me alcanza que con buena ó mala educación los pueblos modernos tienden á la libertad y las colonias á emanciparse; pero entre preparar este resultado con prudencia á precipitarlo con aturdimiento é inhabilidad, hay para los hombres políticos un abismo de responsabilidades. Éstas son las que yo señalaba. Que las encarné en el procedimiento observado en la Habana respecto á Luz Caballero, á quien *no vió venir* la generalidad de nuestros gobernantes; pues ¿no había de hacerlo así, si así lo exige la verdad histórica? Con prudencia un tanto sofística, guárdase muy bien el Sr. Merchán de extremar sus defensas de Luz Caballero; más aún: cita á su biógrafo Sanguily como quien va sobre ascuas. Unicamente se agarra bien á él cuando piensa ponerme en compromiso, aconsejándome que trueque contra el cura del Cerro de la Habana, que certificó *la piadosa mentira* de haber muerto Luz en el gremio de la Iglesia. Yo no tengo que tronar contra el P. Suárez, ni decir si obró bien ó mal; en su caso, probablemente hubiera hecho lo mismo, y aun creo que la Iglesia absuelve con gran facilidad pecados tales. También creo como el Sr. Merchán, aunque no por desdén al catolicismo, sino por honor de la humanidad, que se puede ser honrado, buen padre de familia y buen ciudadano fuera del gremio católico; pero no es ese nuestro caso ni el tema de nuestra discusión, sino el hecho. Conste, pues,

que está demostrada su exactitud, y que si el Sr. Merchán se anda por las ramas en esta materia, Sanguily, mucho más explícito, me da plenamente la razón y justifica por completo mis consideraciones. «Luz (dice) era un gran pensador y al mismo tiempo un ser profundamente afectivo. *Más tarde no fué más que un enfermo.* Hombre impresionable, recorrió un camino *no siempre en línea recta*, sino curva; *católico en su juventud*, ascendió á la más científica reflexión filosófica; fué un filósofo correcto de la observación y de la experiencia, y en ese momento de su trayectoria mental aparece *sensualista*. En cuanto cambió de medio abandonó sus guías eclesiásticas. Más tarde decaen *sus fuerzas físicas*, y entonces puede ser admirador de la *metafísica alemana.*»

¿A qué se reducen ahora las alharacas del Sr. Merchán por haber calificado yo á Luz de pedagogo krausi-parlante? Su mismo biógrafo, admirador, colega y correligionario (1), me autoriza, con repetidas y misteriosas alusiones á su enfermedad, á llegar á un punto á donde no llegué: á considerarle caso de medicina legal de los que entiende el Dr. Esquerdo. ¡Cuánto agradezco á mi censor anónimo de *La Habana Elegante* el haberme proporcionado esta prueba decisiva de mis argumentos, pues no conozco la obra de D. Manuel Sanguily, y ahora puedo ratificarlos agravando la torpeza de los gobernantes españoles con decir que no eligieron para entregar á Luz Caballero la instrucción de la juventud cubana el momento de su *tra-*

(1) Sobre este punto cuenta el Sr. Merchán una curiosa anécdota... «En el colegio de La Luz y en la clase de Religión se enseñaba el catolicismo *con lealtad*. Sanguily un día, en calidad de profesor suplente, se permitió exponer *algunas herejías* acerca del misterio de la Trinidad, y La Luz le prohibió que continuara ocupando la cátedra, ni aun con el carácter de interino. El Gobierno no consentía ataques al dogma, y La Luz nunca se apartó de la legalidad.»

*yectoria*, sino su peor estado patológico. ¿Eran fundadas mis acusaciones? Habíame bastado para hacerlas el conocimiento práctico de las *trayectorias* aquí recorridas por otros hombres semejantes, educados por lo general en los claustros ó en la Iglesia, que no siempre acierta á apartar á los jóvenes de los peligros del misticismo y de la afectividad, como hábitos, cuyo desarrollo excesivo conduce siempre á un estado anormal.

Y todavía tengo yo personalmente otro dato, que no holgará aquí por cierto, antes robustecerá mi tesis política. Libró á mi infancia la misericordia de Dios de caer en manos de un *educacionista* por el estilo, que desde el Seminario de mi provincia había pasado á profesar en una Orden religiosa, y libre luego por la exclaustación, tenía cátedra pública cuando yo abrí los ojos á la luz. Aunque progresista acérrimo, amigo íntimo de los Calatravas, los Gómez Becerras, los Alonsos y Landeros, hallaban en él los sanos progresistas de entonces algo que no les olía bien, y no ya mitras, pero ni prebendas, pudo arrancarles, sino algún destinillo civil de poco más ó menos para matar el hambre que le comía; y así, cayendo y levantando, aunque escritor de verdadero mérito, fué á morir en París, apóstata, amigo, correligionario y albacea de Augusto Comte. Llamóse en el siglo D. José Segundo Flórez, y como didáctico y pedagogo, podía muy lucidamente sostener la comparación con el de la Habana, pues no se le debe juzgar por su *Historia de Espartero*, libro de pan-lucrando escrito para la milicia nacional. Ahora bien; los mismos hombres que aquí tenían bastante sentido político y social para negar á Flórez puesto preeminente en la instrucción pública, se la entregaban en Cuba á Luz Caballero, donde era su influencia mucho más trascendente y peligrosa. Torpeza tal excusa comentarios.

Quisiera concluir, por no hacerlo con la paciencia de los lectores; pero es tan grave y tan honda la intención del artículo del Sr. Merchán, reproducido á mayor abundamiento en Bogotá en un elegante folleto, que cometería crimen de lesa patriotismo omitiendo ciertas consideraciones que aún me quedan en cartera. Que con Luz y sin Luz el espíritu revolucionario estaba latente en la Isla, me dice muy por extenso, recordándome intentonas y hechos históricos, para defenderle de mi acusación de haber formado, más que hombres, insurrectos para la manigua. Ellos existían, claro está; pero él los organizó y adiestró, por decirlo así, en el uso de las armas. A esto responde también por mí su biógrafo y admirador, ayudando al desconocido articulista de *La Habana Elegante*. «Allí (dice al hablar del colegio del *Salvador*, nombre por cierto ya simbólico y significativo) hirvió todo un mundo, grande de luz y de belleza; allí se realizó una *hermandad* sincera y fecunda; allí hubo *religión, ideal y patria...*; allí el entusiasmo encendió corazones para el bien y para el sacrificio; allí la fe reclutó *soldados para la lucha y mártires para el cadalso.*»

Basta. *Quod scripsi, scripsi*, y aún me quedé muy corto. El ser yo tan razonable que reconozca el derecho de los cubanos á mejorar su estado político, no se lo da á ellos á aplaudir en mi presencia la conversión de las escuelas de Cuba en cuarteles contra mi patria. Por ese camino, repito, nunca llegaremos á entendernos. Y menos aún cuando el Sr. Merchán dice bien claramente en la página 125 de la *Revista*, que la reconciliación sincera de los espíritus ha de fundarse en la reparación de los agravios de Cuba. ¡Agravios de Cuba! No parece sino que se tratara de otra raza que la nuestra, de gentes irresponsables de nuestros errores, esclavistas contra su voluntad, inmo-

rales contra su voluntad, mal gobernados contra su voluntad. El Sr. Merchán sabe mejor que yo que las responsabilidades á que me refiero son todavía un problema histórico. ¡Agravios de Cuba, en ocasión en que se defiende á un hombre que convirtió la enseñanza en puñal contra nosotros, que educó á los niños para la *conspiración y el cadalso*, como dice terminantemente Sanguily, aunque lo niegue un señor Prellezo, que escribió en Madrid en 1877 un artículo bastante malo, según el mismo Merchán! Me atengo á Sanguily, que fué también catedrático del colegio del *Salvador*, y que por lo mismo que recibió una reprimenda del maestro, al hacerse panegirista suyo de ultratumba, prueba tantas cosas nada edificantes, que sería enojoso aclarar. Repase el Sr. Merchán su propio párrafo, que dejo extractado en nota, agréguele aquel otro en que confiesa que Caballero *pudo ser* partidario de la independencia de Cuba, y los dos nos ahorraremos trabajo y los lectores hastío. Es tan naturalista el cuadro que nos presenta Sanguily de lo que pasaba en el colegio del *Salvador* de puertas adentro, que mis juicios de Luz Caballero me parecen ahora cándidos y hasta infantiles. Yo, ¿qué había hecho en mi artículo? Filosofía de la historia, llegando con verdadera longanimidad hasta dirigir las acusaciones más graves al Gobierno español, culpándole de la perversión de las inteligencias cubanas. Y ¿cómo se me contesta? Como aquel que responde á un saludo con una interjección, como el que perdona la vida al que le habla en paz y en gracia.

Porque verdaderamente en este escrito se nos presenta el Sr. Merchán á una luz que no esperábamos. Con habilidad incalificable defiende menos que otros al hombre que llevó á la manigua á casi toda la juventud cubana; pero en cambio pretende probar que Luz era mejor educador

que todos los elementos genuinamente españoles, que nosotros nada teníamos ni tenemos que enseñar á los cubanos, porque nos hacen falta maestros para nosotros mismos, y con genialidades de Campoamor, positivismos de Alcántara García y otros escritores análogos, sostiene que desde Quevedo hasta el romanticismo España no ha tenido un poeta digno de tal nombre, que es la mejor defensa que se le ocurre de los poetas de su país. ¡El—más eres tú—argumento del Sr. Merchán! ¡Si no protestaran contra él Quintana, Forner, Meléndez y los Moratines, que en el sentido americano pueden considerarse grandes poetas, y algunos lo son en todos sentidos, todavía le diremos que la falta de modelos españoles no disculpa la esterilidad del ingenio cubano.

Pero este punto, que es el verdadero de la cuestión, lo trata el emigrado en Colombia por tal estilo y con tan biliosos argumentos, perdónese el epíteto si no por castizo, por propio, que nuestro deseo de concluir no ha de ser obstáculo para que pongamos de manifiesto sus errores. Dos son los fundamentales y de más bulto en nuestro concepto: el primero negar la existencia de una filosofía española, en su afán de rebajarnos, porque lo dijo así Revilla en *La Revista Contemporánea* de 1876. ¡Qué antigualla, Sr. Merchán, tan impropia de un hombre que se atreve á acusar de nulidad intelectual á todo un país, que es por cierto el suyo propio! ¡Qué antigualla y qué desconocimiento de esa misma literatura que se echa por los suelos, donde existe un libro de altísimo valor científico y literario, escrito justamente para contradecir á Revilla, pulverizar sus argumentos y ponerle en la picota de aquel Mr. Masson, á quien enderezó *Forner*, su *Oración apologética por la España y su mérito literario*! Francamente, hubiéramos creído hacer una

ofensa al Sr. Merchán suponiéndole desconocedor de la obra acaso más bella y más espontánea del Sr. Menéndez Pelayo, como que fué casi primicia de su grande ingenio, que cuenta ya numerosas ediciones, y que desde 1877 ha quitado las ganas á los críticos á lo Revilla de meterse en honduras donde se ahogan. En verdad le digo al Sr. Merchán que me duele verle incurrir en las vulgaridades que inspiraron al Sr. Menéndez Pelayo su incomparable *Ciencia española*. Solamente en un crítico chino ó turco sería ya hoy este lapsus disimulable.

Es en el fondo el otro error á que me he referido no menos garrafal; pero revela las buenas condiciones de mi antagonista para jaleador político, aunque amengüe bastante las de historiador filósofo y más aún sus aptitudes para la alta crítica. Exagerando quizás mis ideas sobre la poesía cubana hasta el punto de decir que «difieren poco entre sí (aquellos poetas), como las cuentas de una santa», y no producen «impresión bien distinta en el lector,» desliza este párrafo, que parece puramente estético y es en realidad cosa muy diversa:

«Eso se nota especialmente en las producciones *anteriores á la insurrección de Yara* y en los poetas que no *habían salido* de Cuba: Mendive no es el mismo después de la emigración que antes; Francisco Sellén se encuentra en caso idéntico; ambos en tierra extranjera han divisado *ideales de mayores proporciones*, han encendido las antorchas de su inspiración en candelabros de metal más rico, que eran *artículos de contrabando* en las aduanas intelectuales de la *Siempre fiel*» (isla de Cuba).

Justamente nos es dado en este momento contrastar esos metales en la piedra de toque de la crítica, y podemos probar á nuestro distinguido contrincante que prescinde en absoluto de su criterio estético para dar vado á

sus aficiones de propagandista revolucionario. El Sr. Sellén, poeta que nos es muy simpático á pesar de su anti-españolismo, que por cierto nos parece, como en otros hijos de Cuba, más formal que real, más accidente de los tiempos que tendencia del espíritu, y lo consignamos con gusto así, nos ha obsequiado desde Nueva York con un elegante volumen de sus *Poesías*, impreso allí en este año; y si bien hace en el prólogo la misma observación que el Sr. Merchán, diciendo que «la revolución de Yara... abre una nueva era en el desenvolvimiento político, social, literario y científico de Cuba», tampoco lo justifica en manera alguna haciéndonos ver aquellos «candelabros de metal más rico», aquellos «ideales de mayores proporciones», que dicen deben á la emigración los poetas cubanos. Al contrario, ni como intención política, ni como elevación poética, ni siquiera como depuración y refinamiento del gusto literario, pueden compararse, en nuestro concepto, las poesías posteriores á la insurrección de Yara con aquel sentido romance de *La palmera solitaria*, ni con las valientes endechas del *Ave de las tempestades*. ¿Qué hay en las composiciones *A Cuba, en días de humillación, Canto de guerra, A los mártires de la revolución cubana, En la barricada*, ni en ninguna otra por el estilo; qué hay, Sr. Merchán, que autorice á un crítico de la gravedad de V. para hablarnos de mayores ideales y de inspiraciones más grandiosas? Nada, absolutamente nada. Luego subordina V. su criterio á su intransigencia política; luego lo que V. aplaude en esos poetas emigrados es el mayor desembarazo con que desde Nueva York nos dirigen sus ataques, el despilfarro de epítetos y de insolencias con que abruma á mansalva á su patria española. Justamente ha ido V. á elegir un ejemplo, que sin la menor duda brillaba más pasado por el



tamiz de la *Siempre fiel*, como llama V. con sorna á la preciada Antilla mayor. Sus nuevos cantos no son dignos de los antiguos, y más parecen improvisaciones báquicas para las orgías de Cayo Hueso. ¿O lo dice V. por la tendencia que en él se vislumbra á comulgar en la *Religión de la humanidad*, de que es gran Pontífice el chileno Sr. Lagarrigue, el cual acaba de dar cánones á *La poesía positivista* en *Carta al Sr. Puelma Tuppen*, cuyo libro *Un poema* he examinado ha pocos meses en este mismo lugar? En tal caso, no nos hable V. de mayores ideales ni de candeleros de oro, ni se nos suba á la trípode estética. Para V. la mejor recomendación y la mayor alteza de un poeta es el antiespañolismo y la extravagancia filosófica.

Termina su artículo el Sr. Merchán colgando las armas y entonando un himno en mi loor por mi artículo de LA ESPAÑA MODERNA de Enero, que le causó grata sorpresa y le llenó de lisonjeras esperanzas. Desgraciadamente no poco ha marchitado el Sr. Merchán las mías de llegar á una reconciliación sincera de los espíritus españoles y americanos, por los términos en que la plantea y la sostiene, incompatibles con nuestra dignidad y nuestro patriotismo. Como desagravio, jamás; que habría que hacer antes una liquidación, y aún no sabemos quién alcanzará á quién. En ese terreno no debe el emigrado en Colombia esperar ayuda de ningún escritor español, por liberal que sea, y yo mismo, que personalmente, desentonando quizás de los hombres políticos que me son más queridos, llevo bien lejos en materias ultramarinas, podré decirle á mi patria la verdad, pero nunca le aconsejaré la humillación. Conciliar intereses y conveniencias, en buen hora; desagraviar, ¿de qué?

V. BARRANTES.

# FRAY JUAN PÉREZ

## Y FRAY ANTONIO DE MARCHENA

~~~~~

**A**L recuerdo primero de la venida de Cristóval Colón á España va unida siempre la memoria de un humilde fraile franciscano, que comprendió desde luego la grandeza de alma del inmortal genovés, adivinó su genio, entendió sus proyectos; le confortó y ayudó primero, le recomendó después y últimamente le animó en sus adversidades, mereciendo que al cabo de muchos años dijera el marino que á dos *pobres frailes* debían los Reyes Católicos el descubrimiento de las Indias.

Pero estas palabras anuncian ya la cuestión que nos proponemos esclarecer en este lugar; pues Colón recuerda á dos favorecedores de la misma clase, *frailes* y *pobres*, y los cronistas de Indias é historiadores del Almirante sólo se ocupan de uno á quien hacen guardian del Monasterio de la Rábida, nombrándole Fray Juan Pérez de Marchena.

Los franciscanos que favorecieron á Cristóval Colón fueron dos: Fray Antonio de Marchena, joven y entendido en ciencias exactas, físicas y astronómicas, cuanto en aquel estado podría serlo, y Fray Juan Pérez, anciano respetable y guardian del convento, que nada entendía de astronomía, habiendo sido en sus principios oficial de hacienda pública. Pero se ha causado una gran confusión

con estos dos personajes y hoy ofrece trabajo el desvanecerla, no pudiendo dejar de acometerse porque su resultado es de importancia para la historia del Almirante.

Ocurre desde el primer momento una observación que tiene mucho interés y es casi decisiva. Los testimonios más antiguos, los más autorizados no incurren en tal confusión de nombres, distinguen perfectamente los sujetos y hablan de ellos con separación, como quien los conocía personalmente.

La mención más antigua de los dos monjes de la Rábida se encuentra en un documento judicial contemporáneo de aquellos. En el pleito seguido entre el segundo Almirante, D. Diego Colón, y el Fiscal del Rey, de que muchas veces hemos de hacer referencias, se presentaron unas probanzas hechas por Juan Martín Pinzón, hijo de Martín Alonso, en la villa de Palos, á 1.º de Noviembre del año 1532, que han permanecido inéditas y desconocidas hasta que las ha publicado hace muy poco el docto colombista, Sr. D. Cesáreo Fernández Duro (1). En ella, entre otros muchos testigos, se presentó Alonso Vélez Allíd, que entonces contaba setenta años, y que, por consiguiente, era de veintidos en el de 1484, cuando la llegada de Colón, y se expresó en estos términos:

«Vido que el Amirante estubo en Palos mucho tiempo publicando el descubrimiento de las Indias, é posó en el monasterio de la Rabida, é comunicaba la negociación del descubrir con *fraile estrologo que ende estaba en el convento* por guardian, é ansi mesmo con un *Frai Juan que habia servido siendo mozo á la Reina Doña Isabel-Catolica en oficio de contadores.*»

---

(1) *Colón y Pinzón*. Informe relativo á los pormenores del descubrimiento del Nuevo Mundo. Por el Capitán de navío Cesáreo Fernández Duro. Madrid.—Tello, 1883.

Aquí están bien separadas y distintas las dos personas del *estrolago* y el Padre Fray Juan; por más que, por equivocación quizá del copiante, se dió al primero la consideración de guardián que correspondía al segundo. No lo están menos en la *Historia de las Indias* de Fray Bartolomé de las Casas. En el capítulo xxxi de la parte primera refiere que habiendo decidido Colón pasar á Francia: «*fué á la villa de Palos con su hijo ó á tomar á su hijo Diego Colon, niño, lo cual yo creo. Fuese al monasterio de la Rabida,... y salio un padre que habia nombre Fray Juan Perez, que debia ser el guardián del monasterio, el cual diz que, era confesor de la Serenisima Reina, ó lo había sido...*»

Luego, al finalizar el capítulo xxxii, recuerda Las Casas aquellos lugares de las cartas de Colón en que se refiere á la ayuda que recibió del Padre *Fray Antonio de Marchena*, de que luego daremos noticia, y dice terminantemente:

«Tampoco pude saber cuándo, ni en qué, ni cómo le favoreciere ó qué entrada tuviere con los Reyes el ya dicho padre frai Antonio de Marchena.»

El testigo de los sucesos y el historiador que conoció á las personas señalan con toda la claridad apetecible el carácter de los dos franciscanos. El primero, tal vez, que incurrió en el error y dió causa y origen á la confusión fué el clérigo Francisco Gómez de Gómara, que, al escribir historia de Hernán Cortés, en cuya casa fué capellán durante muchos años, dedicó la primera parte al descubrimiento de las Indias, aunque él no alcanzó aquel tiempo, y al ocuparse de lo que trabajó Cristóval Colón por encontrar protectores, entre noticias ciertas y equivocadas que apadrinó con poco discernimiento, dijo: que.. «se embarcó en Lisboa y vino á Palos de Moguer; donde

habló con Martin Alonso Pinzon, piloto muy diestro, y que se le ofreció... y con *Frai Juan Pérez de Marchena*, fraile franciscano de la Rabida, *cosmografo y humanista*, á quien en puridad descubrió su corazon, y el qual fraile lo esforzó mucho en su demanda y empresa...»

Sin consultar los antecedentes, que para todos eran generalmente desconocidos, hizo fortuna el nombre; y confundidos en una sola personalidad dos sujetos diferentes, el joven monje y el respetable anciano, el *astrólogo* y el guardián, de larga y honrosa carrera, la reunión de los hechos practicados por uno y otro ha contribuído á que se presenten dudas que desde luego desaparecen al verificar lo que á cada cual corresponde en su amistad é interés por el navegante.

A Fray Juan Pérez no le conoció, no pudo tratarle con intimidad *Cristóval Colón* hasta su segundo arribo al monasterio de la Rábida; con harta claridad lo dice el físico Garci-Hernández; y fundados en este dato verdadero, deducen varios críticos el equivocado supuesto de que antes no había llegado el marino al monasterio, ni pudo dejar allí á su niño encomendado á los cuidados de un piadoso franciscano que debiera entregarlo á sus tios, vecinos de Palos ó de Huelva, y vigilar su educación.

Lo primero es exacto; pero no lo es lo segundo, pues el mismo *Colón* habla repetidamente de *Fray Antonio de Marchena*, con quien fueron sus primeras relaciones, sin mezclar para nada sus servicios con la ayuda que *Fray Juan Pérez* le prestara y gestiones que hiciera en su favor; y sin salir de documentos oficiales se puede conocer cumplidamente el carácter de la intervención que tuvo cada uno de aquellos religiosos.

«Ya saben Vuestras Altezas,—dice *Colón* en carta escrita á los Reyes desde la isla española,—que anduve siete

años en su corte importunándoles por esto; nunca en todo este tiempo se halló piloto, ni marinero, ni filósofo, ni de otra ciencia que todos no dijese que mi empresa era falsa; que nunca yo hallé ayuda de nadie, *salvo de Fray Antonio de Marchena*, después de aquella de Dios eterno...» y abajo dice otra vez: «que no se halló persona que no lo tuviese á burla, *salvo aquel Padre Fray Antonio de Marchena*». Indudablemente aquí se refería el inmortal descubridor á sus primeras instancias y viajes, desde que llegó á España y á las puertas del convento franciscano, en 1484, exagerando algún tanto la incredulidad con que se escuchaban sus razones, hasta que, cansado, abatido, sin fuerzas para luchar más después de siete años de esperanzas desvanecidas, sin aliento para sufrir nuevas dilaciones, resolvió pasar á Francia, y si allí no era brevemente aceptado su proyecto, trasladarse á Inglaterra. Natural es, por tanto, que, refiriéndose á aquel primer período citara únicamente á *Fray Antonio de Marchena*, que era su mejor amigo, su modesto protector. La intervención de *Fray Juan Pérez* no había comenzado todavía.

Relacionado con las manifestaciones de *Colón*, hay un documento oficial, como antes decíamos, en que también se menciona señaladamente al Padre Marchena. Es la carta que con fecha 5 de Setiembre de 1493 dirigieron el Rey y la Reina al Almirante de las islas y tierra firme del mar Océano, dándole varias instrucciones y encargándole lleve consigo *un buen astrólogo*, cuyo original se conserva en el archivo del Sr. Duque de Veragua (1), donde le dicen:—«y platicando acá estas cosas, nos parece que sería bien llevasedes con vos *un buen as-*

(1) Navarrete.—*Colección de Viajes*.—Tomo II.—Doc. número LXXI.

*trólogo*, y nos parecía que sería bueno para esto *Fray Antonio de Marchena*, porque es buen estrólogo y siempre nos pareció que se conformaba con vuestro parecer... y una carta vos enviamos nuestra para él...»

Tenemos, pues, señalada por *Colón* y por los Reyes Católicos de una manera terminante la persona de *Fray Antonio de Marchena*, la ciencia en que sobresalía y su conformidad de siempre con las opiniones de *Colón*: persona tan cierta que los mismos reyes le escribían directamente.

La carta que llegó con la de *Colón*, estaba concebida en estos términos.

«El Rey é la Reyna.

«Devoto religioso: porque confiamos de vuestra ciencia aprovechará mucho para las cosas que ocurrieren en este viage, donde va don Xpoval Colón, nuestro Almirante de las yslas é tierra firme, por nuestro mandado, descubiertas é por descubrir en el mar oceano, como se vos dirá é scrivirá, querriamos que por servicio de dios é nuestro fuesedes con él este viaje para estar allá por algunos días; é nos vos rogamos y encargamos que vos dispongais para ello y vais con el d<sup>ho</sup> nuestro Almirante; que demas de servir en ello á Dios, nos Recibiremos de vos señalado servicio; y nos escrivimos al provincial y al custodio de esa provincia, qual de ellos se fallare ende que vos den licencia para ello; bien creemos que lo faran; y esto poned en obra, el lo cual 'mucho servicio nos fareis.—De Barcelona áV de Setiembre de VCIII años» (1).

Acompañaban también las cartas de los Reyes para los Padres Provincial y Custodio, rogándoles y encargándo-

(1) Archivo general de Indias.—Registro de Hernan d' Alvarez.—Patr.—Est. 1.º—Caj. 1.º—29—*Docum. ineditos de Indias.*—tomo 3.º—pag.

les diesen licencia al Padre Marchenda para emprender aquel viaje. Parecenos, pues, que en este punto no queda duda ni oscuridad.

¿Puede conocerse de igual manera la personalidad de *Fray Juan Pérez*? ¿Constan sus cargos y condiciones, su ciencia y sus actos, y la parte que tomó en la corte en favor de las proposiciones de *Cristoval Colón*?

En las probanzas del Fiscal del Rey se encuentra la declaración de Alonso Velez Allid, de que ya hemos hecho mención, el cual dijo haber visto á *Colón* que anduvo por Palos tratando de sus proyectos de descubrir, y pasó en el Monasterio de la Rabida donde trataba con un fraile estrólogo que entonces estaba en el convento «é ansi mesmo con un Fray Juan (guardian) que había servido siendo mozo á la Reyna doña Isabel en oficio de contadores, el que sabida la negociacion fué al Real de Granada donde estaban los Reyes Católicos...»

El físico Garcí-Hernández, después de referir la entrevista del Almirante en los términos que el anterior capítulo extractamos, añade:—«é que de aqui elijieron luego un hombre para que llevase una carta á la Reina doña Isabel, que haya santa gloria, del dicho *Fray Juan Pérez, que era su confesor...*» Y ya se descubre claramente la diferencia entre *los dos frailes*, bien manifiesta en todas estas expresiones. Mas para que nada falte, para que tampoco echemos de menos un exacto recuerdo de lo que el mismo *Colón* refiriera de estos sucesos primeros de sus pretensiones en la corte, su hijo don Fernando dice:—«Fué al convento de la Rábida con intención de recojer á su hijo don Diego y llevarlo á Córdoba, prosiguiendo su viaje; pero Dios dispuso que no tuviese efecto, inspirando á *Fray Juan Pérez, guardian del convento* á que tomase amistad con el Almirante...»



Bien se comprende en estas palabras que la amistad de *Fray Juan Pérez* fué muy posterior á la primera llegada de Colón á la Rábida; y para no aglomerar citas y autoridades que todas concurren á un mismo fin, y pueden verse en todos los biógrafos de *Colón*, nos limitaremos á recordar otro documento auténtico, en el cual figura *Fray Juan Pérez*, con solo su nombre, sin que se cite á Marchena.

La Real Provisión para que los vecinos de la villa de Palos pusieran á las ordenes de *Cristoval Colón* las dos carabelas armadas á su costa con que habían sido condenados á servir por ciertas causas, fué leída y notificada por el Escribano Francisco Fernández en los términos siguientes:

«En miércoles, veynte é tres de Mayo, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesuchristo de mill é quatrocientos é noventa é dos años, estando en la Iglesia de Sant Jorge desta villa de Palos, estando ende presentes *fray Juan Perez* é *Christoval Colon*; é ansimesmo estando ende presentes *Alvaro Alonso Cosío* é *Diego Rodríguez Prieto*, Alcaldes Mayores...» etc.

No expresan todos los testigos las mismas circunstancias; mas como quiera que lo que unos manifiestan no contradice lo que los otros aseguran, y antes bien se completan recíprocamente, dando mayor grado de certidumbre á sus declaraciones, aprendemos como cosa segura que *Fray Antonio de Marchena* conoció á *Colón* en el punto primero de su llegada á España; siempre se conformó con su parecer, prestándole ayuda, cuando no se hallaba piloto, ni marinero, ni filósofo ni de otra ciencia que lo creyese, y como buen astrólogo, le tuvieron en memoria los Reyes, recomendándole para que tomara parte en el segundo viaje. *Fray Juan Pérez* fué, cuando

*mozo*, oficial de la Casa Real en oficio de contador; después se retiró á la vida monástica y dirigió por algún tiempo las conciencias de la Reina Doña Isabel; siendo guardián del convento de la Rábida conoció á *Colón* cuando éste proyectaba pasar á Francia cansado del mal éxito de sus pretensiones en Castilla, y Dios dispuso que tomase amistad con él, y oyendo el parecer del físico Garcí-Hernández, porque él *no sabía de astronomía*, se decidiera á marchar personalmente á la corte, á pesar de sus muchos años, para interesarse en que se concediera lo que el navegante solicitaba.

Los actos de los dos religiosos no tienen punto alguno de contacto; en todo se distinguen el uno del otro. Dos frailes favorecieron al genovés cuando todos burlaban de sus planes, y de documentos que no pueden rechazarse, ni aún discutirse, se desprende el carácter de cada uno de ellos y el diferente papel que cada cual representara.

Siendo tan claras las palabras de *Cristóval Colón*, no pudieron pasar inadvertidas á entendimiento tan sagaz como el de D. Martín Fernández Navarrete; pero al señalar á *los dos frailes* afirma que aquél se refería á Fray Diego Deza y á *Fray Juan Pérez de Marchena* (1).

Preciso es conocer las palabras mismas del Almirante y recordar que van estampadas en la *Relación del tercer viaje* dirigida á los Reyes Católicos, para comprender el grave error en que, por obcecación sin duda, incurre el docto y juicioso Navarrete. «Aquí mostraron sus Altezas el grande corazón que siempre hicieron á toda cosa grande; porque todos los que habían entendido en ello y oído esta plática, todos á una mano lo tenían á burla, *salvo dos frailes que siempre fueron constantes.*»

Y preguntaremos: ¿podría *Cristoval Colón* llamar *frai-*

---

(1) *Colección de viajes*. Tomo I.

*le* con ese término seco y sin calificación alguna á Fray Diego Deza, en el año 1498, ni aún mucho antes? Cuando aquel le conoció en Córdoba era ya Prior del convento de San Estevan de Salamanca, y preceptor del hijo de los Reyes. Fué luego preconizado Obispo de Zamora, y de allí trasladado á la silla de Palencia; y en todas las cartas que se conservan de *Colón*, y son bastantes, siempre le nombra el Obispo de Palencia, ó el Señor Obispo, y esto lo decía en el seno de la confianza y escribiendo á su hijo; júzguese cuál podría ser su lenguaje oficial dirigiéndose á los Reyes.

Los *dos frailes* siempre constantes en su amistad fueron, á no dudar, *Fray Juan Pérez* y *Fray Antonio de Marchena*; cada cual con diferente caracter y en muy diversa esfera de conocimientos, de relaciones y de actividad; el uno como *astrólogo*, el otro como *confesor de la Reina católica*.

Las Casas sabía perfectamente, observa con extremada discreción y juicio don Tomás Rodríguez Pinilla, quien era *Fray Juan Pérez*; como quiera que dedica casi un capítulo de su obra á tratar del suceso de la Rábida y de su guardian; y dice allí cómo, cuando y en qué ayudó á *Colón*; nosotros hasta nos inclinamos á creer que le conoció personalmente; no concurriendo ninguna de estas circunstancias en *Fray Antonio de Marchena*. De modo que el historiador sabía, lo mismo que el físico de Palos Garci-Hernández que el guardian de la Rábida había sido confesor de la Reina, pero uno y otro le nombran siempre *Fray Juan Pérez*, nunca *Marchena*.

JOSÉ M. ASENSIO.

# NOTICIAS

El segundo tomo ó segunda parte de la novela *Una cristiana*, por Emilia Pardo Bazán, se titula *La prueba* y acaba de ver la luz pública en el peor período del año, en las vacaciones literarias. Coquetería de autor aplaudido y seguro del público. Cualquiera obra que no lleve en la cubierta un nombre ilustre tiene bastante para no venderse con salir á luz en tan mala ocasión.

En cambio los lectores agradecemos estas sorpresas. No contábamos saborear en Agosto ningún fruto escogido, y recibimos uno sazonado y de delicioso agridulce.

Cuando se publicó *Una cristiana*, la crítica vió en ella la profundidad del pensamiento y lo arduo del problema planteado. En *La prueba* el problema no se resuelve *materialmente*, porque en la vida, que imita fielmente la señora Pardo, tampoco se cortan de un golpe los nudos gordianos del destino y del carácter, sobre todo. La solución *moral*, en cambio, es delicadísima. Aquella Carmen Aldao, la *cristiana* del primer tomo, unida á un hombre que le repugna moral y físicamente, y en secreto enamorada de otro, del propio sobrino de su esposo, lucha y batalla, no como las virtudes vulgares, *para no caer*, sino como las almas de temple sublime, *para no querer caer siquiera*; para cambiar radicalmente la dirección de sus afectos. En este propósito admirable consiste la novedad y la originalidad de *La prueba*.

El marido de la *cristiana*, ya de suyo tan antipático, contrae una enfermedad horrible, de esas que sublevan los sentidos; y precisamente al verle así es cuando su mujer consigue la deseada victoria, no sólo cuidándole, sino encariñándose con él, hasta llegar á profesarle verdadera ternura en el momento en que espira en sus brazos. Que el *Padre Moreno* atribuya este milagro á la gracia divina: nosotros nos lo podemos explicar perfectamente dentro de las leyes naturales de un espíritu tan acrisolado como el de la *tití Carmen*, nacida, según frase de la autora, para que en el siglo XIII la pintasen sobre fondo de oro en alguna iglesia.

Lo más grave del problema lo deja la insigne novelista en suspenso y como en forma de interrogación. Esta virtud exaltada, ¿cabe dentro de las creencias é ideas de la moderna sociedad? Carmen Aldao, con todo su mérito, ¿es la mujer que conviene al hombre de nuestro siglo la que le puede servir de compañera?

Salustio se va á casar con su tía, de fijo. Así lo pronostica el discreto Portal. Si se realiza esta unión y la señora Pardo Bazán nos la cuenta, acaso veremos con más claridad lo que hoy queda sugerido á modo de esfinge.

El libro, en su lenguaje, es tosco, claro y puro; las situaciones más atrevidas están tocadas con suma delicadeza, y la gracia de la narración no permite al lector soltarlo ni un instante. La

parte tipográfica no tan descuidada como en *Una cristiana*, lo cual alabamos, porque un libro mal impreso es un espejo turbio, que refleja la belleza del rostro, pero alterada y deforme.

---

COMISIÓN PARA CELEBRAR EL CUARTO CENTENARIO DEL  
DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

La *Gaceta* oficial ha publicado el siguiente importantísimo documento:

«La Comisión nombrada por el Gobierno para preparar las fiestas con que ha de celebrarse el cuarto centenario del descubrimiento de América, ha acordado en junta general lo siguiente:

Que se levante en Granada un monumento escultórico que perpetúe el recuerdo de las grandezas del año 1492, como el momento más glorioso de la nacionalidad española y principio de una nueva era en la historia del mundo, simbolizando especialmente los dos grandes acontecimientos de aquella época, á saber: la conquista de Granada y el descubrimiento de América.

Que se destinen á este fin 250.000 pesetas, y que para llevar á término el acuerdo se abra concurso entre artistas españoles. Quedan éstos en completa libertad para imaginar, combinar y trazar las estatuas, relieves y demás partes de solidez y ornato que constituyan la obra, debiendo presentar los modelos y proyectos en la Real Academia de San Fernando, dentro del plazo de tres meses, contados desde la publicación en la *Gaceta* de la presente convocatoria.

El tamaño de los modelos será el del cuarto de la ejecución, sin que se admitan á otra escala.

Irán acompañados de una sucinta Memoria que dé idea clara y precisa del pensamiento y de sus medios de ejecución, y tanto las Memorias como los modelos y proyectos, se presentarán firmados con los nombres de los autores; se permitirá, sin embargo, al que desee conservar el incógnito, firmarlos con un lema, acompañando un pliego lacrado que contenga el nombre del autor, en cuyo exterior aparezca el mismo lema.

Será el monumento en su parte escultórica de mármol del llamado de Rabaggione, y en la arquitectónica de mármol de Sierra Elvira ó de Macael. El pedestal ha de ser macizo y no chapeado.

La Real Academia de San Fernando escogerá y propondrá á la comisión, entre los modelos presentados, el que considere de mérito preferente y digno de ejecutarse, y el autor del modelo designado por la Academia tendrá la obligación de dejar su obra concluida antes del mes de Octubre de 1892.

El coste total del monumento no podrá exceder de las 250.000 pesetas ofrecidas en la convocatoria, sin que se admita reclama-

ción en contrario de ninguna clase ni bajo ningún concepto.

El pago se verificará en plazos, previa autorización por escrito de la Academia, á la cual queda confiada la inspección de la obra desde que empiece hasta que termine.

Una vez elegido por la Academia el proyecto que merezca su aprobación, quedarán los demás modelos, Memorias, planos y dibujos á disposición de sus autores, los cuales podrán recogerlos en el término de quince días, acudiendo para ello á la secretaría de la Academia, y entendiéndose que no tendrán derecho á recompensa ni indemnización alguna.

La comisión destina así mismo otra suma de 250.000 pesetas á la construcción de un arco de triunfo en Barcelona, el cual constará de tres rompimientos ó huecos.

A este fin se abre concurso entre arquitectos españoles, los cuales deberán presentar en la Real Academia de San Fernando planos de los frentes del arco, una sección horizontal y otra vertical, y cuantos planos de detalle consideren necesarios. Los planos de conjunto se presentarán á la escala de cinco centímetros por metro; los de detalle á la de diez centímetros. Si lo estiman conveniente, podrán remitir modelos de sus proyectos.

Acompañarán á los proyectos Memorias descriptivas de los mismos y de los materiales que se proponen emplear los autores, los cuales no podrán ser otros que la piedra en la construcción del arco y el mármol llamado Rabaggione en la parte de escultura y adorno.

Los planos de proyecto deberán tener dibujada la escala consignando además por escrito su relación.

Queda al arbitrio del arquitecto el estilo, carácter y ornato del arco, siempre que conmemore dignamente la vuelta de Cristóbal Colón de su primer viaje, y su entrada en la referida ciudad.

Los planos, dibujos y proyectos se presentarán en la referida Academia de San Fernando dentro del plazo de tres meses, contados desde la publicación en la *Gaceta* de la presente convocatoria.

La Academia elegirá el proyecto que le pareciere más digno de ser realizado, y su autor se obligará á construir el arco para antes del mes de Octubre de 1892.

Intervendrá la referida Academia en la ejecución de los trabajos, á fin de que la obra no carezca de solidez, ni se desfigure en su carácter, ni se altere en sus dimensiones.

El coste total del monumento no podrá exceder de las 250.000 pesetas ofrecidas en la convocatoria, sin que se admita reclamación en contrario de ninguna clase y bajo ningún concepto.

El pago se verificará en plazos, previa autorización por escrito de la Academia.

Una vez elegido por la Academia el proyecto que merezca su aprobación, quedarán los demás modelos, Memorias, planos y dibujos á disposición de sus autores, los cuales podrán recogerlos en el término de quince días, acudiendo para ello á la secretaría de la Academia, y entendiéndose que no tendrán derecho á recompensa, ni indemnización alguna.

Siendo probable, que, sobre la cantidad de 250.000 pesetas que dará el Gobierno por medio de la comisión, el patriotismo y la generosidad del Municipio de Barcelona y de otras corporaciones y personas notables de Cataluña, suministren mayor suma para el mismo objeto, el artista lo tendrá en cuenta, á fin de que su proyecto se preste á contener estatuas, relieves y otros ricos ornatos que den á la obra mayor valor y realce. Una vez que la comisión tenga noticia oficial de la cuantía de los donativos, la pondrá inmediatamente en conocimiento del público.

Los artistas que pudieran tomar parte en la obra á consecuencia del aumento de la suma ofrecida por la Comisión, deberán subordinar sus trabajos á las dimensiones y al pensamiento del arquitecto autor del proyecto. Cualquiera duda ó dificultad que se suscite con este motivo en todo tiempo, será resuelta en definitiva por la Real Academia de San Fernando.

Los Municipios de Granada y Barcelona, de acuerdo con las Academias locales de Bellas Artes, designarán el sitio en donde hayan de levantarse los dos referidos monumentos,

Madrid 24 de Julio de 1890.—El duque de Veragua.—Juan Valera.—Juan F. Riaño.»

---

Dicen de Niza que el poeta y Diputado francés Paul Deroulede, que se encuentra en aquella ciudad, va á dedicarse exclusivamente al arte dramático, teniendo ya en cartera dos comedias tituladas *Los juegos del amor y de Mónaco* y *El Carnaval en Niza*.

Amigos de Deroulede aseguran que ambas comedias son una sátira agudísima contra el juego y las horizontales de Monte-Carlo. Entre los personajes se destacan las siluetas de algunas personalidades muy conocidas.

---

Con los nuevos reglamentos que Su Santidad acaba de aprobar, la Biblioteca Vaticana quedará pronto abierta al público.

Esta Biblioteca está formada con 50.000 obras impresas y 25.000 manuscritos en griego, latín y diversos idiomas orientales, cuya colección se considera como una de las más preciosas del mundo.

# ÍNDICE

---

Páginas.

## SECCIÓN EXTRANJERA

|                                                                                      |     |
|--------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| <i>El judío</i> , por Y. Tourgueneff. . . . .                                        | 5   |
| <i>El vestido de seda</i> , por Teodoro de Banville. . . . .                         | 27  |
| <i>Alfonso Daudet</i> , por E. Zola. . . . .                                         | 34  |
| <i>El congreso penitenciario de San Petesburgo</i> , por Pedro No-<br>cito . . . . . | 74  |
| <i>Ideas y sensaciones</i> , por Edmundo y Julio de Goncourt. . . . .                | 101 |

## SECCIÓN HISPANO-ULTRAMARINA

|                                                                                                  |     |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| <i>La cuestión social y la paz armada</i> , por Concepción Arenal. . . . .                       | 107 |
| <i>Estética del carácter</i> , por A. Palacio Valdés. . . . .                                    | 123 |
| <i>Cartas al Sr. D. Juan Valera sobre asuntos americanos</i> , III, por<br>J. León Mera. . . . . | 146 |
| <i>Versificación por pies métricos. Los ensayos modernos</i> , por<br>E. Benot. . . . .          | 161 |
| <i>Revista ultramarina</i> , por V. Barrantes. . . . .                                           | 183 |
| <i>Fray Juan Perez y Fray Antonio de Marchena</i> , por José María<br>Asensio. . . . .           | 210 |
| <i>Noticias</i> . . . . .                                                                        | 220 |

---